El último primogénico

Elfidio H. Ramírez

Capítulo 1

A Blanca y Lucía.

Mis sobrinas, mis amores, mi vida, mi todo.

1

El lloro incesante del recién nacido que portaba en sus brazos obligó que la recriminara por no conseguir silenciarlo. En aquella húmeda galería, ya era bastante peligroso que sonara el eco de sus pasos a la carrera como para unirle poder ser delatados por el llanto de la criatura.

— ¡Hazlo callar Melissa! Por el amor de Dios, ya estamos llegando a la salida. Debes hacerle callar.

No pudo ocultar su enfado. El cansancio y la desesperación se habían adueñado de él, pero se estaban jugando la vida huyendo.

—John, tiene hambre. Debemos parar y que coma, solo así se tranquilizará. Llevamos horas deambulando por estos pasillos. Yo tampoco puedo dar un paso más, estoy tan agotada como él.

Percatándose que Melissa había frenado en seco giró reprochando su acción sin dudarlo. Estaban allí por ella y el bebé. Fue ella quien se había empeñado en escapar, quien le rogó secuestrarlo del Nido a los pocos días de haber dado a luz y ahora, probablemente, todo el Ministerio estaría tras su rastro.

— ¿Pero no ves que ya estamos próximos a la salida? ¡Observa!

Alzando la mano indicó a Melissa que dirigiera su vista hacia el final de la galería y pudo distinguir un brillo desigual al que emitían los pequeños focos amarillentos de las paredes.

— ¿Es…?

—Sí, la salida. Desde que la atravesemos ya todo será más fácil. Un último esfuerzo, por favor. Debes intentarlo. Tú y el bebé.

Melissa asintió, y aunque el cansancio se había asentado ya en cada rincón de su cuerpo juntos volvieron a emprender la carrera hacia aquella luz tan diferente y cálida a la vista. Cincuenta metros apenas les separaba de la libertad, de vivir en una nueva felicidad; aunque no supieran si realmente existía. Nadie regresó nunca para decir que la había

encontrado, que había algo más de lo conocido dentro de las cincuenta y ocho ciudades; pero ahora nada de eso les importaba. Su esperanza, aquella salida, se hallaba cada vez más próxima a sus ojos; veinte metros, diez metros, cinco metros y al cruzar el umbral, la luz les cegó obligándoles a parar su frenética carrera.

Poco a poco su visión fue acomodándose y ante ellos apareció lo que más temían. Un joven soldado, un crio de apenas dieciséis años les apuntaba con su fusil. No hablaba, no se movía, simplemente les encañonaba.

Una voz pronunciando su nombre pausadamente resonó tras ellos y reconoció a su dueño en el mismo instante que la escuchó.

—John, John, John… De todas las personas que conozco, nunca, y lo repito, nunca llegué a pensar que serías tú una de las que se convertiría en un prófugo. Qué decepción.

Lentamente John se giró mientras introducía la mano en uno de los bolsillos de su pantalón. El joven soldado frente a ellos recriminó la acción gritándole que parara y él obedeció.

—No voy armado Ian, créeme. Solo quiero mostrarte algo.

— ¿Mostrarme algo? ¿Y qué puedes tener que me vaya a interesar? —preguntó con denostada ironía mientras hacía señas a los imberbes soldados para que le dejaran continuar.

John sacó un grueso fajo de billetes anudado con una goma y se lo lanzó.

— Hay treinta mil. Mucho más de lo que ganarías durante un año entero de trabajo.

Ian miraba sonriendo el abultado fajo.

— Además de prófugo intentas sobornarme. No dejas de sorprenderme.

— ¡Qué más te da! Acéptalo y déjanos ir, no tienes nada que perder. Al contrario. Sabes que probablemente muramos en el desierto, ninguna persona ha regresado jamás y así tendrás más dinero para tus malditos vicios. La salida que hemos usado no tiene cámaras de vigilancia, están rotas y lo sabes tanto como yo. Nadie verá que nos dejas marchar, por eso la usé para escapar.

—Y por eso te encontré. Parece mentira que cazarte haya sido tan fácil. De hecho, estaba convencido que en lugar de dinero intentarías que cambiara de opinión sacando un arma. Otra decepción más por tu parte—

terminó diciendo una vez más en tono irónico.

A John también se le había pasado esa opción por la cabeza, aunque sabía que hubiera sido una estupidez.

—No iba a conseguir nada con un arma, y menos con la guardia que te acompaña.

Ian sonrió.

—Y una vez más tienes razón, aunque creo que falla algo en tu plan, ¿no crees? ¿Dejarte ir? No puedo dejarte ir, así como así. Como bien has dicho, vine acompañado y si te dejo marchar ellos lo sabrían—terminó diciendo a la vez que señalaba a ambos soldados.

— ¡Son Génicos! — gritó enfadado John—No van a decir nada si tú se lo ordenas y lo sabes. ¿A qué estás jugando? Por el amor de Dios, deja que compre nuestra libertad. Nadie se enterará nunca.

Ian lo miraba fijamente y poco a poco fue girando su vista hacia Melissa. Abrazaba al recién nacido como si le fuera la vida en ello. Era hermosa, siempre le gustó, pero prefirió a John.

—Nunca entendí cómo pudiste elegirle a él y no a mí.

Melissa temerosa intentó responder.

—Ian, yo…

—Tranquila, no pasa nada. Aunque no lo creas te entiendo. John siempre fue un hombre interesante para las mujeres, comprendo que te decidieras por él antes que por mí. Y ahora tienes un hijo suyo, un Primogénico. ¿Sabes cuál es la pena que te caerá por huir con él?

Melissa respondió.

—La cárcel.

—O la muerte.

John palideció.

—Ningún juez dictaría esa sentencia

Ian no pudo evitar sonreír.

— ¿Quién ha hablado de jueces aquí John?, yo no. Sabes que muchos

prófugos han muerto por resistirse a la detención o negarse a ella.

John enfurecido intentó avanzar hacia la posición de Ian, pero los soldados volvieron a encañonar sus armas obligándole a desistir de aquella absurda y suicida acción.

— ¡Maldito hijo de perra!, si vas a detenernos, hazlo ya. No nos vamos a resistir, lo sabes. Solo te he dicho que nos dejes marchar y que vivamos o muramos si así lo quiere el desierto.

Ian se sentía poderoso. Ambos conocían el juego y John también había hecho lo mismo en más de una ocasión con aquellos a los que en un pasado persiguió, pero ahora, estaba al otro lado.

—No me vendría nada mal este dinero, ¿sabes? Es más que la gratificación por atrapar a un traidor, pero John, ¿dónde quedaría mi profesionalidad? ¿Y mi reputación?

Melissa, que hasta el momento había permanecido como una mera espectadora sin dejar de abrazar a su pequeño, avanzó unos pasos y se interpuso entre John e Ian.

—Te lo ruego, permítenos ir. Si queda algo de compasión en tu corazón, si al menos queda algo de lo que sentías por mí, déjanos marchar. Sabes que las palabras de John son ciertas, probablemente muramos en el desierto, pero es nuestra elección. No nos obligues a volver y que perdamos a nuestro hijo.

Ian escuchó atentamente las palabras de Melissa sin apartar la mirada de su cara. El corazón le latía con fuerza al oírla hablar. Estuvo enamorado de aquella mujer y el nerviosismo que ahora le invadía delataba que seguía sintiendo algo por ella. Sin más, guardó el fajo de billetes que todavía mantenía en la mano dentro de un bolsillo lateral de la chaqueta.

—John, — dijo— eres afortunado al tenerla contigo. Si no fuera por Melissa ahora mismo estarías acompañándome a un calabozo o quizás yacerías muerto a mis pies.

— ¿Entonces? — preguntó con inquietud John.

Ian volvió a mirar a Melissa y a la pequeña criatura que portaba en sus brazos. Estaba tranquilo, no lloraba como lo hacía apenas unos minutos atrás y parecía dormido.

—Marchaos antes de que me arrepienta. Tienes suerte, John, mucha suerte.

Melissa caminó los pocos metros que le separaban de Ian y cogió una de sus manos. La apretó dulcemente mientras él agachaba la mirada observando el bebé que con tanto cariño abrazaba.

—Es guapo.

Melissa sonrió.

—Lo llamaré como tú. ¿Quieres? Siempre recordaré que fuiste bueno con nosotros y él sabrá que se llama así por ti.

Ian no pudo más que intentar disimular una ligera sonrisa.

—Marchaos. El sol todavía os dará unas horas de luz. Iros ya.

—Gracias Ian.

Asintió mientras Melissa se giraba en dirección a John quien ya se había dado la vuelta comenzando a caminar hacia el desierto. Dos fuertes detonaciones sonaron y John cayó de bruces contra el suelo. Su espalda se teñía de sangre mientras ella, horrorizada, intentó correr gritando hacia él. Otro par de detonaciones y dos nuevos impactos, esta vez sobre Melissa, la hicieron caer; dándole el tiempo justo al soldado que se había mantenido frente a ellos de poder agarrar al bebé antes que siguiera el camino de su madre.

Ambos, inmersos en dolor, se arrastraban lentamente el uno hacia el otro. Buscaban estar juntos y su mirada mostraba la incredulidad de lo que estaba ocurriendo. John veía lágrimas rodando en las mejillas de Melissa que luego se hundían en la desértica arena mientras escuchaba como Ian se acercaba. Cuando levantó a duras penas la visión le vio guardando su pistola en la funda del cinturón para luego arrodillarse frente a él.

—Melissa no debió elegirte. Ahora, ella morirá por tu culpa y vuestro hijo volverá a donde debe estar.

Hubiera dado cualquier cosa por tener un mínimo de fuerza para placar su venganza sobre Ian, pero la poca que le quedaba se estaba difuminando y sólo quería tocar a Melissa, morir junto a ella.

Irguiéndose nuevamente, Ian se dirigió hacia el soldado que protegía entre sus brazos al bebé y éste se lo entregó. Le miraba con ojos extremadamente abiertos, sonriendo, como si no pasara nada.

— ¿Qué te tendrán preparados tus genes, pequeño?

Sin quitarle la vista de su rechoncha cara entró nuevamente en la galería por la que minutos antes todos los miembros de aquella esperpéntica obra

habían salido. Mientras lo hacía, volvió a escuchar el tronar de las armas, esta vez, la de los dos jóvenes soldados que vaciaban sus cargadores sobre los cuerpos de John y Melissa.

Nunca lograron volver a tocarse.

2

La vida había cambiado mucho en los últimos setenta años.

Despiadadas guerras fratricidas, terrorismo nuclear, desigualdades, hambre, epidemias y conflictos religiosos consiguieron desestabilizar naciones y continentes. La Tierra era un caos global, pero lo peor quedaba por llegar.

El hombre nunca supo vivir en unión con el planeta que los cobijaba y llegado el momento, este se vengó. El ozono, ese escudo que protegía a los seres vivos de las radiaciones nocivas y de alta energía comenzó a desaparecer. Ya no solo se notó su ausencia en los polos. Grandes agujeros comenzaron a vagar por la estratosfera y el horror se hizo realidad; cosechas destruidas, tierras quemadas y miles de millones de fallecidos por la radiación solar hicieron acto de presencia. El planeta era constantemente asolado y la muerte llegaba sin avisar devastando todo a su alcance.

La solución, una vez más, vino de las grandes corporaciones privadas.

Uniéndose en una sola para su conservación, crearon Quimera. Supeditaron su poder al de los países, construyendo cincuenta y ocho megaciudades amuralladas donde los supervivientes del planeta comenzaron a refugiarse. Los diferentes gobiernos poco a poco fueron desapareciendo porque solo Quimera podía garantizar la vida; y gracias a su tecnología, millones de personas la mantuvieron, pero a un alto coste, su libertad.

Las megaciudades demandaban para su existencia un número elevado de mano de obra y sus habitantes pasaron a convertirse en esclavos de ellas, pero esa situación no duraría y surgieron los Primogénicos.

Durante las décadas siguientes y en adelante, todas las parejas deberían entregar su primer hijo a Quimera, pero ese vástago sería modificado genéticamente antes del embarazo siguiendo los planes y las necesidades de la corporación. A cambio, sus padres gozarían de plenos derechos como ciudadanos.

Aquellos bebés Primogénicos fueron criados, formados y aleccionados por la corporación, en las diferentes labores para las que fueron creados y al cumplir los quince años comenzaban a realizarlas. Media vida

instruyéndose y la otra sirviendo. Desde entonces, todo cambió a mejor. Poco a poco surgieron soldados, obreros, mano de obra para la subsistencia de las megaciudades y sus habitantes. Gracias a ellos crecían, la gente volvía a ser feliz; tenía un nuevo futuro. Quimera se lo había devuelto.

Pero no todos querían esa nueva forma de gobierno, no a costa de su primer hijo. Muchos se negaron a tenerlos y otros intentaban huir con ellos en busca de una suerte nada esperanzadora adentrándose en el devastado horizonte. A los primeros, se les arrebataba sus derechos como ciudadanos y los segundos, eran buscados y encarcelados; si antes no morían a manos del desierto o en la implacable persecución.

Aun así, la mayoría estaba conforme, lo veían como un pequeño sacrificio por el bien común y con el paso de los años se volvió algo normal, cotidiano. Como su propia vida.

3

La puerta del ascensor se abrió cuando Ian llegó al piso 61 y salió con decisión, sabía lo que le esperaba nada más hacerlo. En aquella planta estaba su mesa de trabajo y la de sus compañeros de la Sección de Capturas del Ministerio. Cuando puso un pie fuera del elevador todos comenzaron a aplaudirle entre vítores. Era el rito acostumbrado para aquellos que conseguían traer de vuelta a un Primogénico.

Ian se sentía en el cielo, no era la primera vez, de hecho, era el agente que más bebés había traído de vuelta, pero nunca se cansaba de aquello. Paso a paso, saboreando el momento, fue aproximándose a la mesa y vio a su compañero sentado en la suya, frente a él.

Peter leía el periódico sin levantar la vista.

— ¿Te has enterado?—dijo— Ayer los micro-drones de ozono evitaron que un agujero sobre Ciudad 9 causara un caos. Esos aparatos son increíbles. ¿No crees?

Ian sonrió tras escuchar sus palabras.

— ¿Nunca te cansas de leer?

— ¿Y tú de tantos aplausos?

—Cuando alguna vez reciba el tuyo quizás empiece a cansarme. No te he visto hacerlo en todos los años que estamos juntos.

Peter pasó una hoja del periódico con delicadeza y siguió leyendo mientras continuaba la charla con Ian.

—Somos agentes de captura, no famosos ni estrellas de la televisión. No necesitamos que nos aplaudan para hacer nuestro trabajo, yo al menos no.

—Es tu opinión, pero yo creo que nunca está de más una palmadita en la espalda.

Peter siguió hojeando el periódico, pero cambió el tono de sus palabras. Con una cierta timidez en ellas lanzó una pregunta a su compañero.

— ¿Y John?

—Ha muerto. Y si preguntas por Melissa siento decirte que desgraciadamente tuvo el mismo destino. Se resistieron y nos atacaron; a mí y a la escolta que iba conmigo.

— ¿Por qué será que no me extraña que hayan muerto?

Ian le miró fijamente a sabiendas de que no tendría una reacción similar por parte de Peter. Él seguía sumergido en las hojas del diario.

— ¿Qué insinúas?

—Nada. ¿Y su hijo?

— ¿El Primogénico? Lo entregué en el Nido antes de venir. ¿Sabes que está predestinado para trabajar en los campos de cultivo?, John murió por un granjero. Irónico que quisiera escapar con él al desierto, ¿no crees?

A Peter no le gustaba ni la manera ni los tonos que usaba Ian al hablar. No le parecían los más correctos.

Creía en el modo de gobierno y en la necesidad de los Primogénicos. Desde su nacimiento había sido instruido con esa idea y en esa necesidad, al igual que su padre y su abuelo; el primero de la familia que consiguió salvar la vida en Ciudad 33. Nunca dudó, ni cuando se casó con Lissette y ambos tenían la idea clara de tener un hijo, aunque antes debieran entregar a su Primogénico. Así lo marcaba la ley y la siguieron sin vacilar. Pero lo que a Peter no le gustaba era el sadismo y el matar por matar. Sabía que Ian era propenso a eso en sus persecuciones y no lo compartía;

al igual que Ian no compartía que Peter entregara con vida a todos los prófugos.

—La vida es un don preciado Ian. Deberías aprender a protegerla de una vez por todas.

—Y lo hago— dijo sonriendo con sarcasmo— Protegía la mía y la de esos dos soldados que me acompañaban. No pretenderías que arriesgara la integridad de ellos innecesariamente por salvaguardar la de esos traidores. Tú lo has dicho en varias ocasiones. La subsistencia de los Primogénicos también es importante, gracias a ellos, la nuestra es más fácil. Además, tú también contribuiste al bien común. ¿Cuántos años debe tener ya, once, doce?

—Catorce— respondió Peter.

—Catorce…Uno más que Rom, ¿no?

Peter afirmó con la cabeza sin mediar palabra.

— ¿Y nunca has tenido curiosidad por saber para qué se le ha predestinado? Le queda un año para que empiece su labor.

Peter cerró el periódico y lo dejó sobre la mesa. Esta vez sí le miró a los ojos e Ian sintió un ligero escalofrío.

—El Primogénico que entregamos no es nuestro hijo. Aunque fuera mi semen y el óvulo de Lissette, fue una aguja quien la dejó embarazada tras su modificación. Nosotros simplemente lo mantuvimos con vida para Quimera durante nueve meses. Rom sí es mi hijo. A él lo creamos y lo amamos desde el primer momento. No sé cuántas veces te lo tendré que repetir. Nunca lo entenderás, y es lógico. Tu incapacidad para poder procrear te hace carecer del sentimiento paternal que poseemos los demás.

Cuando terminó, Peter sabía que aquellas duras palabras habían hecho daño a su compañero y se arrepintió en el mismo instante.

—Ian, lo siento. No debí decir eso.

— ¿El qué? ¿Qué nunca podré llegar a ser padre por la radiación que casi acabó conmigo en aquella persecución? Bueno, no tienes que disculparte. Al fin y al cabo, es un tema que no me importa en absoluto. Salí ganando con todo aquello. Soy un ciudadano de pleno derecho y además a muchas mujeres les encanta acostarse conmigo sin tener que usar protección. Saben que no se quedarán embarazadas y así ni incumplen la ley contra el

segundo hijo ni sus maridos se enteran.

Peter no pudo evitar sonreír.

—Eres un hijo de perra.

—Puede. Quizás algún día le proponga algo a Lissette. ¿Crees que estaría interesada? Siempre llegas cansado a casa, seguro que me dice que sí.

Ambos rieron para luego callarse cuando el capitán Newman apareció junto a ellos.

—Peter, tenemos que hablar.

—Dígame Capitán, que necesita.

—Yo nada Peter, es tu mujer. Debes ir al hospital del Sector 10.

Peter se intranquilizó por las palabras de su superior y cuando quiso preguntar qué sucedía, Ian se le adelantó.

— ¿Le ha pasado algo a Lissette, Capitán?

Newman le miró para después volver a girar la vista a Peter.

—No es por ella Peter. Es por Rom.

4

El tráfico era lento en las colapsadas calles de Ciudad 33. A duras penas podían avanzar y ni tan siquiera el estridente sonido de la sirena les ayudaba a abrirse paso.

—Debimos pedirle a Newman un trasporte aéreo para poder llegar. Teníamos que haber montado en uno de los destartalados helicópteros que tiene los del servicio de seguridad interior o que modificaran la ruta de alguno de sus drones de vigilancia y nos llevara hasta allí. Todavía estamos a cuarenta kilómetros del maldito hospital.

Ian estaba furioso. Odiaba el tráfico de la urbe, pero Peter, en el asiento del copiloto, mantenía la calma mientras una y otra vez intentaba localizar a Lissette a través de su teléfono móvil.

—No contesta. Ian, para el coche, voy a continuar por el metro. Llegaré antes y ya nos veremos ahí.

Ian tuvo el tiempo justo para frenar mientras Peter abría la puerta y salía

del él.

— ¿El metro? ¿Estás loco?

Ya era tarde para que Peter escuchara su advertencia, porque nada más tocar el asfalto, comenzó a correr hacia la entrada más cercana que conocía. El metro no era un lugar seguro, nunca lo fue. La gran mayoría de los habitantes sin derechos, delincuentes y asesinos se refugiaban en los sombríos recovecos del suburbano, incluyendo a los prófugos que escapaban con los Primogénicos esperando una oportunidad para salir de la ciudad. Pero Peter iba armado y no temía lo que pudiera encontrar. Tampoco se había hecho muchos enemigos entre los que llamaba sus clientes. Cuando debía detener a alguien, intentaba hacerlo siempre con diplomacia y suavidad. Ian le dificultaba la labor en muchas ocasiones, pero era su compañero y las normas nunca habían sido demasiado claras en las formas de actuar de los agentes de capturas.

Dentro de aquel vagón de metro el olor era nauseabundo, lógico teniendo en cuenta el estado y la suciedad que tenía. El gobierno de la ciudad no aportaba mucho dinero para su mantenimiento, había otros sitios más importantes donde inyectarlo, pero a Peter tampoco le importaba mucho. Estaba acostumbrado al hedor y a sus gentes, casi todo su trabajo lo realizaba allí abajo. En veinte minutos llegó a su destino, la parada del hospital en el Sector 10, y salió continuando la carrera entre disculpas y perdones.

Todo en aquella ciudad parecía un caos, hasta los hospitales, y el de aquel sector no iba a ser menos. Cuando entró en la sala de admisión se dirigió directamente al personal de seguridad. Sabía que identificándose podría conseguir información antes que esperando toda la cola que tenía frente a él, y así lo hizo. Con su placa y una sonrisa el vigilante entró en la oficina de admisiones y golpeando torpemente el teclado de un ordenador salió con los datos que Peter le había pedido buscar. Habitación 985-C. Se lo agradeció con un fuerte apretón de mano y siguió su camino.

Cuando entró en ella, Lissette y Rom eran los únicos que la ocupaban. Nada más saber quién era su padre le ubicaron en una de las reservadas para casos especiales. Beneficios de trabajar en el Ministerio de Interior, además, Newman había dado la orden para ello. Al ver a Peter, Lissette no pudo evitar lazarse a sus brazos y llorar desconsoladamente. Rom se mantenía bajo respiración asistida, conectado a varias máquinas y su estado era lamentable. Le costaba creer que aquella casi irreconocible cara y ese cuerpo demacrado fuera el de su hijo.

— Unos malditos traficantes de prófugos escapaban en un camión con varias familias. Perdieron el control cuando los agentes dispararon contra ellos y le arrollaron. No creen que pueda sobrevivir. ¡Peter, nuestro hijo va

a morir!

Lissette cayó de rodillas entre lloros y gemidos a la vez que Peter la acompañaba en su recorrido abrazándola con fuerza.

—Tranquila cariño. Eso no va a ocurrir. Los doctores van a impedir que muera, hazme caso. Yo me ocuparé de todo. Voy a solicitar que lo trasladen al Hospital de Veteranos, puedo hacerlo. Allí lo salvarán.

—No Peter, el doctor ha sido claro. Rom no tiene posibilidades. Su interior está destrozado, muchos órganos están dañados.

Con delicadeza la ayudó a ponerse nuevamente en pie y la acompañó hasta un confortable sillón enfrentado a la cama de su hijo.

—Quiero que te tranquilices, haré un par de llamadas. Hablaré con Newman, él sabrá qué tengo que hacer y cómo. Ahora voy a ver al doctor. Es imposible que no puedan recuperar su interior. Podrán trasplantarle todos los órganos dañados y en unas semanas volveremos a estar los tres juntos como si nada hubiera pasado.

Cuando salió de la habitación después de volver a mirar a su malogrado hijo, su cuerpo comenzó a temblar y se derrumbó llorando en el pasillo. No podía creer lo que estaba pasando. Allí sentado, apoyado en la pared, su dolor se camuflaba entre el de los cientos de personas que compartían su misma planta. El suyo, era un sufrimiento ajeno al de los demás. Su hijo podría morir y si eso ocurría no habría ya ninguno más. Debía evitar que ese final se hiciera realidad. Levantándose casi sin fuerzas marchó en busca del médico que le trataba. Preguntó en el mostrador de la planta y una enfermera ya entrada en años y canas, que desprendía un fuerte olor a tabaco, le atendió.

—Busco al doctor que está tratando a mi hijo.

Ella le miró por encima de unos pequeños anteojos sonriéndole.

—Cariño, aquí hay muchos doctores y muchos pacientes. Deberías ser algo más explícito. ¿En qué habitación esta tu hijo?

—En la 985-C

Con tranquilidad buscó en la pantalla del ordenador y a los pocos segundos volvió a dirigirse a él.

— ¿985-C? ¿Eres el agente del Ministerio? Le dieron una buena habitación a tu hijo. Estamos colapsados, pero a él…

Peter le interrumpió bruscamente.

—Señora, le he preguntado quién es el doctor que está tratando a mi hijo y le aseguro que ahora no es el momento ideal para estar aguantando juicios de nadie, ¿me entiende? Así que por favor dígame dónde puedo encontrarlo.

La enfermera, lejos de amedrentarse le respondió mostrándole una sonrisa sarcástica.

—Sí, ya veo que está nervioso. El doctor Estévez está en el área de descanso, al final del pasillo a la izquierda. Pero, aunque es un área restringida, supongo que usted está también autorizado para entrar allí.

Peter no le respondió. Sabía que los nervios le habían jugado una mala pasada, pero algo, no sabía el qué, le impedía disculparse con aquella mujer. Orgullo, enfado, nerviosismo, no entendía la razón y abandonando el mostrador se dirigió en su búsqueda.

En la luminosa sala sólo se encontraba el médico, que bebiendo de una descolorida taza blanca un oscuro café, contemplaba a través de unos grandes ventanales las miserias del Sector 10. Nunca quiso venir destinado a ese hospital, pero era un ciudadano sin derechos, y aunque fue el número uno de su promoción, el negarse junto a su mujer a tener un Primogénico les relegó a las últimas plazas. Aun así, era feliz con su decisión. Ya vendrían para él tiempos mejores.

— ¿Doctor Estévez?

Sin girarse se limitó a responder.

— ¿Quién pregunta por él?

— Mi nombre es Peter, soy el padre de Rom. Usted está tratando sus heridas.

—El agente del Ministerio. ¿Quiere tomarse un café? No es una maravilla, pero le permite a uno mantenerse despierto durante la jornada.

Peter no quería tomar aquel café, pero sí deseaba que el doctor empatizara con él. Para todos era el agente del Ministerio y no era la primera vez que se daba cuenta que en muchos lugares no estaban bien vistos, aunque afortunadamente no en todos. Fue hasta la barra del área de descanso y volcó dentro de una taza un poco de aquella ennegrecida bebida. Con ella en la mano se dirigió a su lado y dio un sorbo mientras miraba el exterior del hospital.

—Viéndola, da la sensación de que esta ciudad se irá al infierno un día de estos— dijo Estévez.

—Yo no lo creo doctor, muchos nos preocupamos para que eso no ocurra.

Estévez no pudo evitar sonreír y abandonando su posición se sentó en un sillón pegado a la pared a unos metros de Peter.

—Entonces, es el padre de Rom.

—Sí.

— ¿Ya ha hablado con su mujer?

—Hace apenas unos minutos, pero está muy nerviosa. Le dije que hablaría con usted y…

—A su hijo le quedan escasamente veinticuatro horas de vida.

La aseveración del médico cayó sobre Peter igual que un mazazo. Notó sus piernas tambalearse y buscó refugió en un largo sofá próximo a él. Se mantuvo en silencio unos segundos y fue Estévez quien continuó hablando.

—Las heridas internas de su hijo no son compatibles con una recuperación, incluso no entiendo cómo sigue aún respirando. Debería haber muerto ya, pero intenta aferrarse a la vida, inútilmente, pero lo intenta.

La frialdad de las palabras del doctor impedía a Peter responderle. Parecía estar hablando con un psicópata que no mostraba interés hacia la vida del prójimo; hacia la vida de su hijo. Le miró allí sentado y se levantó para ponerse frente a él. Estévez no se sentía intimidado en absoluto. Peter podría ser un agente del Ministerio, sin corazón, un asesino implacable, pero allí, en ese hospital, él era la mano de Dios. Podía quitar y dar la vida, aunque en esta ocasión ni Dios ni los medios le facilitaban hacerlo.

— ¿Cómo puede hablar así de la vida de mi hijo?, no es un animal, ¡es mi hijo! Me niego a creer que no pueda hacer nada para salvar su vida.

—Amigo mío, lo único que podría hacer en estos momentos sería rezar para que un milagro recompusiera a su hijo por dentro.

Lleno de furia, Peter desenfundó su arma y clavando una rodilla sobre el pecho del doctor le apoyó el cañón en la frente. Estévez lo notó frio, y el dolor del golpe casi le deja sin respiración, pero seguía sin tener miedo.

—Quizás debería ser usted, doctor, quien comenzara a rezar. Mi hijo no debe morir, ¡no puede morir! Nunca he matado a nadie sin una causa justificada, pero le aseguro que no me importaría que usted fuera el primero.

Estévez tosió intentando conseguir más aire. La presión le impedía respirar cada vez más.

—Pues si me mata ahora— dijo a duras penas—, entonces tampoco ganaría mucho en su recuperación.

Peter retiró la rodilla de su pecho y enfundó el arma mientras Estévez inspiró como nunca lo había hecho antes. Notaba como sus pulmones se expandían poco a poco y se relajaba para intentar aplacar su dolor.

— ¿Por qué no ha empezado a realizarle los trasplantes? El procedimiento para ciudadanos de pleno derecho lo deja claro. Cualquiera que lo necesite será trasplantado en menos de veinticuatro horas una vez hayan detectado la enfermedad en uno de sus órganos.

Levantándose del sofá Estévez fue en busca de agua. Necesitaba refrescarse por dentro después del encontronazo con Peter y de camino le explicó los motivos.

— ¿Por qué?, porque no hay un órgano disponible en toda esta maldita ciudad. Han desaparecido todos y ayer teníamos de sobra. Para hoy había varias operaciones preparadas, aunque todas se han anulado. De la noche a la mañana no hay existencias y la dirección del hospital no ha explicado los motivos.

Dio un profundo trago de una botella que acababa de sacar de la nevera bajo la sorprendida mirada y tras hacerlo volvió a dirigirse a él.

— ¿Cree que ha sido el primero en amenazarme hoy? Llega tarde amigo. Ya he recibido lo mío durante todo el día y no es la primera pistola que me han enseñado.

Con rabia lanzó la botella contra la pared y dirigió la mirada hacia Peter. Estaba enfurecido.

— ¿Qué demonios quiere que haga?, salgo con un bisturí y me dedico a arrancárselos a los vivos para entregárselo a los moribundos de este hospital, ¡dígame!, ¿Qué hago? — terminó gritando.

Peter volvió a equivocarse una vez más. Vio la desesperación y su frustración en los ojos del doctor, pero no podía entender sus palabras. Era imposible que los órganos que fabricaba el Ministerio para los ciudadanos de pleno derecho se hubieran agotado. Sus instalaciones

estaban siempre a pleno rendimiento. Había de sobra para todos. Debía averiguar qué ocurría, pero tenía que sacar a su hijo de aquel hospital.

—Doctor, quiero trasladarlo.

— ¿Trasladarlo? — preguntó extrañado— Los hospitales de todos los sectores están en las mismas condiciones que este. Ya me ocupé de informarme. No hay un maldito órgano en la ciudad.

—Quiero trasladarlo al Hospital de Veteranos.

Estévez asintió tras escuchar a Peter.

—Entiendo. Como en casa en ningún lado. Por mí no hay problemas. De hecho, será lo mejor. Su hijo está ocupando una habitación completa y no podemos usar las camas restantes de las que dispone. Prepararé los papeles y el transporte. En una hora estará todo listo.

—Gracias Doctor.

Pero Estévez no escuchó sus agradecimientos y antes que Peter se los hubiera dado ya había salido de la habitación. Cuanto antes se marchara de allí antes se quitaría un problema de encima; demasiadas armas en aquel hospital y locos furiosos dispuestos a usarlas. Nunca quiso aquel destino. Aun así, comenzó a sonreír nuevamente. Ya lo había pensado mientras observaba la caótica ciudad a sus pies desde las ventanas del área de descanso, vendrían tiempos mejores.

5

Cuando el dron sanitario se posó sobre la pista de aterrizaje en la azotea del Hospital de Veteranos, Newman ya estaba esperándolos. Peter bajó por la rampa mientras los sanitarios empujaban la camilla de traslado que transportaba a Rom. Extendió su mano y apretó con fuerza la del Capitán.

—Gracias por todo Señor, pero debemos hablar.

Newman asintió. Sabía cuál era el problema y temía la reacción de Peter. No podía más que expresar conmiseración por él.

—Rom está crítico. El médico le ha dado menos de veinticuatro horas. Si

no trasplantamos pronto para mañana habrá muerto.

Newman colocó su mano sobre el hombro de Peter y lo apretó con delicadeza.

—Quiero que acompañes a tu mujer a la habitación que tenéis preparada. Acomódala, que esté tranquila y luego quiero que vayas al despacho del director. Allí hablaremos con más calma y a solas.

—Pero, ¿Qué ocurre? No entiendo.

Calmadamente, Newman guio los pasos de Peter hasta la puerta con el fin de guiarle para que hiciera lo que él le había pedido.

—Tranquilo. Ahora hazme caso y acompaña a tu mujer y a Rom. Te estaré esperando allí. Tómate el tiempo que necesites.

Peter asintió y obedeciendo siguió al equipo médico que trasladaba a su hijo. Al llegar junto a ellos atrapó la mano de Lissette aferrándola con fuerza. Quería que supiera que todo estaba bien, que él se ocuparía de ella y de su hijo. Una débil sonrisa le hizo ver que había entendido su mensaje y bajaron a la habitación.

Tras dejarlos acomodados y pedirle a ella que descansara, fue al encuentro de Newman. Durante su peregrinar por los pasillos del hospital pudo ver a los veteranos que en él guardaban cama y curaban sus heridas. Miembros de los cuerpos de seguridad, de capturas y mandos del ejército ocupaban sus habitaciones, no tenía nada que ver con los hospitales de los diferentes sectores de la ciudad. El Hospital de Veteranos estaba limpio, reluciente. Quimera cuidaba a los héroes y a sus fieles trabajadores.

Golpeó suavemente con los nudillos la puerta del despacho y Newman le pidió que entrara.

—Por favor, siéntate— le dijo amablemente mientras señalaba un mullido sillón y le ofrecía un grueso puro del interior de una robusta caja color caoba y adornada con el escudo corporativo.

—Ya no fumo Capitán.

— ¿No?, te recordaba con un cigarrillo siempre en la boca.

Peter sonrió.

—Llevo ya trece años sin fumar. Desde que nació Rom.

Newman exhaló un suspiró nostálgico.

—El tiempo pasa volando. Aun recuerdo cuando dijiste que serías padre, rebosabas felicidad.

Peter también recordaba ese día, fue el más maravilloso de toda su vida, pero hoy, aquel día había encontrado a su antítesis.

—Capitán, necesito que empiecen a trasplantar a Rom inmediatamente. El médico dijo que le quedaban…

Las palabras de Peter fueron cercenadas bruscamente por Newman.

—No podemos hacer nada, solo rezar y esperar que Rom pueda recuperarse por él mismo. Los médicos ya me han dicho que van a tratarle lo mejor que puedan, pero deberá valerse por si solo. La ciudad no tiene reservas de órganos y desgraciadamente será imposible obtenerlas hasta dentro de mucho tiempo.

No podía creer las palabras que estaba escuchando. Su capitán le había respondido de igual manera que el doctor del Sector 10. Pero aquello que decían era inaudito, no podía ni tan siquiera imaginar que fuera cierto lo que le habían dicho una vez más.

—Pero, eso es imposible. ¿Qué ha pasado con ellas?, hay miles de órganos siempre disponibles. El Ministerio constantemente se ha ocupado de su creación. ¿Qué ha ocurrido?

Newman le miraba sin darle una respuesta.

—¡Capitán!

—Lo siento Peter. De verdad que lo siento como si Rom fuera hijo mío, pero esa información es reservada.

— ¿Información reservada?, ¿De qué demonios está hablando?

Peter estaba enfurecido con todo aquello y se levantó encarándose contra Newman.

—Le exijo que me diga que está pasando. Mi hijo se está debatiendo entre la vida y la muerte, ¿y ahora usted me está diciendo que la única posibilidad que tiene para que sobreviva a esta pesadilla es materia reservada? ¡Le exijo que me diga qué está ocurriendo!

Newman cambió su faz y los gestos se volvieron abruptos y secos. Él era el mando superior y no podía permitir que nadie, ni Peter y la actual

condición, soslayaran su autoridad.

—Ponerte de esa manera no nos ayudará a nadie. Ni a ti ni a Lissette, y mucho menos a Rom. Las cosas no funcionan así. Si no te doy la información será por algo; y tú estás aquí para obedecer las órdenes y punto. Para mí también es difícil lo que está pasando, pero me aguanto y apechugo.

Newman bajó su agresivo tono y volvió a entonarlo más paternalista mientras se giraba dándole la espalda.

—Eres un buen hombre y tu familia ahora te necesita más que nunca. Vete junto a ellos, es donde mejor puedes estar.

Peter le hizo caso y con paso lento, arrastrando los pies salió del despacho. Al abrir la puerta casi se dio de bruces con Ian.

—Por el amor de dios Peter. Podías haberme avisado. Cuando llegué al hospital me comunicaron que os habían trasladado aquí. ¿Cómo está Rom? Todavía no le he visto. Me han dicho que estabas aquí con Newman.

Peter alzó los ojos e Ian los descubrió húmedos. Las lágrimas brotaban de ellos y él nunca había visto llorar a su compañero.

—Dime que tu hijo no ha muerto.

Peter agarró con sus manos fuertemente los hombros de Ian.

—Tienes que ayudarle— suplicó.

6

Nuevamente, Ian conducía por aquella caótica ciudad mientras Peter se sumergía en las incontables hojas del informe facilitado por los médicos que estaban tratando a Rom. Nada de lo que leía en ellos era halagüeño, su hijo se moría y segundo a segundo su joven vida se apagaba.

Ian dirigió una pregunta a su compañero con el vano intento de ser lo más diplomático posible.

— ¿Qué órgano te dijo que era el más importante de conseguir?

Peter sin dejar de mirar el informe no sabía que responderle exactamente.

— Todos Ian. Dice que necesita todos. Los riñones están conectados a diálisis, tiene respiración asistida, el cerebro creen que está libre de

daños, pero tampoco están seguros, y el corazón no está latiendo por si solo. No sé por dónde empezar a buscar.

Ian intentó tranquilizarle.

—Él sabrá por dónde hacerlo.

Peter levantó por fin la mirada de aquellas inteligibles hojas llenas de datos médicos para girar su mirada incrédula hacia Ian. Cuando conoció el estado de Rom y supo de la carencia de órganos, simplemente le pidió que le acompañara. En ese momento no quiso decirle el lugar.

— ¿Quién lo sabrá? Esto es una locura Ian. Nos estamos dirigiendo al sur, hacia los sectores más antiguos de la ciudad. Allí solo se atreve a patrullar el ejército y nunca salen bien parados.

Ian sabía que Peter estaba en lo cierto, pero también que su única oportunidad estaba en el lugar donde le llevaba.

—Vamos al Sector 96.

Los ojos de Peter se abrieron como platos.

—Al Sector 96. Pero…, estaremos muertos antes de entrar. ¿Qué es lo que pretendes?

Ian intentaba mantener la calma.

—Abre la guantera— le dijo.

— ¿Cómo?

—Por el amor de dios Peter. Hazme caso y abre la guantera. Encontraras una cartulina roja con un punto negro en el centro.

Sin entender nada obedeció sus indicaciones y encontró lo que buscaba; una cartulina plastificada con un gran punto negro en el centro y se la mostró.

— ¿Es esto?

—Sí, ponla en el salpicadero. Apóyala de tal manera que esté bien a la vista.

Y así lo hizo. Cuando acabó de colocarla como le había pedido Ian no dudó en preguntarle.

— ¿Qué significa esto?

Ian resolló un profundo suspiro.

—Significa la diferencia entre salir con vida y que Rom consiga sobrevivirte o que nunca más se sepa de nosotros. Tan simple como eso.

Peter se estremeció mientras su compañero continuaba hablando.

—Quiero que te quede claro una cosa. En el lugar hacia donde nos dirigimos no funcionan tus técnicas bonachonas de agente bueno y agente malo. Allí haz lo que yo te diga, cómo y cuándo te lo diga. No sabes quiénes son esas personas. Para ellos, tu vida, aunque parezca mentira, sí tiene valor. Pero es únicamente porque te cobrarían por ella. ¿Entiendes?

Peter asintió sin tragar saliva. Su garganta estaba seca, tanto como los desiertos que rodeaban Ciudad 33.

El coche se adentró dentro que aquellas desvencijadas y esperpénticas calles. Los sectores antiguos de la ciudad eran casi inhabitables, pero los que iban del 90 al 100, eran sin duda los peores. Solamente la más execrable calaña se refugiaba en ellos. No había servicios públicos. Basura, ratas y enfermedades campaban a sus anchas. Solo el ejército era la única y casi inexistente ley que recorría sus calles, pero no vieron a ni un solo soldado Primogénico. El bullicio de sus desarrapados habitantes era quien llenaba cada maltrecho rincón. Avanzaron con el coche lentamente zigzagueando entre la multitud que ocupaba también la carretera y tras una hora observando miserias Ian paró el vehículo frente a un alto edificio, de los mayores que nunca se habían construido en la ciudad. Cuando Peter pisó la calle no pudo evitar mirar hacia arriba, su vista no llegaba a atisbar la azotea y rezaba pidiendo que el lugar donde fueran a ir no estuviera arriba del todo. Dudaba que ningún ascensor funcionara en aquella descomunal estructura.

Ian le sacó de su duda.

—La solución que buscas no está en lo alto de ese edificio sino en lo más profundo de sus entrañas.

Tras decirlo comenzó su andadura hacia la entrada.

Dos hombres de color, que le sacaban varios palmos de altura y tan anchos como las puertas que pretendían atravesar, salieron a su encuentro. Portaban cada uno una pistola y eso obligó a Peter a ponerse en alerta y no dudó en sacar la suya apuntándoles mientras les gritaba que se tiraran al suelo y se despojaran de las armas. Haciendo caso omiso a su orden los dos reaccionaron de igual forma y excepto Ian, que se mantenía en medio de la línea de tiro de aquel triangulo mortal pidiendo

que se calmaran, los demás no dejaban de encañonarse.

—Creo que todos deberíamos tranquilizarnos un poco. Peter, baja tu pistola.

Era reticente a hacerlo, pero recordó las palabras que anteriormente le había dicho en el coche, “haz lo que yo te diga, cómo y cuándo te lo diga”, y así lo hizo. Lentamente enfundó su arma para luego mantener las manos en alto.

—Bueno muchachos, nosotros hemos cumplido. Ahora vosotros podríais hacer lo mismo y aquí no ha pasado nada.

El más fornido de los dos sonrió mientras con un gesto de cabeza indicó a su compañero que lo hiciera. Ambos las guardaron y tras haberlo hecho, el que se encontraba más próximo se dirigió a Ian con una voz potente, profunda.

—Hay que estar loco o muy desesperado para volver aquí. Slater no se lo va a creer.

—Tom, mi viejo amigo. Si he venido es para saldar nuestra pequeña deuda y conseguir algo para mi compañero.

Tom miró con desprecio a Peter.

— ¿Y qué puede querer un agente de capturas de Slater?

Ian mantuvo el silencio unos segundos y se aproximó a Tom.

—Su hijo se está muriendo y si no hace algo para evitarlo, puede que mañana…

Tom cambió sutilmente los gestos malhumorados que esgrimió segundos antes y la compasión fue poco a poco adueñándose de su cara.

—Entiendo. Aun así, no sé si podrás conseguir la ayuda que necesita tu amigo, al fin y al cabo, no es más que un cazador. Te llevaré junto a Slater y que sea él quien decida.

Ian asintió, y junto a Peter comenzaron a seguirle en un laberíntico andar sumergiéndose en las entrañas más profundas de aquel faraónico edificio.

Sus pasillos y escaleras estaban también abarrotados por el continuo trasiego de personas, pero no solo de gente común y corriente. Peter se llevó una sorpresa cuando observaba como decenas y decenas de niños de

corta edad jugaban, corrían y reían a su paso.

Observando su incredulidad Ian no pudo evitar preguntárselo.

— ¿Sorprendido?, esto parece una guardería, ¿verdad?

Peter solo gesticulaba afirmativamente mientras acarició la cabeza de uno de ellos que pasó corriendo por su lado. Fue al escuchar que tres pequeños llamaban madre a una mujer cuando no pudo evitar atropelladamente ser ahora él quien preguntara por todo aquello.

— ¿Qué significa esto Ian? Esa mujer tiene tres hijos. ¿Los has oído?, los tres la han llamado madre.

Ian le miró con sorna sin dejar de seguir a Tom mientras le respondía.

—La ley del Único Hijo— farfulló irónicamente— Pero Ian, si aquí no se cumplen la mayoría de las leyes, ¿crees que acaso iban a cumplir esa? Ninguno de estas personas ha entregado jamás a un Primogénico, ninguna. Estos sectores son una ciudad aparte de la que tú y yo vivimos. Una ciudad diferente, salvaje, cruel, y aunque no lo creas, más humana, bella.

Peter seguía sin creerlo y no podía llegar a entender las palabras de su compañero. Nadie podría ser afortunado entre tanta miseria ni caos y, sin embargo, las caras de aquellos que le rodeaban expresaban una opinión diferente. Había sonrisas, sentimientos, alegría y no apreciaba que fueran sentimientos forzados. Les surgía de su ser, de ellos mismos.

Eran felices.

Tras descender por un sinfín de escaleras llegaron a lo que Peter pensaba era ya su destino. En una extensa sala, y ocupando su centro por lo que parecía una vivienda perfectamente equipada, les esperaba a quien Tom llamó Slater. Sentado en una cómoda silla y mirando unos papeles en un amplio escritorio alzó la mirada para luego no dar notoriedad a lo que veía.

Slater, un hombre de tez blanca, mediana edad, pelo largo canoso y una prominente barba del mismo color se levantó y bordeando la mesa se sentó en una de sus esquinas.

— ¿Ya es Navidad?

Varias personas que bien podrían ser su escolta y que se encontraban en diferentes puntos de aquel extraño hogar rieron.

—Debe serlo— continuó— Es la única razón para que este hombre se haya dignado a verme.

Ian mostró a Slater algo que traía en la mano.

—Aquí hay cuarenta mil. Son para ti.

Peter se sorprendió por lo cuantioso de la cifra. Costaba mucho tiempo poder ganar tanto dinero como para que se lo entregara sin más a aquel individuo y todavía desconocía el motivo que le llevaba hacerlo.

—Es tres veces más de lo que te debo.

Lanzando con delicadeza el abultado mazo de dinero a Tom, éste se lo alcanzó a Slater. Cuando lo tuvo en sus manos, comenzó a contar uno a uno los billetes humedeciendo de vez en cuando su pulgar con la lengua para ayudar el paso de los billetes y cuando terminó, no pudo evitar sonreír.

— Cuarenta mil. Entiendo que con esto has zanjado lo que debías más los intereses, pero ya lo has dicho, hay tres veces más de la deuda que habías contraído.

Ian le respondió afirmando con un leve gesto de cabeza.

— ¿Entonces?

—Quiero pagarte por un nuevo favor.

Su petición cogió por sorpresa a Slater.

—Los favores no suelen pagarse. ¿No te lo dijo nunca tu madre?

—Los favores no, pero además de querer comprar algo, necesito comprar también rapidez, y ahí reside el favor. Lo necesito cuanto antes mejor.

—Interesante, pero que podrás necesitar con tanta rapidez como para entregarme tanto dinero por ello.

—Necesito órganos, y tengo poco tiempo para conseguirlos.

Peter se conmocionó con la respuesta de Ian. ¿Podría encontrar allí los órganos que necesitaba para salvar a Rom?, ¿cómo? Debía ser una broma de mal gusto. La creación de cada uno de ellos conllevaba una atención extraordinaria durante el antes y el después. Unos equipos especiales usaban células madres para literalmente imprimir capa por capa cada célula, tejido y configurar un órgano específico. No eran tan fáciles de crear y mantener. Esa era la razón por la que el Ministerio se ocupaba de

su fabricación, almacenaje y mantenimiento. Era muy costoso, y ahora, Ian quería comprarlos como si fuera a una carnicería a pedir un kilo de carne. Eso era imposible.

La petición tan abrupta de Ian también cogió por sorpresa a Slater, pero Tom, que todavía se mantenía a su lado tras entregarle al dinero, se lo aclaró todo.

—El hijo de su compañero se muere.

7

Cerca de una hora había pasado desde que Slater mandó llamar a Richard y ahora, ambos leían el voluminoso informe médico que Peter trajo consigo. No paraban de hablar entre ellos, y los gestos de negación de Richard, mientras veía como lo escudriñaban de arriba a abajo, provocaban que Peter no pudiera mantenerse quieto, caminando casi en círculos y asemejando su andar al de un animal nervioso pendiente por la vida de sus crías.

—Moverte tanto no va a hacer que las cosas vayan más rápido— le recriminó Ian. Poco a poco su compañero comenzaba a contagiarse de aquel nerviosismo.

—Hacerlo me tranquiliza. No es tu hijo quien…— Peter se dio cuenta de lo que iba a decir y frenó sus palabras— Perdona. Quizás deba hacerte caso y sentarme.

Una maltrecha silla arrimada a una de las columnas del vasto salón donde estaban le sirvió de refugio. Desde allí, podría seguir observando todo e intentaría calmarse, o al menos, no poner nervioso a los demás.

— ¿Habías visto alguna vez a ese tal Richard?

Ian se lo confirmó con un gesto.

— ¿Se ocupa él de la fabricación de los órganos?

—Digamos, que algo parecido.

—No entiendo esa respuesta.

Ian, sin tan siquiera mirarle, le reprochó tantas preguntas y no dudó en sermonearle nuevamente.

— Tú no vas a cambiar nunca, ¿verdad? Siempre tan puritano, tan rígido en tus pensamientos y con la creencia en que el mundo donde vives es el perfecto. No tienes idea de nada. Llevas toda la vida en esta ciudad y nunca se te ocurrió poner un pie en este sector ni en los muchos que hay similares. Pero para ti eso es algo lógico, como la orden del Ministerio dice que aquí únicamente entra el ejército y sus tropas Primogénicas, tú obedeces y ya está. Las cosas no son así Peter. Hay mucho más en todo esto, cosas que ni tan siquiera alcanzas a ver y ni te creerías. Estas gentes, aunque pienses lo contrario, viven realmente la vida y la muerte. Poseen una cosa que no tienes ni tu ni yo, son dueños de su libertad. Están tan libres de cargas que disfrutan el día a día como nunca podremos hacerlo nosotros.

Repasaba todas sus palabras mentalmente mientras las decía y, aun así, no podía darle sentido al discurso de Ian. Aquellas personas no poseían los mismos derechos que tenía él como ciudadano, y esos derechos eran los únicos que podían salvaguardarle de poder tener una vida gratificante, plena e igual, que la de las personas que le rodeaban cada día.

—Ian, ¿acaso oyes tus palabras? Mira a tu alrededor. ¿Qué vida es esta? Una vida fuera de la ley, sin futuro, sin sociedad. En la que los hijos de esta gente tendrán un porvenir más incierto que el de sus padres. Una vida a expensas de lo que pueda elegir para ti uno de estos miserables.

Ian volvió a mirarle gesticulando negativamente para luego virar su mirada hacia Slater que junto a Richard se aproximaban a ellos.

—Pues quizás uno de esos miserables tenga la vida de Rom en sus manos.

El corazón de Peter comenzó a latir con fuerza. Debía aprender a mantener en silencio su boca, pero no podía evitarlo. Sus creencias eran más fuertes y no podía impedir decir lo que pensaba, aunque aquel no fuera el sitio más idóneo.

—Tenemos buenas y malas noticias. Suena a tópico, ¿verdad? — dijo Slater.

Peter pensaba que sí, sonaba a tópico y además lo veía de mal gusto en aquel momento.

— ¿Con cuál empezamos? — preguntó Ian.

Richard tomó entonces la palabra.

—Su hijo—dijo dirigiéndose a Peter—, está realmente mal. Los informes que trajo lo dejan claro. El problema radica en que a medida que avanza

el tiempo todo va a ir a peor.

—El problema no radia ahí— Peter se empezó a enfadar y notaba como su tono comenzaba a encolerizarse— El problema está en saber si vais a poder ayudarme o no.

Miró a Ian con gesto recriminatorio.

—Esto no ha sido más que una pérdida de tiempo.

Slater se dirigió a Richard pidiéndole que se dejara de rodeos.

—Tenemos los órganos, pero no tenéis el dinero suficiente para comprarlos todos. Aun así, y viendo los informes que trajiste, creo que deberías optar por un corazón y el hígado. Con esos dos probablemente consigas que tu hijo sobreviva el tiempo suficiente hasta que Quimera vuelva a surtir a la ciudad, pero en al menos seis horas o quizás un poco más, no estarán disponibles para que te los lleves.

La noticia no era tan buena como deseaba, aunque tampoco tan mala como había esperado. Oyendo las palabras de Richard una duda brotó. La creación de un órgano conllevaba más tiempo que las irrisorias seis horas que él había dicho. Solo un corazón podía tardar en generarse casi ocho veces más que el periodo que había dicho, entonces, eso podría significar que tuvieran un almacén próximo y se referían a esas seis horas como el tiempo que necesitarían para preparar los órganos y trasladarlos hasta aquí.

— Quizás, si fuéramos con vosotros agilizaríamos todo y podríamos restarle algunas horas a esas seis.

Richard miró extrañado a Slater dejándole ver que no entendía lo que quería decir Peter.

— ¿Acompañarnos a dónde? — preguntó Slater.

— Al lugar donde tenéis guardados los órganos. ¿Dónde si no?

Slater quien miró con sorna a Ian y evitando soltar una carcajada no dudó en preguntarle.

— ¿De qué lugar has sacado a tu compañero?

Ian le respondió provocando una reacción de sorpresa tanto en Slater como en Richard.

—No sabe nada.

—¿Estás tomándome el pelo? Por favor, dime que sí.

Ian respondió negando con la cabeza y obtuvo como respuesta una sonora carcajada de Slater

—Me estás diciendo que tu compañero, ¡tu compañero!, ¿no tiene ni idea de nada?

Está vez, asintió en silencio y Peter, mirando a Ian, solo hizo una sencilla pregunta.

— ¿Qué es lo que no sé?

Ian se levantó, con tranquilidad sacó una caja de tabaco de su chaqueta y tomando un cigarrillo lo encendió. Tras una profunda calada le respondió.

—No hay ningún almacén ni fábrica de órganos.

La respuesta le desconcertó. Ahora sí que no comprendía nada. Si no había almacén ni fabrica, como iban a tener los órganos para Rom. Quizás aquel grupo de mafiosos, más que organizados, los habría robado y por eso la ciudad carecía de ellos ¿Sería esa la razón por la que Newman no quería decirle nada cuando le preguntó?

—No entiendo Ian.

—No hay nada que entender y tampoco es momento para explicaciones. Las cosas son más complicadas de lo que piensas. Slater, ocúpate de todo. Con esos dos órganos es suficiente por ahora.

Al instante, Slater dio la orden a Richard para que empezara con todo, pero quería que Ian le acompañara. Él sería la persona a la que entregarían los órganos, y tras hacerlo, volvería en busca de Peter, quien se mantendría hasta entonces allí sentado.

La manera de responderle, y la rapidez con que todos se fueron una vez habían decidido, no le permitió a Peter ni tan siquiera pensar o reaccionar en lo ocurrido. Únicamente le tranquilizaba saber que los órganos estaban disponibles y lamentaba no haber tenido más dinero para poder conseguir alguno más. Intentó que Slater se los diera con la promesa de que volvería de regreso con él, pero fue en vano. “Sin dinero no se pueden hacer negocios, y menos, cuando hablamos de órganos”, le respondió.

Las horas pasaban lentamente como una agonía insufrible y eterna. Una, dos, tres horas en vilo; hasta que los nervios y el cansancio, por todo lo que había pasado, hicieron mella en él y finalmente cayó en un profundo

sueño.

Cuando alguien zarandeó sutilmente su cuerpo despertó y una joven mujer asomó entre sus todavía dormidos ojos.

—Tengo algo que le pertenece— le dijo mientras alzaba una nevera de plástico portátil— Debería salir ya en dirección al hospital.

Todavía adormecido, solo se le ocurrió preguntar la hora y al decírsela se dio cuenta que habían pasado ocho horas y no seis como le habían dicho. Pidió explicaciones enfadado mientras cogía la nevera afianzándola con fuerza por su asa.

—Únicamente puedo decirle lo que me han dicho. Que hubo unas pequeñas complicaciones que prolongaron la operación.

¿Operación?, ¿E Ian? Tampoco estaba allí. La mujer simplemente le respondió alzando los hombros mostrando su desconocimiento del lugar donde pudiera estar.

Sin perder más tiempo comenzó su peregrinaje por el mismo camino que usó para entrar en aquella cueva de ladrones. Había menos gente en los pasillos, ningún niño y cuando alcanzó a salir por las puertas del edificio no pudo creer lo que sus ojos vieron.

La oscura noche lo ennegrecía todo y el coche con el que habían llegado hasta aquel nefasto lugar ya no se encontraba en el lugar donde lo habían dejado.

Era hora de correr.

8

La luz de una solitaria luna llena, y el reflejo de algunas hogueras, imprimían algo de luminiscencia en las desoladas calles del Sector 96. La jadeante respiración, y el agotamiento por llevar ya un largo tiempo corriendo cargando con la nevera de órganos, empezaban a hacer mella en él. Su teléfono carecía de cobertura para poder pedir ayuda, ya lo había intentado en varias ocasiones, y solo le quedaba seguir corriendo con la vana esperanza de encontrar alguna patrulla de seguridad interior o del ejército que le pudieran ayudar llevándole hasta el hospital.

La nevera pesaba cada vez más y más, pero saber que dentro llevaba la única oportunidad que tenía su hijo para mantenerse con vida le daba las

pocas energías que requería para continuar.

Aunque éstas, también se estaban agotando poco a poco.

Las calles que recorría se encontraban vacías, ni un alma erraba por ellas. Pensaba que probablemente fuera debido a las patrullas que rondaban, las cuales, no solían tener miramientos con quienes encontraban si tenían sospechas de ser prófugos o delincuentes; no obstante, seguía sin haber podido contactar con ninguna.

A su cabeza volvió la figura de Ian. ¿Dónde se había metido? No podía creer que hubiera sido él quien se llevara el coche. Imposible. Pero, ¿dónde demonios estaban? Todo había sido tan extraño; Slater, Richard, el lugar donde se habían encontrado con ellos, la mujer que le entregó la nevera. ¿Cómo podían haber tenido los órganos que necesitaban? Si Ian le hubiera dicho con antelación dónde iban a ir a parar, podría haber conseguido más dinero y así obtener más órganos y con ello más posibilidades para Rom, pero una luz cegadora arrebató de su mente aquellos pensamientos.

Una serie de gritos le obligaron parar, y cuando al levantar la mano, con el fin de protegerse los ojos de ella, vislumbró que aquellos que le enfocaban con el potente foco eran los miembros de una patrulla del ejército, no pudo más que alegrarse. Sin dudarlo se acercó, pero los gritos de varios jóvenes soldados Primogénicos dándole el alto le obligaron a parar e intentó identificarse.

— ¡No disparen! — gritaba con el vano intento de que su voz se elevara sobre los gritos y el ruido de los motores de los vehículos que los acompañaban. Sin pensarlo, metió la mano en la chaqueta con el fin de sacar su placa y poder identificarse como un miembro del Ministerio, pero obtuvo como respuesta un fuerte golpe en el pecho y una descarga eléctrica recorrió cada rincón de su cuerpo.

Antes de perder el conocimiento pudo escuchar a su lado la voz de uno de aquellos imberbes soldados Primogénicos comunicándose por radio.

—Señor. Lleva consigo una nevera y dentro hay dos órganos. Es un traficante.

Luego, poco a poco el silencio y la oscuridad terminaron por tomar posesión de todo.

Cuando comenzó a despertarse, su cuerpo estaba dolorido y le costaba moverse. Al abrir los ojos se vio acostado en un pequeño cuarto de paredes blancas inundado por una brillante luz. Reposaba sobre un impoluto colchón y no tuvo problemas en reconocer el lugar donde se hallaba. Era el dormitorio de un soldado Primogénico y eso solo quería

decir que le habían trasladado a uno de sus cuarteles, posiblemente en la frontera del Sector 96. Recordó lo sucedido y levantándose torpemente intentó encontrar la nevera que llevaba consigo, pero un fuerte mareo le obligó a mantener reposo. La puerta se abrió y un fornido hombre entró, no era un Primogénico, en su uniforme lucía unas divisas de oficial.

— Soy el Teniente Rub. Ahora que por fin ha despertado seré claro y quiero una respuesta rápida y convincente. ¿Qué hacía un miembro del Ministerio en mi Sector y por qué trasladaba con usted una nevera con dos órganos?

Peter quería responderle, pero aún se sentía mareado tras el último intento de levantarse. No obstante, intentó hacerlo y cogiendo aire le respondió.

—Mi compañero me llevó hasta allí. No supe dónde estaba ni con quien, hasta que llegué. ¿Dónde tiene mi nevera?

El militar le respondió tajantemente.

—Ya no es suya y ha sido requisada.

—Necesito esos órganos. Cuando di con la patrulla iba de camino al Hospital de Veteranos.

La respuesta de Peter cogió de improviso y despertó la curiosidad del militar.

— ¿Al Hospital de Veteranos?

—Sí. Son para mi hijo. Los necesita para mantenerse con vida.

—Se los compró a Slater, ¿verdad? ¿Estaba Richard con ellos?

Peter solo pudo murmurar y gesticular afirmativamente. El dolor le impidió hacerlo de otra manera. Estaba agotado y notaba quebrantado su interior.

—Llevamos años intentando detenerle, pero nunca lo hemos conseguido. ¿Y su compañero?, trabaja para él, ¿Verdad?

—No. Creo que le debía dinero y fue a dárselo. Después me consiguió los órganos, pero no supe nada hasta que estuve delante de Slater.

Rub dudaba de las palabras que estaba oyendo.

—Cuesta mucho creerle, agente. Me está diciendo que con su hijo necesitado de órganos fue a dar con Slater porque su compañero le llevó

hasta él, sin que usted supiera nada.

—Puede creer lo que quiera, pero esa es la verdad. Él me lo dijo justo cuando resarció su deuda. En el hospital le comenté que la ciudad no había órganos y sin mediar palabras me llevó hasta él.

Rub seguía sin darle mucho crédito.

—Entiendo.

Cogiendo fuerzas Peter intentó averiguar una vez más por qué de aquella inusitada escasez.

—Eso es información…

Peter le interrumpió

—Información reservada, lo sé. Mi capitán respondió lo mismo.

—Según los informes que poseo su mando superior es el Capitán Newman.

Peter lo ratificó con un leve aspaviento de cabeza.

—Ya le hemos informado de su detención.

— ¿Detención? ¿De qué está hablando?

Abandonando la habitación Rub aclaró la duda de Peter.

—Está usted detenido por tráfico ilegal de órganos y cómplice de asesinato. Una patrulla de Seguridad Interior se presentará para llevárselo. Creo que Newman también viene con ellos.

— ¿Tráfico? ¿Asesinato? ¿De qué demonios está hablando?

No obtuvo ninguna respuesta mientras veía como la puerta se cerraba tras Rub y aquella pesadilla, aquel mal sueño, seguía su curso. ¿Asesinato? Entendía que podía meterse en un lío por haber comprado órganos ilegalmente. Con total probabilidad hubieran sido robados al Ministerio y por eso la carestía de los mismos en la ciudad, pero, ¿asesinato?

El tiempo pasaba irremediablemente mientras esperaba la llegada de Newman. Despojado de su reloj desconocía qué hora sería y cuánto llevaba allí encerrado. El tiempo trascurría irremediablemente despacio, y aislado entre aquellas cuatro impolutas y blanquecinas paredes, los segundos se convertían en minutos y los minutos en una soledad

interminable.

Nuevamente, el ruido de la cerradura y después la impertérrita cara de Newman. No le dijo nada. Un gesto de su mano le indicó que le siguiera y lo hizo. A la salida, el sol lucía ya alto. Se montó en su coche, no le escoltaba nadie más. Ni tan siquiera le puso los grilletes cuando ordenó que le acompañara y eso le tranquilizó. Estaba convencido que su capitán no podría pensar ni tan siquiera que él fuera culpable de nada y cuando salieron del acuartelamiento quiso saber que ocurría.

—Capitán…

Newman le interrumpió.

—No entiendo como se te pudo haber ocurrido semejante estupidez. Ir al Sector 96 a buscar órganos. ¿Pero te has vuelto loco? Entiendo tú desesperación, pero lo que has hecho no es normal. Maldito estúpido. Tú e Ian. ¿Donde se ha metido ese mal nacido?

Peter, con un gesto negativo, le hizo saber que desconocía su paradero.

—Espero que Slater lo haya matado porque si no, juro que cuando lo tenga delante mía seré yo quien lo haga. No os entiendo.

Mientras recibía las duras recriminaciones por su acción observó que el coche no se dirigía hacia el Hospital de Veteranos y supuso que se dirigiría hacia el Ministerio. Sería lo más lógico después de lo que había hecho. Iba a tener mucho papeleo que rellenar tras el día de ayer y muchas explicaciones que dar.

— Capitán, no ha cogido el desvío hacia el hospital y lo entiendo, pero necesito pasar por allí para ver a Rom y a Lissette antes de ir al Ministerio. Han pasado ya muchas horas y no he sabido nada de ellos.

Newman se mantuvo en silencio, tanto, que produjo un enorme vacío en el interior del coche. Peter presagió que algo malo ocurría y en su interior sabía que la causa no era él. Temió preguntar, pero no le quedó más remedio que hacerlo y temblorosamente lo hizo.

— ¿Que ocurre? ¿Es Rom? Su estado ha empeorado, ¿verdad?

Newman inspiró con el fin de coger fuerzas y eso le hizo estremecerse.

—Tu hijo falleció de madrugada. Hicieron todo lo que estuvo en sus manos, pero fue imposible salvarle la vida.

Peter no pudo más que gritar y llorar mientras golpeaba el salpicadero de vehículo para intentar aplacar en algo su furia y abatimiento. Si no

hubiera sido detenido por los miembros de aquella patrulla, Rom ahora estaría vivo. Ni tan siquiera le dieron la oportunidad de identificarse, ellos habían matado a su hijo.

— ¡No hicieron todo lo posible! Yo conseguí los órganos para que pudiera vivir, ¡yo! Los traía conmigo y esos bastardos me impidieron que llegara al hospital para entregarlos. No fue ni el Ministerio ni Quimera quien los consiguió sino su padre. ¡Su padre! ¡Ellos han matado a Rom y van a pagarlo!

Newman gritó obligándole a callar y quedó atónito por las palabras que escuchó.

— ¡No Peter, no! Has cometido un asesinato para conseguir esos órganos. Pertenecían a un soldado Primogénico, de la misma patrulla que te detuvo anoche. Ni diecisiete años tenía todavía. ¡Joder! Te dije que no hicieras nada. Pero no, tú no podías hacer caso. Estás en un lío Peter. Tan grande que no sé cómo saldrás de él. Y lo peor de todo es que vas a conseguir arrastrarme contigo.

Peter miró al frente. Sin hablar, pálido, tembloroso. Aquello no podía ser posible. Newman estaba mintiéndole. Él nunca podría arrancar una vida para salvar otra. Si hubiera sabido que eso era lo que estaba ocurriendo, aun con el sufrimiento más profundo, hubiera dejado morir a Rom. Los Primogénicos no eran ganado, puede que humanos con otro destino diferente al suyo y sin derechos, pero humanos, al fin y al cabo.

Apoyando la cabeza en el cristal de la puerta miraba la modernidad de su sector. Un mundo diferente al que había estado hace unas horas. Sin sonrisas, sin alegrías, sin Rom; rico pero pobre. Ahora Newman le llevaba junto a Lissette para velar durante unas horas a su hijo. Después, la vida continuaría.

Le esperaba rellenar mucho papeleo.

9

Seis meses habían pasado desde la cremación de Rom, y Peter, todavía intentaba esclarecer lo sucedido. En el Ministerio y en Quimera entendieron su acción llegando incluso a dar por cierta sus explicaciones,

culpando de todo a Ian, del cual no sabían nada desde lo ocurrido.

Pero eso no impedía que todas las noches sufriera pesadillas, él y Lissette. Para ella fue más duro si cabe. Amaba a Rom sobre todas las cosas. Siempre quiso tener un hijo, entregó su Primogénico para ello y nunca se arrepintió, era la ley. Ahora, otra ley le prohibía tener un nuevo retoño, la Ley del Único Hijo. Sus párrafos lo dejaban claro, "Cualquier unión natural solo permite la generación de un descendiente y siempre previa entrega del Primogénico. Tras ella, la unión nunca podrá volver a tener un nuevo hijo, aunque este falleciera, ni aunque dicha unión llegara a disolverse o fallecer también uno de sus miembros" La razón principal, el exceso de habitantes en las ciudades y la imposibilidad, tanto de expandirlas como de sobrevivir fuera de ellas.

Pero había una posibilidad dentro de la ley.

Previa solicitud a Quimera y a través del Ministerio, podría solicitar tener un segundo descendiente por la muerte del primero, sin embargo, Peter no conocía ningún caso aceptado. Muchos le pidieron que lo intentara porque pese al incidente meses atrás, su reputación nunca se había deteriorado, pero desistió y se refugió en el trabajo para pasar aquel luto con rapidez. Cuando trabajaba solo pensaba en eso, en trabajar, y día a día volvía a ser el mejor agente de capturas del Ministerio.

Fue después de varios meses tras la muerte de Rom, cuando Lissette le rogó que solicitara poder tener un nuevo hijo, y él, accedió sin vacilar. La amaba.

Esa mañana, al despertar y girarse buscándola, no la encontró en su lado de la cama, no era de extrañar. Llevaba tiempo ocurriendo lo mismo. Y aunque durmiera con él, siempre la notaba vacía, sin esencia. Tras ducharse y vestirse se dirigió a la cocina y allí estaba ella, observando la calle y el pulular de gente. Su vivienda estaba en el piso 135 de uno de los edificios más lujosos del Sector 9. Muchas veces llegó a pensar cuanto tardaría su cuerpo en llegar al suelo si se lanzara por aquella misma ventana y así, reunirse otra vez con su hijo, pero quería aquella segunda oportunidad.

—Hoy te responderá Newman— le dijo sin tan siquiera girarse para verle.

—Así es. Ya te lo dije ayer.

Dio un sorbo de la taza sin apartar la vista del exterior y volvió a preguntar.

—Peter, quiero ser madre una vez más ¿podré serlo?

Aquella pregunta le dejó sin palabras y no sabía cómo responderla. Deseaba lograrlo, por ella y por él. Deseaba volver a ser padre, sin embargo, las leyes eran claras y aunque sin duda era ya uno de los mejores en el Ministerio, siempre le rondaba el mismo pensamiento. El tráfico de los órganos y el asesinato del soldado Primogénico.

Sentía a todas horas la espada de Damocles sobre su cabeza.

—Ya verás que lo conseguiremos. Ten fe, nos lo merecemos más que nadie en esta ciudad. Nuestro hijo murió por aquellos a los que persigo y capturo. Yo se los entrego nuevamente a Quimera y también devuelvo a sus valiosos Primogénicos. Me lo deben. Nos lo deben. Se lo deben a Rom.

Lissette no le contestó y Peter sabía que era momento de marcharse. Deseaba llegar, leer el informe aprobando su solicitud y llamarla con la buena noticia. Quiso besarla, pero no pudo, temía un gesto esquivo apartando su cara y tras mirarla unos segundos simplemente se marchó.

Lissette se quedó deseando ese beso.

Cuando llegó a la oficina no pasó por su mesa, directamente fue al despacho de Newman y tras dar los toques reglamentarios en la puerta la abrió pidiéndole permiso para entrar.

—Pasa Peter, estaba esperándote. Por favor siéntate — le pidió con un tono suave mientras se levantaba dirigiéndose a un archivador de metal a su derecha — ¿Cómo está Lissette?, no he vuelto a verla desde… bueno, desde el funeral de Rom.

— Lo lleva como puede. Algunos días mejor que otros y todos con el deseo de volver a ser madre.

Newman, con una carpeta fina de color marrón en su mano se dirigió nuevamente hacia la mesa y se la entregó a Peter. La reconoció en el mismo instante en el que la vio, era la que tuvo que entregar hace meses al Ministerio con el informe y la solicitud para eludir la Ley del Único Hijo. En su parte frontal y escrito con un cuño de letras rojas y de gran tamaño aquella palabra que le dañó más que un puñal por la espalda. Denegado.

Alzó la cabeza y se limitó a mirar a Newman.

—Lo siento. No sé qué decirte. Tampoco han querido escucharme y han rechazado también el informe positivo que realicé sobre ti, y una vez más, siento decirte que tuviste la culpa de ello.

— ¿Yo?, ¿De qué manera? Me he comportado impecablemente desde la muerte de Rom. Nunca esta ciudad ni usted han tenido a un agente de

capturas como yo. ¡Nunca! Desde hace cuatro meses ningún prófugo se ha escapado por los sectores bajo mi custodia y ahora me dice que la culpa ha sido mía.

Newman se sentó y encendió con enfado un cigarrillo. El olor era nauseabundo cuando exhaló el humo y Peter lo recibió de lleno.

— Volviste al Sector 96. Te dije que no aparecieras nunca más por allí, pero tuviste que mandar al carajo mis órdenes. Cuantas veces fueron, ¿cinco, diez, quince?

Peter no quiso responderle.

—Veintisiete veces, ¡veintisiete malditas veces volviste a meterte en aquel agujero! ¿Estás loco o qué?

Newman lo sabía, pero si le había descubierto haciéndolo, ¿cuál era el motivo para no advertírselo? Al fin y al cabo, había mandado un informe apoyando su solicitud.

—Y si lo supo, ¿por qué no me ha dicho nada hasta ahora?

—Maldito necio. No sabía nada, me lo comunicaron esta mañana cuando recibí la respuesta al informe que envié por ti; y adjunto a ella una advertencia. Si vuelves a entrar podrías perder el trabajo o quizás algo peor.

— ¿Peor?

Newman afirmó con la cabeza a la vez que continuó hablando.

—Te acusarían del asesinato del Primogénico, te encarcelarían y perderías tus derechos de ciudadano. Tú y Lissette. ¿Por qué lo hiciste Peter? No lo entiendo.

Pero Peter sí sabía el motivo. Lo tenía claro. Quería saber. Saber por qué no pudo salvar a su hijo. Detener a Slater o a Richard y que le contaran todo lo que sabían y, por último, necesitaba encontrar a Ian. Desconocía su paradero desde aquel día.

— Necesitaba saber— respondió a la vez que lentamente sacaba su arma y la placa de agente.

Extrañado, Newman no pudo evitar preguntar que estaba haciendo.

—Capitán, voy a volver las veces que necesite hacerlo a ese sector. Quizás, si atrapo a todos los que estaban allí aquella noche pueda cumplir el sueño de Lissette, necesita ser madre. Si llevando esta placa puedo

perjudicarla y no conseguirlo, prefiero entregarla y hacerlo todo por mi cuenta, sin involucrar al Ministerio.

Newman no tuvo más remedio que resignarse, pero no quería perderle. Sabía que Peter tenía razón, era su mejor agente.

—Hagamos una cosa. Tomate el día libre. Ve a casa junto a tu mujer. Explícale todo y mañana volveremos a enviar la solicitud. No pararemos hasta que nuevamente seáis padres. Ahora hazme caso y vuelve junto a Lissette.

Peter se levantó dejando aquella nefasta carpeta sobre la mesa de Newman. Cuando salió de la oficina recordó sus palabras, "Explícale todo...". Pero no sabía que explicarle. Nunca le dijo a Lissette lo que había sucedido. Nada de los órganos, nada de la acusación de asesinato, nada de por qué no estuvo allí cuando Rom falleció. Solo acertó a decirle que sufrió un accidente con el coche mientras buscaba una solución y el estado físico con el que se presentó la convenció.

Mientras bajaba en el ascensor veía la cara de los que también lo hacían. Pensaba cuales serían sus problemas, a qué se deberían enfrentar hoy y si entre ellos alguno tendría que decirle a su mujer que nunca podría volver a ser madre. Tanto trabajo para nada. Meses de sufrimiento que en un segundo acabaron en el barro. Cuando llegó al parking metió la mano en el bolsillo del pantalón sacando un tubo con pastillas y tomó dos. Tras la muerte de Rom lo hacía y cada vez, con más asiduidad; le relajaban, liberaban su mente y dejaba de pensar en sus problemas. No era sino una burda manera de evadirse de todo.

Entró en el coche y nada más hacerlo notó el frío acero de un cañón en su nuca. Una voz metálica, distorsionada por algún modulador electrónico se lo dejó claro.

— Si aprecias en algo tu vida no te gires. Simplemente arranca el motor y salgamos de aquí.

Las pastillas que había tomado minutos antes debían estar haciéndole efecto. No se sentía nervioso con un arma apoyada en su nuca. Miró hacia el retrovisor para poder ver a su atacante, pero ya no estaba allí, lo habían arrancado. ¿Sería un sicario del Sector 96 enviado para acabar con él? En todos estos meses no había averiguado nada así que simplemente puso en marcha el motor y comenzó a salir del parking.

— Sin gestos ni maniobras extrañas, si lo haces no te ocurrirá nada.

El vehículo avanzó hasta el control de seguridad de la salida y la barrera se levantó sin más, ¿por qué no iba a hacerlo? A ningún loco se le ocurriría nunca introducirse en las instalaciones del Ministerio y secuestrar

a punta de pistola a uno de sus agentes. A ninguno excepto el que estaba ahora sentado en el asiento trasero de su coche. Cuando pisó la calle giró instintivamente a la derecha, alejándose de su casa, de Lissette. Pasado casi un kilómetro dirigió una pregunta a su acompañante quien no había dejado de apoyar el arma sobre él en ningún momento.

— Y ahora, ¿hacia dónde?

— Por ahora vas bien. Si haces lo que yo te diga, cómo y cuando te lo diga, todo irá a la perfección.

Peter abrió los ojos llenos de sorpresa.

Justo cuando acabo la frase Peter frenó en seco y la inercia hizo que su secuestrador se abalanzara sin control a través del hueco entre los asientos delanteros. Aferró el arma con la mano izquierda mientras con el codo derecho le propinó un fuerte golpe en la cara. Tuvieron suerte de no ser embestidos por ninguno de los coches que también circulaban tras ellos.

— ¡Ian, maldito hijo de perra! — gritó Peter mientras le arrebataba la pistola.

El golpe hizo retroceder a Ian que, con dolor, se refugió recostándose en el respaldo del asiento trasero mientras afianzando con ambas manos su ahora sangrante nariz.

— ¡Joder Peter! Duele.

—Tendría que dolerte más, mucho más. Da suerte que no te mato aquí mismo. ¡Seis meses, seis meses! ¿Dónde te has metido durante todo este tiempo?

Ian no respondió. Se limitaba a intentar taponar el flujo de sangre que brotaba sin cesar por ambos orificios nasales y cuando creyó haberlo conseguido se dirigió a Peter.

— He venido a ayudaros.

— ¿Ayudarnos?, ¿a quiénes?, ¿a mí?

Ian asintió.

— A Lissette y a ti os han denegado la posibilidad de tener el segundo hijo, ¿no es cierto?

Peter se sorprendió al ver que Ian lo sabía.

— Tenéis una posibilidad todavía, pero lo mejor es hablarlo en otro lugar. Vamos a tu casa. Allí estaremos más tranquilos y alejados de miradas indiscretas. Aprovecharé para limpiarme toda esta sangre y curarme, me has puesto perdido.

A Peter le costó reaccionar unos segundos.

Ian le pidió nuevamente que se fueran y haciéndole caso, sin saber bien el motivo, se puso en marcha para luego girar en cuanto pudo y tomar rumbo hacia su casa. Pensaba que ahora iba a tener dos problemas, el primero contarle a Lissette que les habían denegado volver a ser madre, y el segundo, explicarle por qué en vez de venir con un nuevo hijo, a cambio, le llevaba a Ian.

10

Cuando Lissette abrió la puerta del piso esperaba la sonrisa de Peter y en cambio se dio de bruces con la magullada cara de Ian.

— Por el amor de Dios, ¿eres tú? Pero, ¿qué te ha ocurrido?

Acompañado por Lissette se sentó en uno de los sofás del salón. Detrás de ellos, Peter los escoltaba vigilante.

—Eso deberías preguntárselo a tu marido.

— ¿Peter? — preguntó asustada.

Ya sentado frente a su dolorido compañero y sin dejar de mirar a Ian contestó.

— Estaba escondido en el asiento trasero del coche, en el parking del Ministerio. Venía de regreso y me apuntó con su arma en la cabeza. Pero habló más de lo que debía y simplemente protegí mi vida.

—Sabes de sobra que nunca te habría hecho nada. Somos compañeros— respondió mientras se limpiaba la cara con unas toallas húmedas que Lissette le había facilitado. — Solo quiero ayudaros.

— ¿Cómo hace seis meses?

Ian iba a responder cuando Lissette le interrumpió.

— ¿Volvías a casa Peter? ¿Con la respuesta de Newman? Han dicho que no, ¿verdad?

Peter afirmó con un ligero gesto de cabeza acompañado de un leve suspiro y Lissette se derrumbó sentándose entre lloros en el sillón junto a Ian.

—Lo siento.

Peter intentaba disculparse con ella, pero Ian sabía que su amigo no tenía la culpa de nada de aquello y así se lo hizo saber.

— No seas estúpido, tú no eres culpable de nada. Ni tú ni Lissette. Sois tan víctimas como todos los millones de personas de nuestras mugrientas ciudades y su forma de vida.

La contestación le dejó descolocado.

— ¿Por qué me abandonaste en aquel sótano Ian? Cuando me despertaron no sabían nada de ti. Habías desaparecido. Seis meses Ian, seis condenados meses y apareces el día que me deniegan rehacer nuestro futuro.

Ian se levantó y comenzó a caminar lentamente por el salón. Su voz titubeaba.

—No pude hacer nada para evitarlo. Casi pierdo la vida cuando te llevé hasta allí. Faltó muy poco.

—Rom no tuvo tanta suerte.

—Lo sé. Pero yo no tuve la culpa de eso.

Peter se levantó abalanzándose contra él y sin saber cómo, Lissette ya se había interpuesto entre ambos.

— ¡Basta! — gritó.

Obedeciendo a regañadientes Peter regresó a su sillón; habría dado cualquier cosa para que Lissette no se hubiera interpuesto entre ellos. Sentándose nuevamente le ordenó que se lo contara todo e Ian lo hizo.

—Lo primero que debéis tener en cuenta es que os costará creer lo que os voy a decir, pero todo, y os lo repito, todo, es real. Yo tardé mucho tiempo en asimilarlo y sé que vosotros tardaréis también, o incluso, no lleguéis a hacerlo. Si ocurriera eso, me marcharía sin más. Volvería a desaparecer de vuestras vidas y esta vez para siempre. Creo que es un

buen trato.

Ambos asintieron.

—Quimera nos ha mentido desde hace años, y si no desde el principio, casi.

— ¿Mentirnos en qué?

La pregunta de Peter no sonó todo lo amistoso que quizás hubiera querido Ian, aun así, lejos de amilanarse continuó hablando.

—En todo. Hace ocho o nueve meses descubrí, casi por casualidad, que Seguridad Interior había iniciado una investigación contra mí.

—No me extraña.

Peter había vuelto a cortar el relato de a Ian y ahora sí empezaba a molestarle su actitud.

—¿Quieres dejar de interrumpirme comportándote como un crío? Ya me jugué la vida por ti hace seis meses y lo estoy haciendo ahora otra vez. Joder, cállate hasta que acabe y luego si quieres podrás despotricar a gusto.

Peter no le respondió e Ian continuó su historia intentando aplacar aquel momentáneo de enfado.

— Desde que tuve el accidente por la radiación, mi vida se convirtió en un infierno y perdí un poco el rumbo. Eso no es una sorpresa ni nos coge desprevenido a nadie, pero al Ministerio no le gustaba que fuera en busca de mis distracciones a los sectores prohibidos. Newman en su momento me lo dijo, advirtiéndome que dejara de hacerlo, pero para no variar seguí sin hacerle caso. Un día aprovechando la hora que usa para almorzar me colé en su despacho. Ya sabes cómo es el capitán con su ordenador y el lío que se hace con las claves que cambian semanalmente, siempre la deja apuntada en un papel pegado a la pantalla, estúpido. Gracias a eso entré a mi expediente y pude ver que era cierto, me tenían vigilado. Cada vez que acababa la jornada, personal de Seguridad Interior me seguía a todas partes, bien con patrullas o drones. Conocían todo lo que hacía. Me descargué el fichero a un pendrive con todos esos datos y muchos más que quizás me sirvieran para poder chantajearlo en el caso que fuera definitivamente a por mí, pero con las prisas de llevarme todo lo que pudiera valerme, y sin saberlo, arrastré también algo más. No me di cuenta hasta que llegué a casa y empecé a revisarlo todo.

Peter no mostraba tanto interés en la historia como Lissette, quien no

pudo evitar interesarse por lo último que Ian había comentado.

— ¿Qué te llevaste?

Ian suspiró.

—La verdad, y ahora me arrepiento de haberlo hecho. Vivir en la ignorancia es disfrutar de la mejor de las vidas. Cuando vives en la ignorancia, ni tan siquiera te paras a pensar en las crueldades que cometes creyendo que tienes la razón. Hasta que abres los ojos. Yo los abrí tarde Peter, pero no tanto como para no poder enmendar mis errores y pagar por ellos. ¿Qué sabéis de los Primogénicos?

Lanzó la pregunta mirando a Lissette y se vio obligada a responder lo que conocía de ellos.

—Sé lo que nos han enseñado desde que éramos niños y lo que dice la ley.

Tras la respuesta, Ian giró la cabeza hacia Peter buscando ahora la suya.

—Como te ha dicho Lissette, sé de ellos lo que nos enseñan desde críos y lo que marca la ley de las ciudades y Quimera.

—Pues bien—continuo Ian—, prácticamente todo es mentira.

Lissette sorprendida volvió a dirigirse a Ian. Seguía sentada, observándole. Se había preguntado en cientos de ocasiones dónde estaría metido. Peter le dijo que cuando tuvo el accidente de regreso al hospital no le acompañaba. Que no sabía nada de él. Y le creyó, tenía razón.

— ¿En que nos han mentido?

—Excepto en que el primer hijo de cada pareja es modificado genéticamente para los intereses de Quimera y las ciudades, todo lo demás es una falacia.

Peter volvía a impacientarse.

— ¡Ve al grano de una vez!

Ian se sentó cerca de Lissette y la miró.

—Cuando introdujeron el óvulo inseminado y modificado dentro de ti, conseguiste, sin saberlo, algo más que poder optar a ser ciudadano y poder tener tu propio hijo. Conseguiste alimentar a un monstruo y

mantenerlo con vida. Os lo voy a resumir. Cuando diste a luz a tu hijo…

Peter le interrumpió

— ¡No era nuestro hijo y te lo he repetido hasta la saciedad!

Ian asintió para acto seguido corregir la palabra

—… vuestro Primogénico, fue entregado al Nido junto a todos los demás. Allí se les alimentan por separado, no se socializan, tanto es así, que ningún humano les alimenta ni limpia, todo está automatizado. Cuando tienen dos años de vida, empieza su aprendizaje. A esa edad ya se hacen evidentes las mutaciones genéticas y empieza su clasificación. Soldados, obreros, desechos.

— ¿Desechos? — intrigada por aquella palabra, Lissette prestaba más atención que nunca.

—Sí, — la afirmación sonó tajante— desechos. Los que no se pueden clasificar positivamente para la labor con la que se había modificado y diseñado, son eliminados.

Peter pensaba que Ian mentía, ya no confiaba en aquel hombre; aunque en más de una ocasión su compañero le protegió las espaldas salvando su vida durante las capturas de prófugos.

—No te creo, eso es imposible.

— ¡Y horrible! — apostilló Lissette escandalizada— Quimera nunca haría algo así. ¿Cómo va a matar a los Primogénicos? Las ciudades subsisten gracias a ellos, a su labor. Sí, es verdad que, aunque sean seres humanos, se han diseñado para servirnos y ayudarnos, pero se les trata con humanidad y dentro de lo que cabe poseen sus propios derechos. Ian, incluso tienen un retiro más digno que muchos de nosotros.

La cara de Ian reflejó la frustración que sentía tras escucharla. Sabía que contándole las cosas como lo estaba haciendo hasta ahora no conseguiría nada, lo mejor era mostrarle de una vez la realidad. Sacó su teléfono móvil. Ya era hora de mostrárselo todo.

—Estás en lo cierto. Quimera y las ciudades deben mucho a los Primogénicos, pero el coste es elevado, sangriento e inhumano.

Colocó la pantalla del teléfono móvil a la altura de los ojos de Lissette y el horror se hizo imagen.

11

Lissette lloraba desconsolada mientras el horror de lo que había visto inundaba cada rincón de su ser. Las imágenes habían rasgado sus ojos y su alma; no podía creerlo. La angustia debilitó cada centímetro de su cuerpo sin poder evitar que el móvil cayera al suelo. Peter lo recogió para ser ahora él quien las viera y al igual que su mujer, no podía dar crédito.

Cuando reinició el vídeo observó que las imágenes correspondían a una grabación en primero persona. Alguien debió llevar oculta, bajo la ropa, aquella pequeña cámara que grababa y la cual mostraba el interior impoluto de lo que pensaba era uno de los Nidos Primogénicos. Poco a poco, su vista iba acompañándole en el itinerario mostrando como rebasaba sin problemas los controles de seguridad que se encontraba a su paso gracias a la tarjeta de acceso que poseía. Notaba la respiración nerviosa y jadeante del portador que intentaba ocultarla cuando alguien del personal de seguridad le preguntaba su destino. En cada acceso se identificaba siempre como el doctor Scott y por lo visto, por algún motivo, no levantaba sospechas ya que todos le permitían el paso.

Vio como atravesaba nidos con cientos de bebes Primogénicos alimentados mediante sondas, amarrados boca arriba de tal manera que no podían moverse y con la cabeza ladeada hacia un lado de sus pequeñas cunas previniendo vómitos que pudieran ahogarlos. Oyó su voz maldiciendo todo aquello y más aún cuando comprobó que muchos yacían inertes, sin vida. Siguió avanzando por un largo pasillo y entró en una puerta cuyo rótulo indicaba que lo hacía en un almacén de residuos y la pesadumbre de su voz valió para dar más vida a las imágenes.

Un número incontable de bolsas para cadáveres, de diferentes tamaños y con sus desdichados ocupantes dentro, se agolpaban unos sobre otros. Apreció el aire volviéndose gélido por el vaho que expiraba y comprendió que era una cámara mortuoria. Debía haber miles de cuerpos, pero ¿de quiénes?,¿Primogénicos? Peter seguía sin entender nada mientras observó como abandonaba aquella fría habitación por la misma puerta que usó para acceder y siguió avanzando por pasillos infinitos e inmaculados sin imaginar su destino final; hasta que aquel desconocido frenó en seco frente a unas puertas dobles. Le oyó decir “Quirófano 3. Aquí es” y lentamente la puerta se abrió.

No había nadie dentro que aquel impoluto quirófano, solo un cuerpo sobre la camilla que en la lejanía musitaba un casi inaudible quejido. Entró poco a poco y volvió a escucharle clamar al cielo. Sobre la mesa del quirófano se mantenía atado de pies y manos un chico que no debía sobrepasar la veintena. Sus quejidos eran débiles, amargos, y cuando aquel desdichado notó su presencia abrió los ojos. Peter tuvo la sensación que era a él a

quien miraban aquellos ojos llenos de desesperación. Desesperación por no vivir, desesperación por desear una muerte que tardaba en llegar, desesperación por querer abandonar aquel ya maltrecho y vacío cuerpo y no poder.

Su pecho estaba abierto en canal, y con sangre fría, pero con dolor en su tono, el loco portador de aquella cámara infernal comenzó a relatar lo que veía. Habían extirpado prácticamente todos los órganos de aquel pobre desgraciado cuyo único pecado fue nacer el primero, ser un Primogénico. Sólo mantenía un pulmón, que con dificultad se hinchaba y un débil corazón a punto de extinguirse. Riñones, hígado, un segundo pulmón, prácticamente habían vaciado su interior y no llegaba a entender qué lo mantenía vivo aún. Aquel imberbe moribundo sin apartar la mirada le susurró con las pocas fuerzas que le iban quedando, "¿Por qué?, soy como tú" Scott extendió la mano tapando la boca y nariz de aquel agonizante y ahora despojo humano pidiéndole que descansara, que ya todo acabaría, que no iba a sufrir más, y tras unos vanos e infructuosos intentos de zafarse de ella vio en primera persona como su corazón dejó de latir. "Juro que lo pagarán" le escuchó decir.

Un grito preguntando que hacía allí alertó tanto a Scott como a Peter que no despegaba los ojos de todo aquel horror. Cuando la cámara giró hacia el lugar de donde venía la pregunta comprobó que un soldado le exigía que se identificara. Recibió como respuesta un fuerte golpe en la cara haciéndole caer sin sentido mientras Scott comenzaba una desesperada huida. Oyó más gritos y disparos. Vio como muchos impactos destrozaban partes de la pared frente a él y una última ráfaga fue acompañada por un grito de dolor y las imágenes rodando por el suelo para terminar enfocando el techo del frío pasillo. Tres soldados y un hombre de mediana edad, al que Peter reconoció como un miembro del Ministerio de Seguridad, aparecieron en la pantalla. Después, sin mediar palabra y aunque los brazos extendidos de Scott suplicaban que no lo hiciera, aquel hombre vació el cargador del arma que llevaba desenfundada sobre su pecho.

Tras ello y los pocos segundos la grabación finalizó.

—Sé que las imágenes son duras, muy duras, pero solo viéndolas podréis creer lo que os voy a contar a continuación. Quimera empezó siendo la salvación para la humanidad después de la catástrofe del ozono, sin embargo, ahora se está convirtiendo en un monstruo sin control ni gobierno que se alimenta de nosotros para su subsistencia. Nos mienten en todo. Dicen que hay cincuenta y ocho megaciudades en el planeta, veinticuatro por hemisferio, y que, de ellas, cuatro son ciudades granjas que nos avituallan. Allí es donde dicen retiran a los Primogénicos que superan ya su edad valida por las modificaciones, los treinta años. Pero no es así. Ningún Primogénico pasa de esa edad. Eso que habéis visto es el destino de ellos, la muerte. Y de ahí sacan los órganos con los cuales

muchos sobrevivimos. Peter, Newman te acusó del asesinato de un Primogénico y del robo de sus órganos. No es cierto. Esos órganos fueron robados tiempo atrás por Slater para su propia gente. Tú pagaste por ellos, pero no mataste a nadie, de eso se ocupa Quimera. Newman te acusó para poder tenerte bien atado. Lissette, ¿Cuántas veces te han operado? Tres, corazón, hígado y un riñón. Dijeron que tus problemas eran causados por los agujeros en el ozono de la ciudad que seguro no pudieron cubrir los drones, pero no es así. Es la misma ciudad la que nos está matando y sobrevivimos gracias al involuntario sacrificio de los Primogénicos. ¿Cuántas veces has pedido destino para ir a otra ciudad, Peter?, incluso pediste ir a una de las megagranjas cuando nació Rom. Querías una vida más tranquila allí para Lissette y para tu hijo. Pero te lo denegaron, al igual que a todos y siempre poniendo el argumento de la falta de seguridad en los trayectos entre ellas, pero dime, ¿a cuántas personas conoces que hayan venido de alguna otra megaciudad? A ninguna ¿Por qué? Porque no existe nada de eso. Únicamente quedan tres megaciudades, ¡tres!, las restantes han desaparecido. Toda la información que leemos no son más que burdas falacias que nos mantienen engañados día a día. La última fue Ciudad 11, hace un mes. Quimera la borró del mapa porque sus ciudadanos conocieron la verdad y se sublevaron. Una descomunal explosión volatilizó a casi cincuenta millones de personas en segundos. No quedó nada ni nadie, y nosotros seremos los siguientes.

Esas últimas palabras hicieron regresar a Lissette a la realidad.

—Pero eso no puede ser. Nadie en esta ciudad sabe lo que estás contando. Una cosa así se sabría, es imposible guardar un secreto tan atroz.

Ian sonrío.

—Ellos pueden, pero todos lo sabrán.

Peter quería que le explicara eso último.

— ¿Vas a sacar a la luz este vídeo? Entonces, si lo haces ocurrirá como pasó en Ciudad 11, ya lo has dicho. No puedes hacerlo, no te lo permitiré. ¿Estás loco?, ¿buscas matarnos a todos?

Ian volvió a sonreír condescendiente.

— A veces es mejor morir que vivir con la ignorancia de un esclavo. ¿Sabes la cantidad de gente que está dispuesta a hacerlo solo por acabar con Quimera? Cuando ya lo has perdido todo, solo toca ganar. ¿No crees? Además, no seré yo quien lo haga público.

—Entonces, ¿quién?

Su ex compañero se mantuvo receloso, tanto, que obligó a gritar fuera de sí a Peter buscando una respuesta.

— ¡Dime!

—Slater. Gracias a él pude descodificar el vídeo y fue quien lo envió a Ciudad 11. Allí los sentimientos de rebeldía eran más fuertes que aquí, y pensó que enviando el vídeo todo iría más rápido.

—Por lo visto lo fue— le respondió a Ian resignado— Según tú, ya no existe.

—Peter, —continuó Ian— sé que es difícil comprenderlo cuando uno ha vivido entre comodidades y derechos, pero nosotros hemos alimentado al monstruo y debemos acabar con él. Ahora es el momento. Quimera ha tenido desde el inicio un gran problema con los Primogénicos y sus modificaciones. Si bien no han fallado cuando los preparan en sus futuras habilidades, dándoles para ello mayor complexión física en el caso de soldados y agricultores, nunca han conseguido pasar la mayor de sus barreras, su crecimiento intelectual. No se sabe bien por qué, pero cuando sobrepasan los treinta años su mente empieza a tomar conciencia de qué son, quiénes son y de lo que quieren ser. Personas iguales que tú y yo, con derechos propios. Quimera nunca lo permitió. Por eso, cuando vieron que era un problema, decidieron comenzar a eliminarlos y a la vez aprovechar sus cuerpos para beneficio propio. Y aquí viene otra gran mentira que están manteniendo hasta ahora. La capa de ozono lleva años prácticamente recuperada, ya los agujeros son ínfimos, indetectables y lo que nos mata y nos daña no son las radiaciones que dice Quimera afecta a nuestros organismos, sino la contaminación y residuos que generan las megaciudades. Ellas son realmente quienes nos matan. Quimera no quiere dejarnos saber por una sencilla razón, desaparecería.

Peter estaba desconcertado. Había visto claramente lo que ocurría, aquel Primogénico degollado sucumbiendo al dolor. Pero debía saber más.

—Quiero ver a Slater.

La solicitud cogió de imprevisto a Ian. No podía facilitarle lo que estaba pidiéndole.

—Imposible.

—Dime por qué.

—El motivo es simple. El Ministerio nos está buscando porque saben que

vamos a actuar.

— ¿Cómo vais a hacerlo?

—Tampoco puedo decírtelo.

Peter estaba desconcertado. Ya no entendía el motivo del porqué Ian estaba allí con ellos. ¿Les había enseñado el vídeo solo para saber la verdad y no actuar? ¿Para esperar sentados la posibilidad de que Quimera destruyera la ciudad?

— Entonces, ¿qué quieres de nosotros?

Ian se mantuvo en silencio y se dirigió a Lissette. Se sentó a su lado y cogió con delicadeza su mano.

—Quiero que Lissette y tú recuperéis a vuestro hijo. A vuestro Primogénico y os lo llevéis de esta maldita ciudad. Fuera de ella podréis sobrevivir y criarlo.

Lissette lo miraba con lágrimas en los ojos sin entender nada.

— ¿Mi hijo? ¿Mi Primogénico?

Ian afirmó con la cabeza.

—Pero Ian, él no es…

Ian interrumpió sus palabras.

—Sí es tu hijo. Puedes pensar que no sientes nada por el pero no es así. ¿Recuerdas cuando le diste a luz?

Lissette afirmó con un ligero gesto.

—En ese momento, pero también durante todo tu embarazo, tanto a ti como a todas las mujeres que habéis alumbrado un Primogénico os suministraron un compuesto químico que anulaba la oxitocina que el cuerpo de una mujer encinta origina. ¿Sabes qué es la oxitocina?

Lissette negó saber que era. Nunca había escuchado aquella palabra.

—La oxitocina, querida Lissette, es la hormona del amor. Cuando una mujer queda embarazada una parte de su cerebro la va generando. Es instintivo, es la herramienta que la naturaleza dio al ser humano para que sus hijos no fueran abandonados al nacer, para que recibieran el amor de su madre desde el mismo momento que naciera, pero Quimera te la arrebató durante el embarazo y al dar a luz. Esa es la razón por la que

todas las mujeres de las megaciudades entregaban a su primer hijo sin problemas. Porque no sentían que lo fueran, Quimera te introdujo ese sentimiento ayudándose de fármacos para arrebatártelo.

Lissette se mantenía en silencio.

—Si no lo hubieran hecho, amarías a ese niño tanto como amaste a Rom. Ellos te lo impidieron.

Peter no podía seguir escuchando toda aquella palabrería. Sin que Lissette ni Ian se hubieran dado cuenta, había cogido la pistola que siempre guardaba en una cajonera de un mueble del salón.

—Déjala, ya se ha terminado todo esto. Vas a venir al Ministerio conmigo y allí contaras todo igual que me lo has contado a mí. Palabra por palabra.

Ian sonrió girando su cara, pero al verle apuntándole con la pistola su gesto cambió.

—No. Tendrás que matarme Peter. ¿Pretendes que le cuente esto a quienes lo organizan y protegen? Aquí o allí tendré el mismo destino, así que aprieta ya ese gatillo si es lo que quieres. Yo he venido para avisaros y daros mi ayuda. Quiero que os marchéis de la ciudad con vuestro hijo y sobreviváis fuera. Es posible, sé que lo es.

Peter deseaba que su compañero se callara.

—No Ian. No te voy a matar, me bastaría con dispararte en una pierna y luego llamar para que nos llevaran al Ministerio, pero no quiero hacerte daño. Quiero que vengas por tu propio pie. Es imposible que el Ministerio esté al corriente de lo que tú dices. Podemos conseguirlo todo siguiendo el camino dictado por la ley.

— ¿Pero de qué ley hablas? Aquí la única ley que nos gobierna es la de Quimera y mira lo que ocurre con ella. No Peter, tendrás que matarme.

No quería hacerlo, pero levantó su arma y apuntó directamente a la cabeza.

—No me obligues.

Ian cerró los ojos mientras se ponía en pie frente a él.

—Yo no te obligo a nada— respondió.

Peter lentamente bajo el arma para disparar hacia una de sus piernas. No iba a matarlo, pero estaba decidido a llevarle al Ministerio. Apuntó bien,

quería que la bala entrara y saliera, que no golpeara contra el hueso, pero no pudo hacerlo.

Lissette se interpuso, una vez más.

— ¿Qué demonios estás haciendo? Aparta.

Lissette le miró mientras Ian abría los ojos nuevamente observándolo todo.

—Quiero que traigas a nuestro hijo a casa.

Aquellas palabras helaron su sangre, y ya no solo porque las palabras de Ian habían hecho mella en la cabeza de Lissette, sino porque sabía que iba a hacer lo que ella le había pedido.

12

Cuando llamaron a Newman, con la orden de dirigirse a la sede de Quimera en Ciudad 33, no presagió nada bueno en aquella invitación. Cada vez que lo habían hecho era para ordenarle realizar algún "trabajo personal" fuera del Ministerio, y no le agradaba mucho hacerlos, pero si quería mantener sus privilegios y algo de poder en aquella ciudad de mala muerte no tenía otro remedio.

La sede de Quimera se encontraba en el Sector 1, sin duda el más lujoso, limpio y elitista de la ciudad. Tan solo habitado por quinientas mil afortunadas y adineradas almas era un objetivo casi imposible para él. El aire era limpio, miles de Primogénicos servían a sus habitantes, podían permitírselo, aquel era el sector de Quimera. Incluso poseían una propia guardia de seguridad. La ley de Ciudad 33 no tenía jurisdicción allí. Cuando pasó con su destartalado coche el filtro de seguridad le obligaron a bajarse de él y lo llevaron en uno eléctrico hasta el edificio de la sede. Nada podía contaminar el ambiente de aquel idílico sector ni perturbar la paz de sus habitantes, su viejo coche lo hacía.

A medida que se acercaba, observaba a través de la ventanilla del vehículo las fuentes con agua cristalina, los parques, árboles, jardines y flores que brotaban de ellos y a los niños jugando con sus padres mientras alegremente los paseaban ajenos a todo lo que sucedía tras el muro que separaba este sector de todos los demás; el único existente además de la gran muralla que rodeaba la ciudad. Daría todas sus posesiones por vivir allí, pero todavía no había vendido del todo su alma para conseguirlo.

Quizás ahora tendría la oportunidad.

El vehículo frenó casi sin darse cuenta y una escultural mujer le abrió la puerta.

No le habló, simplemente pidió que le siguiera con un delicado gesto de la mano y Newman lo hizo. No debía llegar a la treintena. Era bella, enigmática y vestía con un impecable vestido negro corto ajustado; una Primogénica. Aquella P tatuada en su cuello y visible a través de su corto pelo la delató y por eso, Newman no se molestó en entablar ninguna conversación; sabría que ninguna de sus preguntas obtendría respuesta alguna que no fuera una sumisa afirmación o un contenido banal. La acompañó por la escalinata y tras pasar las grandes cristaleras de la entrada continuaron avanzando hasta uno de los ascensores del hall para subir en él. El trayecto era tedioso sin nadie con quien conversar y aquella repetitiva música le ponía de los nervios. Sin darse cuenta comenzó a pensar como sería acostarse con una de ellas. Tenía un cuerpo escultural pero vacío de alma. Sería como hacerlo con una de esas muñecas sexuales tan avanzadas y caras que podían adquirirse en distintos lugares de la ciudad pero que deshumanizaban el hecho de estar con una mujer. Prefería seguir visitando el prostíbulo, quizás fuera más caro a la larga, pero al menos podía sentir una caricia, una sonrisa o un abrazo. Aunque fuera previo pago.

Las puertas del ascensor se abrieron en la última planta y una vez más continuó tras los pasos de su guía, esta vez, le llevaron a una mesa donde un hombre bien vestido que escribía tras la pantalla de un ordenador se levantó nada más verle.

—Buenos días Capitán, el señor Samuel le espera.

El comentario cogió por sorpresa a Newman. Iba a ser recibido por el consejero que Quimera tenía en la ciudad para asesorar a sus dirigentes. Sin embargo, sabía de sobra que era él y todos los consejeros de las ciudades las que dictaban sobre ellas. Aunque hubiera un órgano de gobierno elegido por los habitantes en todos los sectores y un alcalde que aparentaba dirigir la ciudad, sabía que no eran más que títeres puestos en su momento para calmar las ansias de las personas por poseer gobierno democrático y darles la impresión que ellos mismos se dirigían y no lo hacía una corporación empresarial. Que Quimera estaba ahí para ayudarles y protegerles pero que eran los ciudadanos los que decidían sobre su futuro. Todo Mentira.

—Debe ser importante el asunto para ser recibido ni más ni menos que por el Consejero.

Su nuevo acompañante le sonrió, pero sin mediar más palabras le indicó que le siguiera y tras pocos metros llegaron a unas grandes puertas de

madera que daban acceso a un despacho. Las abrió y entraron. Sólo una gran mesa ocupaba aquella acristalada estancia. Desde ella se veía el exterior de aquel paradisiaco sector y un hombre sentado confortablemente tras ella le sonrió.

— Bienvenido Señor Newman. Pase. Le invitaría a sentarse, pero como ve, mi despacho es bastante parco en muebles, en pocas ocasiones tengo visitas.

Newman sonrió.

— No se disculpe señor. Estar de pie me viene bien. Paso demasiado tiempo sentado en mi oficina.

Samuel era un hombre de mediana edad, podría haber pasado los cincuenta largos, pero se mantenía en forma. Lo apreciaba en su estado físico, en su cara, su piel. Se levantó y mirando al exterior lanzó una pregunta que Newman no tardó en contestar.

— ¿Le gustaría vivir aquí, en el Sector 1?

— ¿Y a quién no?

Samuel sonrió ajeno a las miradas de Newman.

—Pues podría conseguirlo.

No obtuvo respuesta. Newman quería saber cómo pero también sabía que ahora vendría la manera de hacerlo.

—Sólo necesito un favor por su parte, un favor personal. El primero y último que Quimera le pedirá como capitán del Ministerio. Tenemos una plaza en nuestro cuerpo de seguridad personal y creo que es ideal para usted.

— ¿Un favor? ¿Fuera de las órdenes oficiales?

—Exacto.

Newman vio en aquellas palabras el pacto con el diablo que necesitaba para poder dar la espalda a todo su pasado, a las miserias de los sectores en los que patrullaba desde que entró en el Ministerio, al trato con sus patéticos habitantes. Él quería más y ahora podía conseguirlo.

—¿Qué debería hacer?

Sin girarse se lo explicó.

—Sobre la mesa hay una hoja de papel. Quiero que la coja y la lea.

Newman obedeció. Un folio descansaba sobre la cuidada madera y cuando lo cogió comenzó a leerlo. Una veintena de nombres con la posible dirección de sus viviendas o donde podía localizárseles ocupaban una de las caras. Se sorprendió al leer dos de ellos a mitad de la lista.

—Conozco a algunas por no decir a casi todas las personas que aparecen aquí. ¿Qué quiere que haga con ellas? ¿Las detenga y se las traiga?

Samuel se giró.

—Quiero que los detenga, sí. Pero también quiero que luego los mate; y tiene un plazo de setenta y dos horas para hacerlo. Ni una más. Para dentro de tres días, esas personas deben ser, digamos que historia. Quizás mis deseos hayan sido muy directos, capitán Newman, pero no soy persona de estar dando rodeos, y creo que usted tampoco.

¿Asesinarlos? Aquel hombre pretendía que un miembro del Ministerio matara a todas esas personas sin saber el motivo, la causa, sin un juicio. No tenía lógica, aunque para Samuel seguro que sí.

— ¿Por qué?

—En el trato no entra saber las razones, solo obedecer la orden, o si lo ve mejor, hacerme ese favor. Aunque quizás, para motivarle un poco, puedo decirle que, si en ese plazo de tiempo no lo consigue y esas personas siguen vivas, la vida en esta ciudad va a cambiar mucho, y a peor. A mucho peor.

"¿A peor?" pensó por un instante Newman. Le parecía imposible que eso pudiera ocurrir. Cada vez eran más los prófugos que intentabas escapar de ella con o sin sus Primogénicos. Preferían morir fuera que vivir dentro que aquel gran estercolero de inmundicia humana que parecía carecer de futuro. Los asemejaba a ratas queriendo huir de un barco que se hunde, pero al igual que las ratas se ahogarían en el mar, todos aquellos desgraciados terminaban muriendo en las desérticas tierras que rodeaban las ciudades, por eso, le costaba pensar que todo aquello pudiera ir a peor.

—Han debido cometer algo muy grave como para tener que matarlos, así, sin más.

—No es lo que puedan haber hecho, sino lo que saben. Usted hágalo y le prometo que ni siquiera tendrá que trabajar cuando lo destinen a este Sector. Su jubilación empezará el mismo día en el que todos los nombres

de esa lista estén tachados, y para ello sólo dispone de tres días empezando desde mañana. No me falle y yo no le fallaré. Vivirá como nunca haya imaginado hacerlo.

El trato estaba firmado. Su alma había sido vendida y entregada en una bandeja de plata después de oír aquellas palabras. Dobló en cuatro la hoja y la puso en el bolsillo de su camisa.

—En tres días tendrá sus nombres tachados.

Aquella respuesta agradó a Samuel y simplemente se despidió con un "Hasta dentro de tres días, capitán".

Newman giró con tranquilidad para regresar por donde había venido. Empezaba a sentirse feliz porque por fin su vida iba a cambian. La mujer que le acompañó en su llegada estaba esperándole nuevamente y él le regaló una sonrisa. Se sentía tan eufórico con el que iba a ser su nuevo futuro que pensó que, si le hacía el amor a esa Primogénica allí mismo, en aquel ascensor, conseguiría darle alma a ese cuerpo vacío; que sentiría por primera vez algo, que la volvería más humana. Suspiró sonriente sin dejar de pensarlo a sabiendas que era imposible. Ahora tenía algo entre manos que le daría la oportunidad más adelante de intentarlo, y una pregunta le rondaba la cabeza.

¿Qué habrían hecho Ian y Peter para que estuvieran en esa lista? Aunque le pareció extraño, no le importaba.

13

Cuando escuchó los golpes en la puerta tenía el delicado cuerpo de la prostituta acostado boca abajo sobre la mesa. Sus piernas le colgaban y él la embestía con dureza. Escuchaba sus lamentos de placer, pero sabía que lo más probable es que fueran falsos, fingidos, no le importaba. No atendió a la llamada hasta que escuchó la voz de Newman tras ella.

— ¡Mois, maldita sea! ¡Abre la condenada puerta de una vez o la tiraré abajo! Si estas con una puta, para; ya seguirás más tarde.

Mois resopló enfadado frenando en seco.

—Bastardo— maldijo en un murmullo para luego dirigirse a la mujer. —Ve al dormitorio, ahora iré yo.

Siguió sus pasos mientras abandonaba el salón. Valía el dinero que pagó por ella, cada billete. Se puso los pantalones y fue a abrir la puerta a

Newman que cada vez se impacientaba más.

—No se tarda tanto en echar a una puta de un piso —le increpó malhumorado.

—Y no lo he hecho —respondió mientras cerraba tras de él la puerta —No ha sido barata y he pagado por estar con ella todo el día.

—Pues creo que deberás dejarlo para más adelante. Tienes que devolverme un favor.

Mois suspiró asqueado porque tras su requerimiento sabía que ya no podría seguir disfrutando de un relajado día. Newman vio una vez más su tatuada espalda. Un impresionante escudo medieval la cubría prácticamente por completo. Dos espadas se cruzaban tras él dejando solo visibles las empuñaduras y las puntas. El centro del escudo lo presidía una imponente cruz roja templaria y bajo todo aquel impresionante dibujo, dentro de lo que parecía una alargada y rectangular tela ondulante las palabras "Armadura de Dios". Nunca supo el significado de aquel tatuaje ni tampoco se lo había preguntado, y no por falta de ganas.

Mois era un tipo frío. Alto, corpulento, siempre con el pelo corto arreglado y aquella fina barba perfilada. Su voz, que parecía salir de ultratumba, imponía a veces más que su apariencia física. No tenía muchos sentimientos, pero era fiel, pagaba sus deudas y Newman había protegido su pellejo en más de una ocasión. A veces se le había ido la mano en los encargos que el Ministerio le solicitaba; solía implicar a más personas que la seleccionada. Era único para conseguir lo que nadie podía llevar a cabo, sobre todo cuando había que encontrar a alguien demasiado conflictivo o peligroso para los agentes normales. Mois era un Slayer, un asesino del Ministerio, sin embargo, todas sus muertes estaban siempre autorizadas por un juez, tenía una orden para ello. Esta vez había un inconveniente y todavía no lo sabía, tendría que matar sin ese papel, pero le debía muchos favores y estaba en deuda.

— ¿Lo conozco? —preguntó Mois terminando de abotonarse la camisa blanca e impoluta.

Newman se limitó a alargar su brazo mostrándole la hoja con los nombres.

— Hay más de uno.

Mois cogió el papel y sin leer los nombres los contó.

—Vaya, el juez se ha lucido esta vez.

—En esta ocasión no hay juez.

Aquello le sorprendió, no lo lograban hacer muchas cosas, y alzando las cejas Newman lo supo.

— ¿Perdón?

—Ya me has oído. Todo se hará sin la orden de un juez y tienes como máximo tres días para entregarme esos nombres tachados.

Ahora era Mois quien alargaba el brazo para entregarle aquella lista. Sin un juez que le obligara a hacerlo nunca cumpliría aquella orden por muchos favores que pudiera deber.

—Olvídalo. Si lo hago sería asesinato y no voy a acabar en la cárcel o perseguido por otro Slayer.

Newman ya había supuesto que se negaría a hacerlo. Estaba enfadado, aunque Mois tuviera toda la razón.

—Siempre es un asesinato. No cambia nada.

—No si lo firma un juez, entonces, es ley. Eso me basta.

Ante aquella respuesta lo más factible era decirle de quién venía la orden. Con ese as no perdería la partida y mirándole con intensidad a los ojos lo hizo.

—La orden viene del Consejero de Quimera, ¿entiendes? ¿Sabes que te ocurriría si te niegas? Sí, lo sabes de sobra, ¿verdad?

Mois palideció. Aquella torre humana parecía tambalearse bajo sus palabras y poco a poco, con rabia y resignación volvió a leer la lista, esta vez, haciendo hincapié en cada uno de los nombres.

— ¿Puedo saber al menos el motivo? — preguntó recibiendo una negativa de Newman como respuesta.

—No es necesario. Lo único que debes saber es que en setenta y dos horas debes acabar con todos ellos, y si hubiera algún testigo, eliminarlo también.

Mois afirmaba resignado con leves gestos de cabeza. No le gustaban esos trabajos, nunca los había hecho, aunque sabía que muchos de sus compañeros sí. Incluso, dijo alguna vez que, si se lo ordenaran, se negaría a realizarlos; pero Newman se lo había dejado claro. Ahora se encontraba atrapado entre su conciencia, las órdenes de Newman y su destino si se

negaba a cumplirlas. La primera perdió la batalla.

— ¿Qué garantías tengo que no me ocurrirá nada cuando acabe?

—Todas. Te lo aseguro. Tú haz lo que te he dicho y no te ocurrirá nada, además, siempre podrás alegar obediencia debida si alguien te acusara de algo, cosa que no ocurrirá.

Mois asintió.

El gesto le valió a Newman para saber que todo estaba arreglado y dándole la espalda se dirigió hacia la salida del apartamento.

—Siento haberte fastidiado la diversión.

Mois no respondió. Estaba acostumbrado y ahora tocaba trabajar. Ya tendría tiempo después de las setenta y dos horas para volver a estar junto a ella, la había pagado y él pagaba bien.

14

Sentía el miedo en su cuerpo. Nada que ver con la actitud de Ian, que avanzaba por el pasillo sin temor ninguno. Habían pasado todos los filtros mintiendo sobre su destino, era fácil cuando su identificación del Ministerio permitía hacerlo. Además, muchos allí conocían la fama de Peter y eso también facilitaba las cosas. Cuando Lissette le rogó que trajera a su Primogénico no supo que hacer. Primero se negó en rotundo, era una locura. No era su hijo, sino un Primogénico cedido a Quimera para la subsistencia de todos, pero de buena a primeras, ella ya no lo veía así. Algo que nunca había sentido antes hacia aquel ser, resurgió. El amor de una madre por un hijo. Por un hijo que nunca lo fue, por un hijo que nunca vio. Pero el sentimiento apareció sin más.

Intento de mil maneras hacerla ver que aquello era una locura, que sería imposible y cuando Ian le confirmó que juntos podrían rescatarlo, ya todo fue en vano. Sabía dónde estaba, cómo conseguir sacarlo, y con unas pocas horas de preparación, aquella suicida operación de rescate se había puesto en marcha.

Su hijo, su Primogénico, se encontraba en un centro de instrucción, uno de los 10 que existían en Ciudad 33. Estaba a punto de cumplir los 15 años, edad en la que ya sería enviado a cumplir el destino marcado por sus genes. Aquello no iba a ser fácil. Un Primogénico a esa edad es lo más parecido a un maniquí. Después de quince años de adoctrinamiento obedecen como obedecería un robot cuando apretando un botón le indicas una orden. Ian en contraposición no veía eso como un hándicap para

conseguir rescatarlo, al contrario, ellos eran agentes del Ministerio, y los Primogénicos están obligados a obedecer todas las órdenes dadas por un miembro del mismo. Solo tendrían que decirle que los acompañara y él lo haría.

El plan era sencillo. Habían aparcado el coche en un lateral del edificio, justo frente a una de las salidas de emergencia que poseía para evacuarlo en caso de incendio o de cualquier tipo de emergencia. Era una opción rápida para hacerlo y desde el interior no había controles de seguridad que lo impidieran, únicamente una cámara vigilaba la puerta en caso que alguien saliera, y si huían con el Primogénico, ya no importaría mucho que les identificaran, el daño estaba hecho. Desde ese momento lo importante solo sería huir y esconderse en el refugio donde les esperaba Lissette. A Peter tampoco le gustó esa opción, pero tuvo que callar y asumirla. Refugiarse en casa de una prostituta no era su idea de un lugar seguro para hacerlo, pero Ian una vez más le dijo que sabía lo que estaba haciendo. Aquella prostituta no era una puta cualquiera, era la preferida por todos los altos cargos y mandatarios de esta miserable ciudad; sabía más secretos sobre ellos que incluso sus propias mujeres. La veían como a una igual, aunque solo fuera eso, una prostituta.

Ian paró en seco al llegar a una puerta tan blanca como el pasillo y las estancias que habían recorrido en aquellas impolutas instalaciones. Girándose hacia Peter se lo dejó claro.

—Tras esta puerta vamos a encontrarnos un pasillo, tiene casi cien metros de largo. A ambos lados están las que dan acceso a las habitaciones individuales de los Primogénicos. Él estará en la 41. Desde que entremos van a sospechar, el acceso aquí está solo autorizado a los miembros del centro, así que desde que se percaten que estamos dentro vendrán a por nosotros para averiguar qué hacemos aquí. Debemos de ser rápidos Peter. Entrar, ordenarle que nos siga y salir que aquí como alma que lleva el diablo.

Peter solo afirmó con un rápido y nervioso gesto de cabeza. Sentía la garganta seca, le raspaba. Nunca había sentido algo así, ni cuando salió como un novato de la academia tras convertirse en un agente del Ministerio. Aquello era nuevo para él, quizás fuera porque ahora estaba en el otro bando, el bando al que antes cazaba.

Tras aquella escueta confirmación, Ian abrió la puerta y juntos entraron acelerando el paso. Todo debía hacerse como estaba planeado desde un principio. Cuando llegaran a la puerta de la pequeña habitación donde debería estar, Ian esperaría en el pasillo y Peter entraría con la documentación en la mano, se la enseñaría y le daría la orden de acompañarlos. Luego, tocaba correr y tener suerte.

Aquel pasillo parecía interminable. Los números de las habitaciones iban pasando y ascendiendo mientras caminaban y poco a poco llegaron al suyo. Ian se apoyó en la pared y comenzó a mirar hacia ambos lados mientras Peter abrió la puerta y, bajando la cabeza para encontrar en la chaqueta su identificación, entró. Al alzar la mirada se quedó sin palabras. Allí, delante de él, en aquella impoluta, blanca y pequeña habitación, sentada con las rodillas juntas y las palmas de las manos sobre ellas, una delicada niña rubia vestida con un uniforme negro le miraba con una sutil sonrisa.

—Pero, Ian, ¿qué broma es esta? Joder, te has confundido de habitación.

Ian entró alertado por las palabras de Peter. Cuando también la vio, no pudo evitar girar su mirada hacia el número de la puerta, 41. No había errores, la información que tenía era la correcta pero entonces, ¿qué hacía aquella niña allí? Peter volvió a exigirle una rápida explicación, ¿qué tenían que hacer ahora?

Una dulce voz les hizo callar.

—Llevo años esperando que vinieras a por mí, pero ahora no es momento para que discutáis. Tenemos que irnos. Alguien está buscándonos y se encuentra en el edificio. Debemos irnos ya, antes que nos encuentre.

Ambos se quedaron mudos, sin saber que decir durante unos segundos y únicamente reaccionaron cuando ella, cruzando entre ambos, abandonó la habitación. Peter la siguió, y ya en el pasillo, agarrándola con fuerza de un hombro la obligó a frenar su carrera.

— No tan rápido. ¿Quién eres?, ¿y mi Primogénico?

—No te entiendo.

—En esa habitación debía estar mi Primogénico y en cambio estás tú. ¿Quién eres?

—Yo soy él.

Peter no entendía sus palabras.

—Yo soy tu Primogénico.

Ian le respondió enfadado.

—¡Imposible!, el hijo de Peter es un varón. Yo tengo los informes del centro. No dice nada al respecto que fuera una niña.

—Ni tampoco lo contrario. En los informes suelen ocultarse muchos datos. Ahora debemos irnos, él se está aproximando cada vez más.

—¿Quién está próximo? — preguntó Peter

Ella no contestó. Su mirada se perdió y en un segundo el temor se reflejó en sus pupilas.

—Maldita sea, ¿quién?

Alzando la mano señaló en la lejanía del pasillo. Una pequeña escuadra de soldados lideradas por un descomunal hombre vestido de negro se aproximaba a paso acelerado.

—Mierda Peter. Tenemos un grave problema, es Mois.

—¿Mois?

Ian afirmó sin mediar palabra.

—Es un Slayer. Como venga por nosotros estamos bien jodidos.

Y estaba en lo cierto.

Varias detonaciones comenzaron a sonar y los impactos arrancaron enormes trozos de la pared cerca de ellos. Ian saco su arma y respondió a la agresión.

—¡Corred!

Peter y la niña obedecieron al instante, y antes de que se dieran cuenta, el pasillo entre ellos y los atacantes se lleno de un espeso humo blanco.

—He lanzado una granada. Los dejará bloqueados un momento, es gas lacrimógeno. Tenemos el tiempo justo mientras se ponen las máscaras y continúan avanzando. Debemos correr hasta el coche e irnos de aquí.

Una sirena comenzó a sonar y ese fue el pistoletazo de salida para obedecer la orden de Ian. Corrieron tras él, rumbo a la salida de emergencia en una ajetreada huida hacia al coche que les pondría a salvo de aquella locura de balas y detonaciones. La fortuna parecía sonreírles ya que no encontraron oposición alguna en la salida y precipitadamente entraron en el coche. Tras cerrar las puertas, varios de los cristales volaron por los aires, alguien les disparaba nuevamente.

Peter pudo ver al tirador, a través del retrovisor de su puerta, mientras se

escondía de los disparos.

— ¡Es ese maldito Slayer! Ian, sácanos de aquí de una vez.

Las ruedas chirriando y el humo de los neumáticos quemándose en el asfalto inundó el ambiente haciendo que el coche saliera con rapidez de su aparcamiento. Varios impactos más golpearon en la parte trasera, pero por fortuna, ninguno dio en los blancos que Mois buscaba.

—Todo se está yendo a la mierda, joder. Primero nos equivocamos de Primogénico y luego resulta que un Slayer nos estaba esperando.

Peter no podía parar de reprocharle a Ian todo lo que estaba ocurriendo.

—No debí haceros nunca caso. Ni a ti ni a Lissette. Maldita sea.

La niña, que al entrar en el vehículo había ocupado la parte trasera del vehículo volvió a hablar.

—¿Lissette es el nombre de mi madre?

Peter se giró desde su asiento delantero. Su cara mostraba odio, furia. No dudaría en tirarla del coche si con esa acción pudiera acabar con esa locura de una vez por toda.

—No es tu madre. Óyeme bien, no sé quién eres, pero lo que sí sé es que tú no eres mi Primogénico. Así que cállate de una vez. No quiero volver a oírte a no ser que sea yo quien te pregunte. ¿Me has entendido?

A Peter no le dio tiempo para escuchar su respuesta. Girándose hacia Ian y con el mismo tono de enfado le preguntó.

—¿Y ahora qué hacemos?

Ian miraba el retrovisor y le dio una respuesta. Una que Peter no quería escuchar.

—Por lo pronto escapar. Ese cabrón nos está siguiendo.

Peter volvió a girar la cabeza y horrorizado observó como un coche negro les pisaba los talones.

—¿Es el Slayer?

Ian afirmó y luego todos se vieron obligados a cubrirse nuevamente la cabeza agachándose tras oír nuevamente detonaciones e impactos en la

carrocería. Mois les disparaba sacando su arma por la ventanilla.

Peter estaba asustado y furioso. Agazapado, llevaba su arma en la mano buscando el momento justo para responder a los disparos.

— Pero ¿cómo sabía que estábamos allí?

Ian no le respondió. Estaba concentrado esquivando los coches que se iba encontrando de frente al haber tomado una calle en dirección contraria. No podía estar ahora pendiente en dar explicaciones, solo quería escapar de allí lo antes posible.

—¡Joder Peter! Dispárale y cállate de una vez. No sé qué es lo que ha ocurrido, pero no es momento para preguntas. Reacciona y acaba con él.

Maldiciendo, Peter asomó medio cuerpo por la ventanilla y vació el cargador sobre el parabrisas de su perseguidor. Cuando se disponía a recargar observó como Mois lo retiraba a puñetazos y volvía a dispararles una vez pudo deshacerse de él. Aquella mala bestia lo había arrancado con sus propias manos por la imposibilidad de verlos bien, y ahora, continuaba con la persecución como si nada hubiera pasado.

Cuando Peter intentó volver a disparar sobre él un segundo cargador, el giro imprevisto que dio Ian para entrar a través de un pequeño callejón se lo impidió, provocando que el arma se le cayera en el interior del coche. Alocadamente intentó buscarla, pero no conseguía dar con ella, hasta que volvió su vista hacia la parte trasera. Aquella niña que había rescatado se mantenía en el centro del asiento, tranquila, sosegada. Empuñaba la pistola examinándola, enorme entre sus pequeñas manos, y cuando Peter le ordenó que se la devolviera, simplemente le miró para luego, velozmente, salir por el hueco que la falta de cristal trasero había dejado en el coche tras los disparos.

— ¡Espera!

Gritarle no valió para nada. De rodillas sobre el maletero alzó el arma y comenzó a disparar. Peter observaba sin dar crédito a todo aquello mientras Ian, de refilón y expectante, miraba a través del retrovisor. La lluvia de balas comenzaba a impactar sobre el vehículo de Mois, pero no eran disparos descontrolados y alocados, no. Ambas ruedas delanteras explotaron perdiendo su aire a la vez que producían que el auto se descontrolara y tras ello, una explosión del motor, hizo que el capó se levantara tapando la visión de su perseguidor. Ambas cosas sumadas, hicieron que Mois se empotrara contra la parte trasera de un camión estacionado en aquel callejón parando en seco. Al verlo, Ian intentó continuar la huida, pero también se vio obligado a frenar. La Primogénica había saltado del maletero llenándole de asombro y a la carrera, se dirigía

hacia el vehículo siniestrado.

—¿Pero qué demonios va a hacer ahora?

—Peter, creo que tu hija es también una soldado.

Ian no pudo más que abrir con incredulidad los ojos a la vez que seguía los pasos de aquella pequeña niña que ni tan siquiera había cumplido todavía los quince años. No había soldados hembra, solo varones, pero la manera como se movía y disparaba mostraban todo lo contrario.

Tras el impacto, todo era humo y olor a gasolina. Mois desorientado y maltrecho abrió los ojos, no distinguía bien nada, todo le daba vueltas. Al mirar a través de su ventanilla vio una dulce cara angelical que le sonreía, después, la culata de una pistola y luego, oscuridad.

15

Viéndola, a Lissette le costaba asimilar que esa persona delante suya fuera aquella prostituta con tanto poder de la que le habían hablado. Peter confiaba en ella, y cuando le preguntó si se habían acostado alguna vez, sonriendo le respondió que nunca mezclaba trabajo con placer.

Palabras difíciles de creer en boca de Peter.

El apartamento al que la habían traído era sin duda el más lujoso en el que nunca hubiera estado Lissette. Los muebles modernos poseían acabados de primera calidad, y las vistas, dirigidas a uno de los pocos grandes parques que poseía la ciudad, hacían de aquella vivienda un fruto inalcanzable para casi todos.

Sentada frente a ella no dejaba de mirarla. Peter e Ian acababan de marcharse en busca de su Primogénico y se sentía intimidada sola en su compañía. No abrigaba ese sentimiento por su aspecto físico, tampoco es que fuera muy alta, y su apariencia difería mucho de lo que ella pensaba debía de ser una prostituta de categoría, de alto standing. A ojo, no creía que pasara del metro sesenta. De tez blanca, con unos penetrantes ojos verdes, no ocultaba sus facciones bajo aquella larga melena negra ondulada a juego con su estrecho y ceñido traje. Lissette se sentía cohibida por algo diferente a todo aquello que veía o sentía, pero no distinguía bien el motivo que lo producía.

— ¿Entonces te llamas Noe? — preguntó.

Ella sonrió.

—Sí, pero muchos me llaman también Marylin, como la actriz.

A Lissette le sorprendió aquella afirmación. Conocía a Marylin. Había visto en muchas ocasiones aquellas antiguas películas y sin lugar a dudas, Noe era la antítesis de esa mujer. Quizás se podrían igualar en altura, pero por lo demás, eran como la noche y el día. Tras decírselo, Noe apreció aquel gesto de sorpresa en la cara de Lissette.

—Algunos de mis clientes dicen que soy muy sensual, pero también una perra sin corazón. Teniendo en cuenta que nadie de aquí la pudo conocer supongo que lo dicen por prejuicios; o quizás por miedo.

Lissette sonrió.

— Noe, ¿de Noelia?

—Noe de Noe, dejémoslo ahí.

Su tajante respuesta la incomodó. Lissette quería entablar conversación con ella, no por nada en especial, quizás más que otra cosa por pasar el tiempo hasta que volviera Peter, pero tenía la sensación de que Noe no estaba por la labor. Observó que en su pierna derecha lucía un tatuaje, una bella y larga pluma de ave sobre un extraño símbolo y lo intentó nuevamente.

—Es bonito el tatuaje, ¿tiene algún significado especial?

—Todos los tatuajes tienen un significado. Nadie se tatúa nada en su cuerpo si no tuviera algún sentido y menos con las leyes que Quimera impuso sobre ellos.

—Lo siento si te incomodan mis preguntas, tan solo quería…

—Saber de mí, como todos. No eres la primera persona, ni la última, que me trae Ian para intentar escapar de esta maloliente ciudad. ¿Qué te has preguntado?, ¿cómo puede ser una puta de lujo con el aspecto que tiene?, ¿cómo vamos a fiarnos de una mujer que se mutila el cuerpo con tatuajes? ¿podemos fiarnos de una mujer que se vende por dinero?

Lissette se mantuvo en silencio mirándola tras acabar aquél corto interrogatorio.

—Me preguntaba por qué una mujer como tú sería capaz de arriesgarlo todo por unos completos desconocidos de los que no sabe absolutamente nada. Simplemente pensaba en eso.

Noe se levantó y se dirigió hacia una pequeña barra donde reposaban varias botellas de alcohol y algunos vasos de trabajado cristal. Cogió una

de whisky, llenó uno de los vasos y le dio un largo trago para después posarlo nuevamente en la barra. Después, exhaló un breve suspiro.

—Cho-Ku-Rei.

—¿Perdona? No te entiendo.

—El tatuaje es un Cho-Ku-Rei dibujado por la pluma de un ángel. Es un símbolo de energía, el interruptor que abre el paso al flujo de la misma. La pluma simboliza algo muy especial para mí. Representa un ser querido que ya no está conmigo, un ángel al que amé como a nadie he amado y que desde el otro mundo se arrancó una de sus alas pintando para mí este símbolo. Cuando lo veo, recuerdo que tengo que seguir aquí por ella y que siempre estará protegiéndome.

—Tuvo que ser duro hacértelo mientras lo recordabas.

—Más duro fue perder a esa persona.

—¿Tu marido?

—Mi madre.

Lissette no supo cómo continuar, pero Noe sí.

—Debe ser maravilloso vivir en tu mundo. Un mundo de mentiras e hipocresía. Creyendo solo en las palabras de unos pocos que se creen dioses porque en su momento tuvieron la solución para nuestra supervivencia, una supervivencia que se basaba en mantenernos con vida para poder sobrevivir ellos.

Lissette la miraba desolada. Tenía toda la razón, su mundo se le había derrumbado encima no tenía la culpa de sus creencias; las que se le habían inculcado desde su nacimiento. Para ella, Quimera y su forma de vida lo era todo, hasta que Ian le enseñó la verdad.

—Ese ya no es mi mundo y no quiero que vuelva a serlo. Me han abierto los ojos y fue duro, aún me cuesta creerlo todo; pero si estoy aquí es porque creo en lo que he visto y no quiero formar parte ya más de ello. Quiero ser libre, no sé bien cómo o si lo conseguiré, pero al menos quiero intentarlo. Ian nos ha dicho que la propia ciudad es la que nos mata, que la pérdida del ozono ya no es tal y que fuera hay una oportunidad. Yo solo…

Lissette no pudo continuar hablando, un nudo en su garganta, quizás emoción o impotencia por querer explicarle sus motivos y no lograrlo se lo

impedía.

Noe no se había girado en ningún momento para verla mientras hablaba. Se mantenía en pie, frente a aquella pequeña barra afianzando su copa. Cuando acabó de hablar, tomó de un sorbo el poco alcohol que le quedaba y volvió a dirigirse a ella.

—Quimera me mintió, lo hizo con mi madre. Dijo que fue un agujero de ozono sobre Ciudad 33 la que provocó su enfermedad, que quizás no siguió las instrucciones tras la alarma o que los drones encargados de protegernos no actuaron como debían, pero mintió. La contaminación de esta maldita ciudad fue lo que la mató, lo hace con todos nosotros y lo encubren culpando a falsos agujeros. Cuando pedí que la trataran, que empezaran con los trasplantes de órganos su contestación fue que ya era tarde, ¿pero sabes qué?, nunca es tarde, aunque la desidia de esos bastardos hizo que se alejara de mí. Si la seguridad del hospital no lo hubiera impedido, aquella doctora estaría ahora acompañándola. Todavía no he olvidado su cara cuando la agarré con fuerza del cuello, la hubiera estrangulado sin remordimiento alguno. Desde entonces juré venganza, ella no lo querría, pero yo sí. Mi madre era una buena persona, yo no. Yo soy peor que una perra rabiosa. Juré que acabaría con esta ciudad, con la basura que la dirige y tras largos años lo vamos a conseguir.

—Peter piensa que cuando saquéis la verdad a la luz nos ocurrirá lo mismo que a Ciudad 11.

—Puede ser. Sinceramente me da igual. Aquellos que sean inteligentes saldrán de aquí antes de que eso ocurra.

—¿Pero a dónde podrían huir tantos millones de personas? Ian dice que lo que nos espera ahí fuera no es el desierto que nos han dicho que existe. Que hay vida y muchos como nosotros.

Noe, nuevamente con la botella en la mano hizo ademán de llenarse otro vaso, pero dejándola sobre la barra, se giró hacia Lissette.

—¿Sabes? Ese dejó de ser mi problema hace tiempo. Ya te he dicho que no busco huir. Yo os ayudo porque haciéndolo quizás mantenga aún más con vida la memoria de mi madre. Vuestra sumisión, convertida ahora en desesperación, no va conmigo; sois tan culpables de su muerte como lo fue Quimera, pero sé que a ella le gusta lo que hago por vosotros.

Lissette dejo asomar una ligera sonrisa. Empezaba a empatizar con Noe, no sabía bien por qué, pero era así. Quizás porque una vez más volvía a ser madre y le gustaría que su hijo sintiera por ella el mismo amor que Noe sentía por la suya. Volvió a observarla mientras llenaba otro vaso de whisky sin creerse todavía el poder que tenía sobre los hombres con los que estaba. Le pidió un vaso para ella. Nunca había probado el whisky así

que quizás ya fuera hora de hacerlo.

16

El golpe seco del agua fría le despertó. Se sentía dolorido, con la sensación que la cabeza iba a explotarle y a su mente llegó la última imagen que recordaba; aquella niña rubia golpeándole. Cuando abrió los ojos vio a Ian aún con el cubo vacío en la mano, y a Peter, a pocos metros tras su compañero y sentado sobre una desvencijada mesa de madera. Miro a su alrededor para saber dónde estaba, pero la oscuridad de la habitación en la que se encontraba le impedía ver bien sus dimensiones y, además, la pequeña bombilla que colgaba de un inapreciable techo no ayudaba mucho en su iluminación, dejándole intuir solo que, a lo lejos, a su derecha, podría haber una puerta por una leve y alargada luz que veía reflejada en el suelo.

—¿Cómo supiste que íbamos a por ella?

Peter levantándose de la mesa le arrojó aquella pregunta, su tono malhumorado no le hacía presagiar nada bueno.

—No sé de qué demonios me estás hablando.

Un puñetazo de Ian directo en la mandíbula casi le hizo perder la conciencia, sin embargo, Mois estaba acostumbrado al dolor, mucho más que Ian, el cual intentaba disimular el dolor de su mano tras golpearle.

Tras verle frotarse el puño sonrió, pero Peter no estaba para risas.

—Esto no tiene ninguna gracia. ¿Cómo supiste que estábamos en el centro? Sé que eres un Slayer así que ahora lo que también quiero saber es cómo averiguaste que íbamos a sacar a un Primogénico del centro.

Mois respondió negándolo de igual manera y provocando con ello que Peter le gritara furioso.

—¡Mientes! ¿Por qué tenías apuntado nuestros nombres aquí?

Extendiendo la mano, puso la hoja que Newman le había entregado a pocos centímetros de su cara. Vio los nombres que ya había tachado e incluso los de Peter e Ian.

—Eso no es de vuestro interés y os recomiendo que me soltéis. Hacerlo y podremos arreglar todo esto, si no, juro que acabaré con vosotros dos sin contemplaciones.

—¿Acabar con nosotros, dices?, supongo que de igual manera que lo has

hecho con los nombres que veo tachados en esta lista.

Poco a poco comenzó a leerlos en voz alta. Un total de diez, y cuando acabó, volvió a dirigirse a Mois.

—Ibas a matarnos, tienes ordenes de hacerlo, ¿verdad? Perfecto, es tu trabajo. Pero por mucho que he buscado en tus bolsillos no he encontrado la orden del juez en la que aparezca mi nombre, el de Ian o alguno de los que tienes aquí apuntado.

Mois sabía que Ian tenía razón, pero ese era otro tema, él solo cumplía órdenes y esta vez, quizás su vida le fuera en ello. Tenía que intentar escapar de allí, eliminar a Ian y Peter y seguir con su trabajo, aunque estar atado a aquella silla se lo ponía difícil. Necesitaba improvisar.

—No iba a por vosotros, mi objetivo era otro.

—¿Cuál?

—Un médico del centro, el quinto de la lista. Lo vuestro fue pura casualidad. Cuando estaba en el control de seguridad saltó la alarma por vuestra intrusión así que simplemente decidí aprovechar la ocasión y, bueno, matar tres pájaros de un tiro.

Ian rio sarcásticamente.

—De un tiro. Casi destroza el Centro y medio sector y dice un tiro. Podrías haber matado a gente inocente, ¿sabes?

—Ya, a inocentes como vosotros, supongo.

Esta vez fue Peter quien le golpeó. Aquel puñetazo si consiguió su propósito, le había dolido bastante. Pegaba con odio, con rencor, y eso se notaba.

—Maldito hijo de perra. ¿Quién te ha mandado a eliminarnos? ¡Dime!

Mois pensaba que lo mejor sería decírselo. Si seguía recibiendo golpes en el estado que se encontraba quizás no podría escapar tan fácilmente y poder después acabar con ellos. Además, ¿acaso importaba decirles quién era la persona que había ordenado su muerte?, al fin y al cabo, ellos dos ya estaban muertos. Nunca se le había escapado nadie y ni Peter ni Ian serían los primeros.

—Newman.

Aquel nombre los dejó fuera de juego.

—Pero la orden viene todavía de más arriba.

—Más arriba, ¿de dónde?

—Mejor dicho, de quién. Del Consejero de Quimera en Ciudad 33.

Ian resoplo.

—Peter, esto se está poniendo difícil. Deben saber lo que vamos a hacer. Si no fuera así no se les ocurriría mandar a un Slayer sin la orden de un juez para acabar con nosotros. Quieren evitar que lo hagamos público. Supongo porque sabrán que puede ocurrir lo mismo que en Ciudad 11.

Mois sintió curiosidad por las palabras de Ian. ¿Qué había pasado en Ciudad 11 y por qué Peter comenzó a palidecer?

—¿Ciudad 11? ¿De qué estáis hablando?

Peter se sentó en la misma mesa donde minutos antes lo había hecho Ian para luego responder a su pregunta.

—Hablamos que Ciudad 11 y que ya no existe. Fue arrasada.

—¿Arrasada?, imposible. ¿Cómo? Apenas hace unos días las noticias informaron que habían sobrevivido con éxito a un enorme agujero de ozono. Hubo algunas víctimas, pero exceptuando que todavía las comunicaciones no son buenas, todo va bien.

Ian rio con nerviosismo.

— Estúpido. Otro que solo cree lo que le dicen sus amos. Como buen perro obedeciendo a la voz de su dueño, pero tranquilo, te comprendo. Yo era como tú, hasta que vi la verdad.

Mois seguía sin entender nada. La actitud de Ian y Peter había cambiado. No estaban tan agresivos, al contrario. Los veía abatidos tras sus palabras.

—¿De qué verdad estás hablando?

Como hizo minutos antes con aquella lista de cadáveres, Peter mostraba ante los ojos de Mois las imágenes que se reproducían una vez más en la pantalla del móvil de Ian. Las mismas que vio y que tanto le horrorizaron. Esas imágenes que ahora debían hacer sentir lo mismo a Mois y que devoraba en silencio sin pestañear. Cuando acabó de verlas se mantuvo

en silencio y fue Ian nuevamente quien se dirigió a él.

—Esa es la verdad de la que te hablaba. ¿La reconoces?

Mois se mantenía en silencio. Asimilaba la crueldad y el horror que había visto. No daba crédito a lo que Peter le había enseñado y se limitaba a mantener la vista perdida en el móvil que ahora reposaba sobre la mesa de madera. No podía articular palabra, simplemente repetía en su mente una y otra vez aquellas imágenes, hasta que una voz de niña con tono cándido le hablo al oído.

—¿Por qué me quisiste matar si eres como yo?

Aquella pregunta no solo cogió de improviso a Mois, sino que también llamó la atención de Ian y Peter que miraron con sorpresa a la Primogénica. Mois intentó mantenerse impertérrito ante aquello, pero un leve gesto hizo que ambos se dieran cuenta que quizás, aquella niña, supiera algo que desconocían. Algo que podría dar la vuelta a la situación y hacerla más favorable para ellos. Ian se dirigió hacia ella, aun no asimilaba que pudiera ser su hija, siempre pensó en un varón, y le pidió que le explicara el sentido de su pregunta.

—Es como yo. Un Primogénico.

La respuesta hizo que Mois gritara en un estallido de furia.

—¡No! ¡Mientes! No sé a qué viene todo esto, ni el video que me has enseñado, pero os juro que si no me soltáis ahora mismo…

—¿Nos matarás? —Interrumpió Ian amenazante mientras los ojos de Mois lo miraban con rabia.

—No lo dudes.

Ian continuó su interrogatorio.

—¿Es verdad lo que ha dicho ella? ¿Eres un Primogénico?

La negativa a contestar le otorgó recibir otro fuerte puñetazo en la mandíbula que casi le hizo perder la conciencia nuevamente, la ira que sentía hacia los que se encontraban en aquella sala le ayudó a no hacerlo, pero no creía poder aguantar mucho más.

Peter quiso calmar la situación. Veía el desgaste sobre Mois y sabía que era mejor mantenerlo con vida que muerto, por ahora. Usando un tono conciliador pidió a Ian que lo dejara en paz, al menos un rato.

—Mois, no queremos hacerte más daño y menos matarte. Claro que será así si no nos obligas a lo contrario. Creo que lo mejor sería que nos contestaras, al fin y al cabo, toda esta farsa que tienen montada los de arriba, tus jefes, pronto se acabará. En mi humilde opinión creo que sería mejor que colaboraras, recuerda que nosotros también trabajábamos para el Ministerio, teníamos tus mismas convicciones e ideales, pero la verdad que has visto y que nosotros te hemos mostrado nos cambió. Estábamos equivocados, yo estaba equivocado, y ahora debemos enmendar todo esto. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo Mois?

Levantando su dolorida cara le miró.

—¿Podríais darme agua? Quisiera enjuagarme la sangre. No me gusta su sabor, aunque sea la mía.

Peter asintió y con un gesto ordenó a la niña que le diera agua. Al instante se acercó a él con un vaso en las manos y lo apoyó en sus labios. Tomando un sorbo se enjuagó la boca y acto seguido la escupió a un lado.

—Las ataduras me hacen daño— dijo.

Peter sonrió.

—Y lo seguirán haciendo mientras estemos aquí, no esperes que las aflojemos.

—No vais a conseguir nada con lo que estáis haciendo, excepto morir.

Peter sonrió.

—Bueno, algo hemos conseguido por ahora. Te tenemos a ti.

—Yo no valgo nada. Hay cientos como yo en esta ciudad. Cuando acabéis conmigo otro vendrá a por vosotros, estáis acabados y lo sabes. ¿Crees que soy tan estúpido como para creerme lo que me habéis mostrado? No tenéis ni idea. ¿Pensáis que por ponerme un video y decirme que es real os voy a creer?

Peter se encaró frente a él, pegando tanto su cara con la suya, que Mois podías sentir su respiración.

—Cuando acabemos contigo no habrá otros. Sabes de sobra que será así. Falta poco, muy poco, para que todo cambie, para que esta ciudad sea libre y la gente como tú, e incluso como yo, pague por sus delitos.

Pero la situación cambió.

Un fuerte golpe propinado con la cabeza por Mois hizo que Peter cayera de espaldas bajo la sorpresa de los demás. Sin saber cómo, Mois se había soltado de las ataduras que le mantenían agarrado a la silla y ahora en pie, sujetándola con una mano la lanzó con fuerza hacia la única lámpara que iluminaba la estancia rompiéndola y sumiéndolo todo en la oscuridad. Ian comenzó a disparar a ciegas donde intuía que podría encontrarse Mois, pero los gritos de Peter ordenándole que parara hicieron que cesará el fuego a la vez que la luz de una puerta abierta volvió a iluminar tenuemente la sala. Mois había escapado.

— Algo me dice que las cosas van a ir a peor.

Ian se había dado cuenta que el móvil, al igual que Mois, también había desaparecido.

17

Newman entró en su solitario apartamento siguiendo la misma rutina de siempre. Dejó las llaves de la casa, la cartera y su arma sobre la mesa de la entrada y se dirigió al salón; casi sin encender las luces abrió el mueble bar y se puso una copa de aquel whisky que solo unos pocos en aquella maltrecha ciudad podían degustar. Cuando le dio un trago la televisión del salón se encendió asustándolo y las imágenes que comenzó a ver le hicieron volver a la calma. Ya las había visto y supuso que quien las hubiera mandado a reproducir solo podía ser alguien de la lista que mandó a eliminar, o su ejecutor. Y acertó.

Mois encendió la luz de una lámpara junto al asiento donde se encontraba y Newman le sonrió.

—No te veo sorprendido por lo que ves. Ya las conocías, ¿no es cierto?

Sin responder se sentó en un sillón opuesto, volvió a dar un trago a su copa y miró a Mois.

—Recuerdo cuando apareciste en casa. Quince años recién cumplidos. Cuando llegué, estabas en ese mismo sillón, sentado sobre el regazo de tu madre, abrazándola con fuerza. Aún llevabas el uniforme negro del centro, pero para ella no eras un Primogénico; cuando al abrir la puerta la llamaste madre te convertiste en su hijo. Tuviste suerte de encontrarla a ella primero antes que a mí. Yo te hubiera devuelto.

—Lo sé.

—El amor que sentía y aun siento por tu madre ha hecho que seas quién

eres ahora.

Mois paró la imagen de la televisión justo en el momento en el que el Primogénico abierto en canal pedía ayuda.

—¿Hubiera sido ése mi destino?

Newman miró la imagen y luego volvió su vista a Mois.

—Probablemente. Supongo que ya sabes de que va todo esto, ¿no?

—Me quedan algunas cosas por entender y quiero que me las expliques, que me lo cuentes todo.

—¿Qué quieres que te explique? ¿Quieres saber que sois ganado? ¿Que el único sentido de vuestra existencia es mantener con vida a Quimera y que tú no has seguido el camino de todos los demás gracias a tu madre? ¿Eso es lo que quieres? Pues ya lo sabes.

Mois no articulaba palabra. En el fondo de sí temía esa respuesta, él era un Primogénico y también se acordaba del día que llamó a esa misma puerta que había usado Newman para entrar. Recordaba el momento en que aquella mujer la abrió y como ,tras mirarle con ojos de extrañeza, le abrazó cuando la llamó madre, pero también que Newman nunca le quiso. Deseaba devolverle al centro, que su destino continuara como habían marcado sus genes, pero su madre lo impidió. A Newman no le quedó más remedio que hacer uso de su poder e influencias y solicitó que le devolvieran los favores que siempre hacía, le debían muchos y ese fue el momento de cobrarlos. Falsificaron por completo su vida y le dieron un nombre, Mois, a ella le gustaba. Quería que su primer hijo legal tras entregar al Primogénico se llamara así, pero tuvo una hija y ahora Mois tendría también una hermana, una familia. Cinco años viviendo con una felicidad de la que había carecido durante quince, cambiando incluso de Megaciudad, pero todo acabó igual de rápido que como empezó. Su madre y su hermana, su familia, murieron apenas Mois había cumplido los veinte años cuando intentaron acabar con la vida de Newman. Era uno de los problemas de trabajar en el Ministerio, te hacías enemigos de muchos de aquellos que no querían a Quimera. Todo había cambiado, y si no hubiera sido por la promesa que Newman le había hecho a su mujer, él habría sido devuelto al centro. Pero se lo dejó claro, le dijo lo que sentía hacia él, que no era su hijo. Sin embargo, lo instruyó para convertirse en un Slayer y los genes modificados que poseía su cuerpo le ayudaron, su destino era ser uno de los soldados de Quimera. Y lo consiguió. El odio hacia quienes habían cambiado su vida le hizo convertirse en el mejor y más efectivo de todos los Slayer y, sin embargo, para Newman, su padre, él seguía siendo un Primogénico.

Lo había asumido ya hace años.

—¿Qué hacen con los Primogénicos?

—¿Todavía no te ha quedado claro después de ver el vídeo? Los Primogénicos estáis para la subsistencia de Quimera y de sus fieles. Servís de mano de obra, como diversión, y ya, cuando vuestro cerebro comienza a darse cuenta de quienes sois, ayudáis de un modo, digamos altruista, aportando vuestros órganos, sangre y lo que podamos usar, para paliar las enfermedades de todos los ciudadanos que lo necesitan. O casi de todos, depende de muchas cosas.

—Entonces, ¿la fabricación de órganos?

Newman río.

—Todo mentira. Sí es verdad que durante un tiempo fue posible, pero resultaba caro, tedioso y daba pocos beneficios. Los Primogénicos resolvieron varios de esos problemas.

—Entiendo. ¿Y la lista que me diste?

—¿Sí?

—Todos conocen lo que está pasando y esa es la razón por las que me has mandado eliminarlos, ¿cierto?

Newman asintió, aunque realmente no sabía que era por ese motivo. El Consejero le había dejado claro que, de no eliminarlos, la situación se pondría fea, y realmente, si aquello salía a la luz, así sería. Por su posición en el Ministerio había vivido casi toda su vida conociendo aquel secreto, un secreto que no todos conocían y que por el común debería seguir así. Blanco y en botella.

Debido a la falta de luz en la habitación, no se había percatado del magullado rostro de Mois y de los golpes que presentaba, surgiéndole la duda.

—¿Has tenido problemas para acabar con alguno de ellos?

—Podría ser. Dos de tus hombres y la hija de uno de ellos consiguieron pararme, aunque no por mucho tiempo. Antes de escapar les arrebaté el móvil donde tenían grabado el vídeo que has visto, quería que me explicaras qué demonios era lo que me habían enseñado.

Extrañado, Newman volvió a preguntarle. Ninguno de los de la lista tenía

un hijo. O eran solteros o sus descendencias eran varones.

—Me encontré con Peter en uno de los Centros, cuando rescataban a su Primogénico. Lo curioso es que creo que ella es como yo. Les esperaba e incluso supo que yo era uno de ellos.

Newman se horrorizó con aquellas palabras. No podía permitir que aquellos dos miembros del Ministerio siguieran con vida sabiendo lo que sabían y menos llevando consigo a una Primogénica que, por las palabras de Mois, prematuramente se había despertado.

—Tienes que matarlos ya, a ellos y a la Prematura.

—¿La Prematura?, te refieres a la niña.

—Sí, es una Prematura, un Primogénico cuya conciencia despierta antes de los treinta años. Son un peligro para todos.

—¿Por qué?

—Porque es un ser genéticamente superior en muchos aspectos a un humano y no tenemos gobierno sobre él. Es un peligro para nosotros.

—Entonces, yo fui un Prematuro. ¿No es cierto?

Newman asintió.

—Pero ahora no estamos hablando de ti, sino de ellos. Tienes que volver y acabar el trabajo. El tiempo corre en nuestra contra y no veo que estés haciendo nada. ¿A cuántos has tachado ya?

Mois giró la cabeza ladeando su mirada. Observaba fijamente a Newman y éste sintió un extraño escalofrío.

—Nunca me quisiste, ¿verdad?

—¿A qué demonios viene eso ahora?

—Respóndeme y sé sincero por una vez en tu vida, ¿me quisiste alguna vez?

Newman se mantuvo en silencio.

Mois resopló resignado a la vez que una muda risa irónica surgía de él. Se esperaba aquella respuesta, pero nunca se había atrevido hacerle la pregunta, quizás por miedo a recibirla o por la ridícula esperanza de que realmente Newman sintiera algo por él, por su hijo. No, nunca sintió nada y de hecho en ese mismo instante se dio cuenta que no le importaba, que

aquella persona que tenía delante no era su padre. Quizás biológicamente sí lo fuera, aunque genéticamente hubiera sido modificado en su concepción, pero ese hombre no era más que otro fanático de Quimera, otro entusiasta con el cerebro lavado que no podía creer más que en una doctrina introducida en su cabeza desde su nacimiento. Afortunadamente, para él, no había sido el primero en nacer y por eso las cosas las veía de otra manera y no desde aquel punto idílico de una visión nefasta y servil. Levantándose bajo la atenta mirada de Newman se dirigió hacia la puerta para abandonar el apartamento.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Mois se había parado en seco justo en paralelo a la mesa donde minutos antes Newman había dejado su arma. Lentamente la cogió y se la ciñó con su funda a la espalda, sujetándola con el cinturón al pantalón.

—Haré mi trabajo. Mataré a Peter y a Ian, pero no a la niña.

—¡No!, eso es imposible. Debes matarla a ella también o…

Newman enmudeció. Mois había vuelto a desenfundar el arma y le apuntaba sin miramiento.

—La niña no morirá. Cuando tache todos los nombres de la lista ella estará a mi cargo y tú no harás nada para impedirlo. Si lo intentas, o me entero que pretendes que sea eliminada, juro que te mataré y creo que ahora sabes que lo haré sin dudarlo.

Dándole la espalda abrió la puerta y salió de aquel lugar que una vez fue su casa, su hogar, su refugio. Ahora, no eran más que unas paredes vacías, sin vida, aunque Newman se mantuviera dentro de ella.

18

El estruendo de los golpes en la puerta alertó a Lissette y a Noe, quien cogió la pequeña pistola que siempre llevaba en su bolso. Acercándose con precaución, y sin dejar de apuntar sobre ella, preguntó quién era y la voz de Peter hablándole en tono elevado la tranquilizó. Apresuradamente la abrió y entró nervioso dando órdenes atropelladas.

—Rápido, tenemos que marcharnos lo antes posible. Lissette, coge la mochila que habíamos preparado. Tenemos que salir lo antes posible. No hay tiempo. Maldita sea, ¿dónde dejé las provisiones?

Lissette miraba como Peter pululaba alocadamente de un lado al otro del salón, al igual que un cachorro perdido. Nunca lo había visto así, él era una persona tranquila, siempre comedido, quizás alguna vez podía tener una subida de tono, pero jamás así. Le estaba pegando su nerviosismo y

quizás, su miedo.

—Peter, ¿dónde está mi hijo? — le reclamó Lissette mientras Peter, sin escucharla, seguía de un lado a otro recogiendo lo que iban a necesitar sin hacerla el mínimo caso. Probablemente ni tan siquiera la había oído, y tras varias repeticiones más, ya desesperada, no pudo hacer otra cosa, sino que gritarle.

—¿Dónde está mi hijo Peter?, ¿dónde?

Todos quedaron inmóviles, en silencio, hasta que una voz cortó, como un cuchillo caliente corta la mantequilla, el tenso ambiente.

—¿Mamá?

Lissette, aturdida, lentamente se giró hacia el origen de la voz y allí la vio. Rubia, delicada como una pequeña flor, mirándola con sorpresa y ternura a la vez; con miedo a moverse.

—¿Peter?

El tono temeroso y confuso de Lissette hizo que Peter se aproximara a ella por la espalda y apoyó ambas manos sobre sus hombros.

—Ella es tu Primogénica.

—Pero…

No podía articular palabra. Siempre pensó que era un niño. Día tras día tenía en su mente a Rom, y sin darse cuenta, se había convencido que su Primogénico era un varón. Ahora veía a aquella niña uniformada, con cara confundida y esperando la reacción de una madre a la que nunca había visto. Con paso lento, temblándole las piernas, se acercó a ella. Ian observaba todo desde el pasillo con ternura en su cara, tenía a la niña con él. Se sentía feliz sabiendo que estaba enmendando errores, y el haber conseguido unir a una madre con su hija calmaba su ahora atormentada alma. Lissette la abrazó con fuerza. Quería sentirla, necesitaba sentirla y comenzó a llorar.

—No llores— la escuchó decir—. Ya estamos juntas.

Entre sollozos, Lissette rio. Ella la había abandonado nada más nacer, pero sintiendo su abrazo también se dio cuenta que no había rencor en ella, al contrario.

La voz de Peter volvió a reubicar a todos en la realidad.

—Debemos marcharnos ya.

Ian asintió mirándole mientras entrando en el apartamento fue directamente hacia donde se encontraba Noe.

—Tú también deberías hacerlo. Las cosas se van a poner peor de lo que pensaba.

—Explícate.

—Capturamos a un Slayer que casi acaba con nosotros cuando estábamos rescatándola. Ese cabrón consiguió escapar. Sabe quiénes somos y estoy seguro que tarde o temprano entrará por esa puerta para preguntar por nosotros. Tienes que irte, ven conmigo.

Noe sonrió.

—No tengo miedo Ian.

—Eso es lo que me preocupa. Ya no sientes miedo por nada ni nadie; y ese sentimiento es peligroso. No tienes miedo porque no temes morir, y no le temes a la muerte porque lo que ocurre es que ya no deseas vivir. Desde hace tiempo albergas ese deseo, sin embargo, esa no es la solución.

Noe apartó la mirada de Ian fijándola en Lissette.

—Dudo que sepas cuál es la solución a lo que siento. Ian, tienes cosas más importantes de las que preocuparte que yo. Míralas. Ellas son ahora tu mayor preocupación. Ni mi vida ni la tuya tienen valor. Ahora debemos centrarnos en una misión más importante, ellas. Si me voy, perderemos la oportunidad de intentar frenar a ese Slayer y que os localice. Será fácil para mi engañarlo y jugar con él.

—Esta vez no creo que puedas.

A Noe le extrañó aquella aseveración, nadie se le había resistido nunca.

—Es Mois, y lo peor es que nos estaba buscando intencionadamente. Mi nombre y el de Peter estaban en una lista que llevaba encima, tenía órdenes de eliminarnos.

—¿Cómo pudo saber que ibais a rescatarla? Era imposible.

—No lo sabía. Dijo que su objetivo era otra persona que trabajaba en el mismo centro. Nos encontró por casualidad cuando saltaron las alarmas y

aprovechó la ocasión.

—Tuvisteis suerte atrapándolo, aunque luego se escapara. Debiste matarlo.

Ian sabía que Noe tenía razón y ahora, era él quien miraba hacia Lissette y su hija a la que todavía mantenía abrazada. Parecía temer que no fuera real y en cualquier momento se pudiera desvanecer de entre sus brazos.

—No fui ni yo ni Peter quien lo atrapó. Fue ella, la Primogénica. Es una soldado.

Noe la miró, incrédula de las palabras que escuchaba. Era imposible que fuera una soldado, pero aun lo era más que aquella, en apariencia frágil y delicada niña, pudiera haber conseguido dominar a un Slayer, y menos a Mois.

—Sé que cuesta creerlo. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos tampoco lo creería, pero lo hizo. Y no solo eso. De alguna manera averiguó que Mois es un Primogénico.

—¿Mois un Primogénico? Imposible. Ninguno puede ser un Slayer, solo los ciudadanos miembros normales del Ministerio pueden conseguirlo.

—Lo sé, por eso me inquieta más todavía todo esto. Quien consiguiera que Mois llegara a convertirse en un Slayer debe tener mucho poder, si no, hubiera sido imposible que un Primogénico pudiera abandonar su destino. Dijo que Newman estaba implicado en nuestra eliminación. Quizás debería ir a buscarlo y sacarle toda la información a puñetazos.

Noe le borró esas intenciones de su mente.

—Deja de decir estupideces. Sabes que nada más verte te mataría. Ahora debéis iros y seguir con el plan. Yo intentaré averiguar algo más sobre todo esto y si Mois da conmigo procuraré retrasarlo todo lo que pueda, o si veo la ocasión, matarlo

Ian sabía que, si Noe tenía la más mínima posibilidad de hacerlo, lo haría. No era la primera vez que eliminaba a alguien a sangre fría y esperaba que con Mois lo lograra, aunque para él, la mejor opción era huir todos de allí.

— Es difícil matar al diablo—pensó—, se las sabe todas.

Poco a poco comenzaron a recoger lo que necesitaban para su huida. Una mochila para cada uno en la cual transportaban comida y agua, además de alguna muda y abrigo para protegerse del frío de las noches. Les esperaba un camino duro hacia un destino desconocido. Escapar de la

ciudad no conllevaba mucha dificultad; sabían de sobra como hacerlo, conocían todas las rutas posibles para ello, pero lograr conseguir un refugio fuera de los muros sería lo difícil. Por mucho que Ian les intentaba convencer que había algo más allá del desierto que se expandía ante sus ojos, Peter lo dudaba. Siempre pensó que la Tierra era un erial y que la vida sólo era posible en la Megaciudades, pero ya nada se podía hacer, tocaba huir.

Lissette se despidió de Noe sin soltar la mano de su hija. La mantenía afianzada a ella, adoraba aquel nuevo tacto.

—Gracias— le dijo.

Noe le sonrió.

—Disfruta de tu nueva vida junto a ella. Sé que lo conseguiréis. Estoy convencido que todos los que han huido antes que vosotros están ahí fuera, en algún lugar esperándoos. Deseando vuestra llegada.

—Ven con nosotros, estás a tiempo. Sabes que es lo mejor.

Noe acarició la rubia y sedosa melena de la niña mientras miraba su cándida cara.

—¿Cómo se llama? ¿le has puesto nombre?

Lissette la miró también.

—Ella lo elegirá. Ya es toda una mujercita. Cuando haya dado con el que le guste me lo dirá, ¿verdad? —le preguntó.

La niña asintió sonriente.

—No es mala idea. Decídelo bien y con sabiduría. Te llamarán por él toda la vida y no todos los niños tienen esa oportunidad. Elegir su propio nombre es un gran regalo.

Y lo era. Tanto como la oportunidad de una vida nueva. Una vida elegida por si misma sin que fueran sus genes quienes dictaran su destino. Con esa idea marcharon del apartamento de Noe hacia las cloacas de Ciudad 33. Ellas le abrirían el paso hacia la libertad.

19

Mois curó las heridas de su cara, se cambió de traje y limpió con suma exquisitez una de sus pistolas. No quería que fallara en el peor momento, sabía que eso nunca ocurriría, pero, aun así, no deseaba que un error innecesario pudiera evitar arrebatarle la vida de aquellos a quienes

perseguía. Iba a ir a por Peter e Ian, no le importaba ningún otro nombre de la lista, ya los tacharía más adelante. Su prioridad era eliminarlos y luego, atrapar a la niña. Se lo dejó claro a Newman, sería suya, estaría bajo su protección, aunque no entendía bien los motivos. Pudiera ser que se sintiera reflejado en ella, que quisiera enmendar errores cometidos hacia él o simplemente que ocupara un lugar mejor que el que le podría corresponder. Ella era especial, tanto como lo era él. Cualquier Primogénico que antes de ser enviado a su destino se diera cuenta de quién era realmente y de lo qué quería, era un ser especial, muy superior a los demás Primogénicos e incluso a muchos de los que no lo eran. Cuando llamaron a su puerta supo que la escuadra de soldados que había solicitado ya estaba allí, esperando órdenes, y él se las dio. Fue claro y contundente. Acabar con ellos dos y con la madre si fuera necesario pero la niña, aquella Primogénica, debía salir indemne. Sin el más mínimo rasguño.

Menos de ocho horas de registros, caos, amenazas y sufrimientos, le bastaron para conseguir una dirección. Aquel minúsculo hombrecillo sintió tanto miedo cuando en su casa Mois le introdujo la pistola en la boca, que no tardó en decirle todo lo que sabía y quería oír, la dirección de Noe.

Ahora, el equipo de asalto se encontraba en la puerta de su apartamento, listo para volarla en mil pedazos y proceder al asalto. Cuando Mois dio la orden lo hicieron penetrando con violencia y al llegar al salón allí estaba ella; sentada en el sofá, tranquila, sonriente y dando una calada al cigarrillo que poco antes había encendido. Sabía que estaban fuera desde que llegaron.

—Espero que hayáis venido también con el equipo de limpieza. Odio tener que estar arreglando todo el estropicio que formáis cada vez que venís a verme. ¿No sería más fácil simplemente para todos tocar la puerta y que yo os abriera?

Con paso tranquilo, Mois se había ido abriendo paso entre los soldados, que, formando un semicírculo, no dejaban de apuntarla con sus fusiles. Sonriente, no podía evitar observarla. Se mantenía sentada delante de él, impávida, como si el estallido de la puerta no hubiera sido más que el petardeo de un viejo tubo de escape, y sumando delicadeza y sensualidad, exhaló nuevamente el humo de aquel pitillo justo hacia donde se encontraba él.

—¿Quién os ha mandado esta vez? Supongo que algún jefe de distrito, concejal o, ¿quizás el alcalde? Fuera quien fuese puedes ir a decirle que los secretos de cama se quedan ahí, en la cama. Por eso pagan. Para disfrutar y mantenerlo fuera del alcance de todos. Ahora puedes marcharte y decírselo. Os pediría que después cerrarais la puerta, pero…

Irónicamente sonrió a Mois mientras miraba el hueco vacío que acababa de dejar la explosión.

—No estoy aquí por ninguno de tus líos de cama.

—¿Entonces?

—Lo sabes de sobra.

Mois sacó la pistola de debajo de su chaqueta, pero no la encañonó. Simplemente dejó caer el brazo manteniéndola paralela a su pierna.

—¿Dónde están?

—¿Quiénes?

—Peter, Ian y la niña.

—No sé de qué me…

Un disparó resonó en la habitación y la sangre bañó el sofá. La bala había impactado en la rodilla derecha y ahora Noe gritaba llorando por el dolor.

—No quiero perder el tiempo contigo. Cuanto antes me digas aquello que quiero saber, antes acabará todo este sufrimiento, y si eres rápida, puede que sea benévolo y vivas.

—¡Eres un hijo de puta! —gritó con furia mientras taponaba con fuerza la herida evitando desangrarse. —No sé de qué me estás hablando!

Otro disparo y una bala entrando en su hombro izquierdo hizo que diera de espaldas contra su asiento. Lloraba, pero no se movía; aquel dolor era tan fuerte, tan agudo, que se lo impedía. Mois se sentó a su lado, justo pegado a la rodilla perforada mirándola fijamente a la cara.

Las lágrimas habían corrido su rímel, y la pintura que embellecía su cara, iba también desvaneciéndose bajo sus lágrimas. En el fondo sentía pena por ella.

— ¿Vas a morir por ellos?, ¿en serio? Yo moriría por muchas cosas en mi vida. Por cumplir la misión, por mis valores, por Ciudad 33. Pero, ¿sabes por quién nunca moriría?

Noe, simplemente girando los ojos, le miró esperando una respuesta.

—Por dos traidores. Vas a dar la vida por dos traidores. Solamente por eso debería haberte disparado directamente en el corazón nada más entrar aquí. Te estoy dando la oportunidad que vivas, ningún otro Slayer lo

hubiera hecho. Dime, ¿dónde están?

Noe se mantenía en silencio y el dolor volvió a invadir su ya débil cuerpo. Mois había introducido el cañón del arma por la herida de la rodilla y no paró hasta que el hueso la freno.

—¡Dímelo! ¿Por dónde quieren escapar? ¿Tienen transporte aéreo o van a usar las alcantarillas como unas miserables ratas?

Noe no supo cómo lo adivinó. Quizás inconscientemente el dolor produjo que su cara reaccionara al darle dos opciones sin habérselo ella permitido voluntariamente, pero el dolor cesó.

—Como ratas. Entiendo.

Antes de levantarse, limpió el cañón del arma contra el traje de ella dejándole un rastro de sangre que cruzaba parte del abdomen. Un nuevo disparó sonó y Noe expulsó un grito mudo, inaudible. Una bala le había atravesado el estómago.

—Debiste ser más rápida, te lo dije. Lástima que ahora debas morir lentamente.

Apenas sin fuerzas, y lentamente, arrastró su mano al teléfono móvil que descansaba en una mesita de cristal pegada al sofá. Mois negó sarcásticamente con la cabeza.

—No te molestes en pedir ayuda, no vendrán, ya he dado la orden. Lo mejor será que te recuestes y esperes a que todo pase. En un momento descansarás por fin, creo que realmente lo necesitas.

Noe se acostó mientras veía como Mois abandonaba el apartamento seguido por los soldados. Solo uno se mantuvo junto a ella, seguía apuntándole y deseaba que le disparara una vez más para acabar ya con tanto dolor. Con el teléfono pegado a su pecho comenzó a escribir un mensaje y tras unos segundos apretó el botón de enviar. Tras hacerlo, vio desvanecerse todo a su alrededor.

20

Ian conocía al dedillo aquel largo túnel por el que ahora corrían desesperadamente en su huida. No hacía mucho que estuvo allí y los fantasmas volvieron a su mente. La vibración del móvil le ayudó a escapar brevemente de ellos, y tras cogerlo, comprobó que se trataba de un corto mensaje, “Lo siento”. Corriendo al lado de Peter, y con Lissette y la niña tras ellos, le dio la noticia.

—Noe ha muerto.

Peter sabía que tarde o temprano ocurriría algo así.

—No debió quedarse. Tuvo que haber venido con nosotros.

—Se lo pedí, pero no quiso. Creo que deseaba tener ese final.

Peter cortó la conversación sobre Noe indicándole con la mano una luz diferente al final de aquel gélido túnel.

—¿La salida? — preguntó.

Ian le contestó con un sí y Peter exhaló un suspiro de desahogo.

—Por fin. En toda mi vida jamás había puesto un pie en este lugar. Pensé que nunca acabaría este maldito túnel, pero por fortuna tú lo conocías.

—Sí, estuve aquí hace unos meses.

Al acercarse a la salida Ian le hizo una petición.

—Intenta no juzgarme cuando salgamos.

A Peter le extrañó aquella suplica por parte de su compañero, pero se distrajo de ella cuando la luz le cegó momentáneamente al poner los pies fuera del túnel. Tras recuperarla, frenó la carrera y dio sentido a sus palabras. Dos cuerpos ya cadavéricos y resecos por el sol yacían juntos, a pocos centímetros el uno del otro, mientras los cuatro, ya parados a su alrededor, observaban la tétrica escena. Sus ropas salvajemente agujereadas por impactos de balas dejaban pasar el reseco aire que comenzaba a soplar dando la sensación que quizás todavía pudieran estar respirando, pero no era así. Lissette comenzó a alejarse con su hija y Peter, sin apartar la mirada de esas dos manos que nunca lograron tocarse, no sabía cómo pedirle explicaciones de todo aquello a Ian.

—¿Son?

Ian lo confirmó.

—Sí, son ellos.

—Dijiste que intentaron acabar contigo y tus soldados, pero esto es una ejecución en toda regla. ¡Joder Ian! ¿Qué demonios hiciste aquí? — terminó preguntando enfadado.

No pudo articular palabra para responderle y menos cuando Peter le miró con esos ojos llenos de odio. Tras ello, desistió en su intento de darle

alguna explicación. Mientras reanudaban la carrera lloraba en silencio, y sus ojos enrojecidos dejaron brotar lagrimas que comenzaban a rodar por sus mejillas. Avanzó en busca de Lissette, y desde la distancia, Peter escuchó como le pedía perdón. Ian sabía que podía haber matado a los Primogénicos y dejarles escapar, pero quizás le hubieran descubierto y el Ministerio podía haberse dado cuenta de que ya sabía el secreto, aquel nefasto y destructivo secreto. También, podía haberlos detenido, pero les odiaba. Quizás las drogas en las que estuvo sumergido durante meses acrecentaron también el odio que sentía en el pasado hacia aquella pareja por la que sintió tanto dolor y frustración, aunque probablemente estaba buscando la manera de justificar su muerte.

—Peter, si mantenemos este paso llegaremos en una hora donde escondí el vehículo. Está tras aquella colina. Llegaremos allí justo cuando empiece a anochecer.

Peter corría con Ian a su lado, incapaz de mirarle y menos de responderle. Jamás pensó que los hubiera asesinado de aquella manera, creyó sus palabras diciendo que actuó en defensa propia; era lógico, en aquel momento era su amigo, y ahora, sin necesidad de hacerlo, estaba jugándose la vida por salvarle tanto a él, como a Lissette y a su hija.

—¿Estás bien?

Ian le respondió agradeciendo aquella pregunta.

—No, pero ya da igual. Sonará típico, pero ojalá pudiera hacer retroceder el tiempo. Habría evitado tantos asesinatos e injusticias. Que ciego he estado Peter. Yo y todos los que hemos formado parte de esto.

Peter no le respondió limitándose a pensar en sus palabras a la vez que aceleraba el paso. Hasta cierto punto entendía su sentimiento actual, su decaimiento, pero no comprendía su actitud pasada ni sus más que reprobables acciones. Comenzó a sentirse enfadado con aquél que durante mucho tiempo consideró como a un hermano y que ahora intentaba meterlo en el mismo saco, justificando así sus horribles acciones, pero no, él no era así. Nunca se le había pasado por la cabeza terminar con los que debía perseguir de la misma cruenta manera que hizo Ian, y frenó en seco su carrera.

A los pocos metros, Ian hizo lo mismo extrañado por la acción de Peter, y girándose volvió a su encuentro.

—¿Te ocurre algo amigo?

La respuesta fue contundente; acabando con Ian de espaldas en el arenoso suelo del páramo. Peter saboreó aquel puñetazo que le supo a

gloria, tanto, que ni siquiera notó dolor en sus nudillos tras propinárselo.

—¿Amigo? En verdad tienes valor cuando me llamas amigo y luego intentas compararme contigo. Eras un agente de capturas y no un asesino, aunque creo que me equivoco. ¿Acaso me vistes alguna vez hacer algo así? ¡No! —gritó— Nunca se me habría ocurrido haber acabado con la vida de alguien. Incluso cuando me recibían con disparos, e intentaban terminar con mi vida, yo solo me preocupaba en preservar las suyas; y me dices que soy igual que tú, que he estado ciego. ¿Sabes?, creo que sí es verdad que lo he estado, pero solo contigo.

Ian con una mano intentando paliar el dolor de su cara se limitaba a observarle sin mediar palabra. ¿Qué podía decirle? Peter tenía razón. Jamás acabó con la vida de nadie y en más de una ocasión se llevó la peor parte en las detenciones que hacía, y él, para intentar apaciguar su culpa y sus fantasmas, intentó meterlo en el mismo saco.

—Peter— murmuró dolorido—, yo…

No pudo continuar. Un grito advirtiéndole de una visita inesperada les volvió a traer a la realidad, y mirando en la dirección que Lissette les indicaba, observaron dos pequeños puntos flotando a varios metros en el horizonte provocando una ligera columna de tierra.

— Drones de caza y captura — sentenció Peter mientras agudizaba su vista a la vez que de la mochila sacaba un pequeño prismático. Conocía su eficacia y el daño que hacían pero no entendía como podían haberles localizado tan pronto— Ahora si estamos jodidos.

Mientras Peter pensaba como solventar lo que les venia encima Ian introdujo la mano en su bolsillo y saco su telefono móvil, estaba encendido.

—Ha sido culpa mia. Debí apagarlo cuando recibí el mensaje de Noe y antes de salir del túnel. Deben haber detectado su señal y no creo que hayan más teléfonos fuera de las murallas. Joder, soy un puto inútil.

Levantándose aún dolorido miró en la misma dirección de Ian y observó en la lejanía como las dos columnas seguían avanzando con rapidez.

—No hay tiempo Ian. Me quedaré aquí esperándolos. No creo que me eliminen, solo me dejarán fuera de combate hasta que envían alguna patrulla a por mi. Querrán saber como escapamos y hacia donde íbamos pero no te preocupes, no les diré nada. Os lo debo. Ahora iros.

Ian dudaba que aquella fuera la mejor opción. Al fin y al cabo eran dos drones y si uno decidía seguir la búsqueda su sacrificio habría sido en

vano y quizás necesitara de su ayuda más adelante.

—Lanza el móvil hacia ellos lo más fuerte que puedas y vámonos de aquí. Si nos atrapan mejor que lo hagan manteniéndonos juntos. Tu llevas un arma y yo también así que tenemos una oportunidad para poder intentar acabar con ellos y evitar luego las fuerzas de tierra si llegamos al vehículo. Venga, lánzalo y salgamos ya de aquí.

Era una locura pero la fuerza en las palabras que oía salir de su boca le daban confianza para hacer lo que le pidió. Con fuerza lanzó el teléfono hacia su dirección y salieron corriendo siguiendo el camino que les llevará hacia aquella libertad tan deseada.

—Peter, creo que tardarán unos 20 minutos en llegar hasta el teléfono y quizás otros diez en que sus algoritmos les den posibles rutas para seguirnos. Dudo que está no sea la primera teniendo en cuenta la proximidad de las colinas.

Peter había hecho los mismos cálculos y deseaba que aquellos drones optaran por otra ruta y no por la suya, pero aquella opción era difícil de convertirse en realidad.

—Lo sé, pero ahora tenemos que apretar en la carrera. Si nos mantenemos así es posible que lleguemos a la base de la colina casi a la par y allí quizás podamos encontrar un refugio para ocultarnos o que nos sirva para emboscarlos, ¿no sé? Lo mejor es no pensarlo hasta que lleguemos.

Y así lo hicieron.

Estaban a casi una hora si mantenían la carrera. En treinta minutos verían si los drones les seguirían en su huida así que intentaron mantener su acelerado paso todo lo que pudieron. Cuando llegaron al meridiano de su tiempo de salvación Ian freno y se dio la vuelta volviendo a observar el horizonte con aquellos pequeños prismáticos una vez más. Tembló. Los drones habían optado por seguir aquel algoritmo que indicaba su más que lógico recorrido. Reanudando la marcha alcanzó nuevamente a Ian que ayudaba dando ánimos a Lissette.

—Queda menos, debes aguantar y no aflojar la carrera.

Ella con su mirada quería hacerle saber que lo intentaría, pero dudaba que lo consiguiera. Ian se dirigió a Peter cuando lo notó a su lado.

—Probablemente tengamos que llevar a cuestas a Lissette, no creo que pueda aguantar. Esos drones nos van a alcanzar antes que lleguemos a

refugió.

—Lo sé, pero si no lo conseguimos tendremos que ser nosotros quienes se adelanten en el ataque.

—Es una locura, pero tienes razón. ¿Qué has pensado?

Ian conocía de sobra las técnicas que usaban los drones para la caza o captura y debía usar su conocimiento para intentar acabar con ellos, aunque sabía también sobradamente que les costaría salir sin un rasguño cuando intentaran eliminarlos.

— Al ser dos supongo que primero nos cortarán el paso, luego nos rodearán en círculo para agruparnos y finalmente o bien nos dejarán fuera de combate o…

—O acabaremos muertos.

—Sí. Esperemos por nuestro bien que sea lo primero.

Por la cabeza de Ian surgió un pensamiento, aunque la crueldad del mismo le impidió durante un instante decirlo pero finalmente claudicó

—Quizás… quizás podríamos usar a la niña.

Peter sin dejar de correr lo miro extrañado. Una vez más las palabras de Ian le cogían de imprevito.

—¿Usarla?, no te entiendo.

—Esa cria tiene algo especial, tú y yo lo sabemos. ¿Una Primogénica soldado? Debe ser la única que exista, o por lo menos la única que yo sepa de su existencia. ¿O no piensas lo mismo? Dudo mucho que los drones que nos persiguen tengan la intensión de dañarla, al contrario que a nosotros.

En el fondo de si, Peter vio algo de lógica en las palabras de Ian. Él tampoco había visto nunca una Primogénica soldado y teniendo en cuenta que las hembras de Primogénico siempre eran más efectivas que los varones en todos los puestos a los que se les asignaba, aquella pequeña podría convertirse en una militar devastadora.

—¿Qué propones?

Ian sonrió

—Cuando esos drones nos rodeen usaremos a la niña parapetándonos tras de ella con el que tengamos frente a nosotros y luego ambos

dispararemos al que quede a nuestras espaldas. Con la potencia de fuego de ambos seguro que lo derribaremos con pocos impactos y luego seguiríamos usándola de escudo contra el que nos queda. No disparará, estoy seguro.

—Es un suicidio.

—No lo creo. Estoy seguro que funcionará. Esos drones son los del modelo 6, los que parecen platillos volantes achatados y con una sola hélice en el centro. Si disparándoles consigo que se eleven de un lado podré dejarte una línea de tiro perfecta hacia la hélice y si aciertas, caerá al instante sin poder usar su arma.

Peter seguía dudando del que ahora le parecía un descabellado plan.

— ¿Y si fallo?

— ¿Tú? Eres de los mejores tiradores que conozco y que posee el Ministerio. Nunca fallarías si consigo posicionarte el dron a tiro. Si centro los disparos sobre un único sitio se escorará para evitarlos retrocediendo y cambiando de posición. Ese será el momento en el que podrás derribarle.

Peter continuaba sin verlo tan claro como Ian.

—Es un buen plan.

La voz dulce y sin resuello pese a no haber parado de correr desde que se fugaron les cogió por sorpresa. Lo había escuchado todo desde que Ian comenzó a proponerlo y sabía que podría haber una oportunidad si lo llevaran a cabo.

—Él tiene razón. Si lo haces como ha planeado es probable que podamos derribar a los Clase 6. Sé que son ellos quienes nos persiguen aunque no los haya llegado a ver pero. Si conseguís que se escore disparándole y queda a tiro la hélice central, un solo acierto en ella lo derribará.

Ian miró sonriendo a Peter.

—Si ella está de acuerdo, no creo que haya ningún problema para…

—Buscaos otro plan porque no vais a ponerla en peligro. No la perderé otra vez. Me escucháis.

Lissette tajante volvió a agarrar con fuerza el brazo de la niña y continuó la carrera.

—Pensar en otra idea. Refugiarnos en las rocas de la colina y dispararle, poner de escudo a Ian, no sé…lo que sí os puedo asegurar es que no vais

a ponerla en peligro.

— ¿Ian?

Peter dirigiéndole su mirada pedía que la convenciera. Era la única posibilidad factible para que los cuatro sobrevivieran y ahora Ian, tras la respuesta de la niña estaba más que convencido. Agarrando el otro brazo de la niña frenó en seco y Lissette se soltó. Girándose no pudo más que preguntar qué estaba haciendo.

—Hago lo correcto Lissette. Hasta ella piensa lo mismo —respondió mirando a la niña.

— ¡No! — gritó Lissette intentando una vez más agarrarla pero esta vez fue la niña quien evitó que lo hiciera.

—Debes dejar que lo intentemos. A mi no me ocurrirá nada, al contrario que a vosotros. Si no lo hacemos, los tres moriréis, a mí me devolverán a la ciudad amurallada y no quiero que nada de eso ocurra.

—Pero…

Soltando la mano de Peter se aproximó a su madre.

—No quiero perderte ahora que te he encontrado.

Lissette no pudo evitar llorar desconsoladamente mientras se abalanzó con cariño abrazándola como nunca había hecho con nadie antes.

Peter e Ian miraban la escena en silencio. La sangre fría que mostraba aquella primogénica les hacía ver que realmente era única, especial.

— Debemos continuar— dijo separando levemente su cara de la de Lissette — Es importante intentar llegar a la colina antes que nos alcancen. Allí tendremos más oportunidades para eliminarlos.

Lissette entre lágrimas y algún ligero sollozo esbozó una sonrisa hacia su hija. Era valiente, mucho más que ella aunque quizás, alguno de los genes que compartía con esa aparente frágil niña podría también estar dentro de ella.

Asintió y esta vez fue su hija quien la afianzó con fuerza de la mano entrelazando los dedos con los suyos y comenzó a tirar de ella en una última carrera hacia su salvación.

—Creo que deberíamos hacer lo mismo.

—No pienso darte la mano— respondió Peter sonriendo.

Peter le devolvió la sonrisa mientras reanudaban la carrera. Se sintió algo liberado con el chiste de Ian, era como en los viejos tiempos. Dos compañeros juntos pero esta vez no corrían en busca de nadie sino para salvar su propia vida. Ahora estaban al otro lado y era una sensación extraña. No eran cazadores sino presas y sentía el miedo de todos aquellos a los que antes había perseguido. No le gustaba esa sensación y si quería sobrevivir deberían cambiar los papeles en el momento justo, en el momento que fueran a ser atrapados por aquellos drones que ahora suplantaban el papel que tanto tiempo habían hecho ellos antes.

La fatiga y el calor se hacía cada vez más palpable en ellos. Sus cuerpos poco a poco iban cayendo en el agotamiento y sus carrera pasó a convertirse en un caótico trote que solamente cambia de ritmo cuando aquella niña iba por turnos agarrándoles tirando de ellos. Cuando lo hizo con Ian, éste no pudo evitar preguntárselo.

—¿Acaso nunca te cansas? Quizás deberías abandonarnos y salvarte tú.

La primogénica ni tan siquiera le miró al responderle.

—En estos momentos mi vida depende tanto de vuestra supervivencia como la vuestra depende de la mía. Necesito saber y para saber, necesito vivir.

Ian acogió con extrañeza aquella respuesta.

—¿Saber?

—Míralos.

La niña señaló a Peter quien ahora arrastraba ayudando en la huida a Lissette.

—Son unos completos desconocidos para mí pero sin embargo algo me obliga a protegerlos y saber de ellos. Los abrazos que ella me da me reconfortan y al lado de él me siento protegida aun sabiendo que yo soy más fuerte. Tengo la extraña sensación de protegerles también además de saber de ellos, de sus vidas y quizás saber por qué…

La niña dejó de hablar e Ian supuso el motivo.

—¿Por qué te entregaron?

Ella asintió.

— No son culpables de haberlo hecho, la ley los obligaba. Quizás sea una excusa banal pero si te pones en su lugar quizás puedas entenderlo y creo que tú tienes la capacidad para hacerlo más que cualquier de nosotros. Los Primogénicos sois modificados genéticamente para determinados trabajos y se os implantan unas ideas y pensamientos acordes a vuestras funciones, tus padres no se diferencian mucho de ti. Desde niños se les educó en la filosofía de Quimera y el orden establecido en las mega-ciudades, un orden en el que el sacrificio de su primer hijo ayudaba a salvarlos a todos y eso les engrandecía. Un sacrificio que realmente no suponía un peso para sus conciencias porque estaba justificado por la necesidad de una supervivencia global y a veces pienso si esa supervivencia era necesaria. Yo era igual, igual que tus padres e igual que los millones de habitantes de esos malditos hormigueros humanos pero afortunadamente conseguí cambiar y ellos siguen ese mismo camino. Solo hay que tener paciencia.

La primogénica simplemente asintió mientras seguía corriendo. Quería saber, quería conocer y sobre todo quería entender. Ahora, la posibilidad de conseguirlo solo dependía de eliminar aquella amenaza que les seguía y que se aproximaba cada vez más por mucho que corrieran, tanto, que a pocos metros de llegar al pie de la colina uno de los drones les adelantó haciéndoles frenarse en seco.

Era momento de actuar.

Adelantando rápidamente a sus padres la niña abrió los brazos en cruz intentando cubrir en todo lo posible a Lissette mientras Ian y Peter, usándola de escudo y rodilla en tierra, apuntaban hacia el segundo dron que ya se encontraba a pocos metros de ellos. Por unos segundos el plan parecía que iba a surtir efecto. El dron que les había frenado se recolocaba frente a ellos constantemente dando la impresión que buscaba un disparo limpio evitando poder dañar a la primogénica y viéndolo Ian y Peter hicieron su parte.

Ian centró el fuego sobre el frente del dron que ya se había parado frente a ellos consiguiendo que como había predicho, este se escorara dejando a la vista la hélice central que lo sustentaba y Peter disparó varias veces. Los proyectiles no produjeron ningún daño en ella y el aparato se volvió a recolocar localizando sus objetivos. Aterrados dispararon sin cesar sus armas con la esperanza de poder derribarlo pero el blindaje era muy superior al poder de sus proyectiles y en pocos segundos ambas se silenciaron. La munición se había agotado.

Ian enfadado lanzó su pistola contra el dron sin llegar si quiera a tocarlo mientras lo maldecía.

—¡Acaba ya con esto maldito bastardo!¡A qué esperas!

El dron descendió a su altura acercándose a escasos metros de él. Ian escuchó como el mecanismo de su armamento se activaba y cerró los ojos. .

21

Ian observaba el dron que ahora yacía humeante a sus pies. Tras escuchar la detonación no entendió como podía seguir respirando y al abrir los ojos vio que el dron había caído al suelo con un enorme agujero que lo atravesaba por su flanco. Otra fuerte explosión le hizo agachar la cabeza y el segundo dron que se había mantenido frenándoles el paso terminó teniendo el mismo destino que su compañero. Ninguno de los cuatro entendía que estaba ocurriendo y no cesaban de mirar a su alrededor.

Una voz hizo que miraran hacia el pie de la colina.

—Gracias por las presas.

Camuflados bajo la arena dos siluetas emergieron vestidos con ropajes. Portando largos y pesados fusiles se acercaron a ellos. Aunque no les apuntaban ninguno de los cuatro se movió un ápice, bien por miedo a que vieran una posible agresión en un movimiento extraño o bien porque seguían impactados por lo que había sucedido. En aquel lugar solo deberían haber encontrado el vehículo que usarían para escapar y aquellos dos desconocidos les habían salvado la vida. Dos personas en un lugar donde no debería haber un ser vivo. Dos individuos que les habían salvado la vida y avanzaban amistosamente a su encuentro.. Cuando llegaron frente a ellos ambos descubrieron sus cabezas de las telas que les cubrían y les habían servido de camuflaje. Un hombre de unos sesenta años, profusa barba blanca y pelo largo del mismo color y una adolescente de tez morena y pelo oscuro les sonrieron. Ambos mostraron sus manos esperando que fueran estrechadas por aquellos que habían rescatados. Peter fue el primero en hacerlo.

—Gracias. Nos habéis salvado.

El hombre le regaló una espléndida sonrisa mientras apretaba con fuerza su mano.

— Gracias a vosotros- dijo riendo- Ha sido fantástico disparar a esos dos engendros, hacía mucho tiempo que no acabábamos con ninguno y ha

sido rejuvenecedor. Mi nombre es Owen y ella es Yesai, mi hija.

Peter afianzó la mano de ella mientras le mostraba el mismo agradecimiento que segundos antes había hecho con su padre. Después Ian hizo lo mismo seguida por Lissette que tras la caída de los drones había vuelto a agarrar la mano de su hija con fuerza.

—Es una de ellos, ¿verdad? Es una Primogénica.

El tono de la pregunta de Owen no fue amenazante, más bien mostraba una extremada curiosidad en el fondo pero aun así Peter se intranquilizó.

—Sí. ¿Supone algún problema para vosotros?

Owen volvió a sonreírle.

—Todo lo contrario. Ella también lo es— respondió señalando con la vista a su hija. Llevábamos un día esperando vuestra llegada, desde que localizamos el que seguro iba a ser vuestro transporte tras la colina.

—¿Iba? ¿Cómo que iba?, es nuestro transporte para salir de aquí.

—Ahora forma parte de la colonia- respondió Yesai

—Al igual que vosotros— continuó Owen con tono relajado—, pero solo si así lo queréis.

Los cuatro se miraron sin saber qué decirse hasta que Peter rompió el silencio.

—¿Colonia?

Owen asintió.

—Lo mejor será que la veáis por vosotros mismos y luego decidáis. Allí podréis descansar para luego reuniros con el Consejo así que lo más oportuno es aprovechar y marcharnos ya. Son casi dos días de viaje. Tendremos tiempo para hablar durante el trayecto.

Dejando atrás los humeantes restos de los drones se dirigieron hacia la posición donde mantenían escondido el transporte para iniciar el camino hacia la colonia. El ser un vehículo solar les habría permitido moverse a cualquier lugar en busca de refugio pero ahora su destino estaba predeterminado por aquellas dos personas que a su manera habían confiscado su medio de transporte para un fin mayor que el suyo, y en el fondo, no les importaba.

Tenían curiosidad por saber de aquellos que vivían fuera de las ciudades amuralladas. Peter, sentado en el asiento de copiloto estudiaba a Owen mientras conducía, lo veía sano para su edad teniendo en cuenta que las condiciones fuera del refugio que proporcionaban las ciudades no eran buenas, falta de comida, la ausencia de drones que los protegiera de los fatídicos agujeros en la capa de ozono, pero allí estaba frente a él, aparentemente sano y lleno de energía aunque para ser sincero también había visto dentro de ella a cientos de personas en peores condiciones que él.

—Me gustaría preguntarte algo Owen.

—Tú dirás, pregunta lo que quieras.

—¿Cuánto tiempo llevas tras la muralla? Ya presupongo que no naciste fuera porque tu hija es una Primogénica, entonces creo que probablemente lleves como mínimo su edad.

Owen le sonrió mientras por el retrovisor lanzó una mirada a su hija que observaba el exterior desde su asiento.

—Diecisiete años, seis meses, y contando con el día de hoy, tres semanas.

Tanta exactitud sorprendió a Ian y Owen lo vio en la expresión de su cara.

—No debería asómbrate tanto que una persona sepa con tanta exactitud el tiempo que lleva en libertad, porque eso fue lo que pasó. Fui libre después de décadas creyendo las mentiras de Quimera.

—¿Y cómo lo averiguaste?

Owen se mantuvo en silencio unos segundos mirando fijamente el horizonte tras el volante para luego continuar hablando.

—Era instructor de combate de los Primogénicos que iban destinados a ser soldados y quizás todo seguiría igual si no fuera por ella.

—¿Por tu hija?

Owen asintió.

—Quise estar en el parto de mi Primogénico y por mi condición no tuve problemas en que me concedieran el permiso para hacerlo. Mi esposa siempre fue delicada y quería estar con ella para que así notara mi presencia y supiera que todo iba a ir bien, que nuestra vida mejoraría más todavía, pero algo fue mal. Murió intentando dar a luz. Parecía que no

quisiera salir y no la culpo.

Volvió a mirar por el retrovisor una vez más a su hija.

—Cuando le hicieron la cesárea para extraerla mi mujer se había agotado tanto que su corazón simplemente dejó de latir. Una enfermera me dijo que aguantara a la que era mi Primogénica mientras intentaban reanimarla y obedecí. Fue extraño. Ella yacía muerta mientras intentaban devolverle a la vida y yo tenía entre mis brazos la vida que había traído a este mundo. Durante un instante quise acabar con ella al igual que lo había hecho con su madre pero cuando la miré algo ocurrió y todavía no sé el qué. Simplemente salí corriendo abrazándola entre mis brazos y huí. Estuve casi un año vagando hasta que encontré por casualidad la colonia y desde entonces estamos con ellos. Es curioso. Si su madre no hubiera fallecido en el parto ahora sería una de esos primogénicos destinados a las granjas y fíjate en ella, se ha convertido en toda una guerrera.

Tras decir esto volvió a mirar por el retrovisor intentando fijarse en la niña que acurrucada sobre Lissette dormía plácidamente.

— La niña que elegirá su nombre—dijo sonriéndose— Esa cría es especial, ¿verdad? Os estuvimos estudiando mientras avanzabais hacia nuestra posición y pude comprobar que es más que una niñita indefensa, sobre todo al verla protegiéndoos contra los drones usando su cuerpo como escudo.

Peter asintió.

—Sí, es especial. De hecho es una soldado.

Owen se sorprendió con las palabras de Peter y volviéndola a mirar a través del espejo se maravilló.

—¡Una Primogénica soldado!, una hembra guerrera. ¿Cuántas veces ocurre eso?, en el tiempo que estuve entrenandolos nunca vi una. Buen, miento, tuve a dos pero ninguna pasó la formación completa. Ni induciéndoles esos caracteres en sus genes pudieron conseguirlo, en cambio, yo sí pude transformar a una agricultora en un soldado. Si ha llegado a esa edad pasando la formación en verdad si debe ser espacial.

—No solo eso. Es especial de verdad.

—Explícate.

—No se mueve como un soldado, se mueve mejor que ellos y cuando fuimos a buscarla sabía que estábamos haciéndolo, nos esperaba. Guarda dentro de ella algo que todavía desconozco, algo que la hace especial y

por eso la buscan con tanta ansia.

—¿Tú crees?

—Sí, acaso vistes que enviaran drones alguna vez tan lejos para buscar prófugos.

—No, ni en los tiempos de mayores restricciones vi que enviaran drones tan lejos de las ciudades, aunque quizás fuera por ti y tu compañero.

—Lo dudo.

Peter le respondió negando con la cabeza. Ellos eran dos simples funcionarios del Ministerio. Sí, en su momento estaban considerados de entre los mejores pero no creía que fuera por ellos y menos sabiendo que un Slayer iba tras ellos también.

Saliendo de su pensamiento volvió a mirar a su alrededor y el paisaje seguía igual, extenso, llano, desértico. En la lejanía nada le hacía ver su destino y preguntó.

—¿Cuándo llegaremos?

—Ya hemos llegado. Bienvenidos a la Colonia.

Notaron como el vehículo sin aminorar la velocidad comenzaba a descender y el perfil del horizonte desapareció sin casi darse cuenta.

22

Fue un descenso circular y rápido, sin atropellos ni baches, y mientras lo hacían, el fondo de aquella camuflada hoya en medio del desierto mostraba su secreto, un oasis de vida. Huertas escalonadas, sistemas de riego que subían el agua desde la laguna que predominaba en su fondo y las hacían fértiles, el melodioso canto de aves que entre arboles jugaban persiguiéndose unos a otros y cabañas fabricadas de distintos materiales pero todas pintadas como la vegetación que les rodeaba hacían de aquel lugar algo irreal pero que estaba allí, frente a ellos.

Owen rió a carcajadas cuando una a una fue apreciando las caras de sus pasajeros.

—Deberíais veros, estáis desencajados.

Peter tardó en reaccionar, no podía apartar la vista de lo que emergía a cada segundo ante sus ojos. Aquello era increible. Si era posible la vida metidos en aquel agujero eso significaba que también podría existir en

otros sitios más alejados y fértiles.

—Owen, ¿cómo es posible?

Owen volvió a reir.

—La madre naturaleza Peter. La madre naturaleza siempre ha dado al hombre lo que ha necesitado, aunque nosotros nos empeñáramos en destruirla una y otra vez, y con nosotros volvió a hacerlo.

—Pero todo esto, ¡el agua!

—Donde hay agua hay vida. Esta hoya no es natural, debió ser una mina a cielo abierto, pero escarbaron tan profundo que dieron con un manantial de agua que probablemente fue lo que paró que siguieran, eso o tuvieron que parar como muchos tras la desaparición de la capa de ozono. No lo tenemos muy claro pero lo importante es que ahora aquí hay vida y nosotros somos parte de ella. Nosotros y si queréis también vosotros. En la colonia hay espacio para todos.

Lanzando nuevamente la vista hacia el exterior del vehículo Peter siguió empapándose de lo que veía. A mitad de camino encontró gente que trabajaba en las huertas y les saludaban, otros daban pastos en corrales a cabras y vacas pero cuando vio niños que jugaban tirándose en aquel lago central no volvió a dirigirse a Owen pero está vez la respuesta llegó sin tener que preguntar.

—Excepto mi hija no hay ningún Primogénico entre los niños que ves ahí abajo.

—¿Todos?

—Todos han nacido en libertar, sanos, y ellos serán los que dirijan su propio destino.

—Eso es…

Owen le interrumpió

—¿Una locura?

—No, es extraño, pero a la vez sería maravilloso.

—No hables de futuro Peter, aquí ya ha ocurrido. La Colonia tiene cincuenta años de existencia, ya hay alguna que otra generación que ha decidido lo que quiere hacer por sí mismo.

Peter volvió a mirar al exterior. Cincuenta años de libertad mientras otras personas vivían en una mentira que probablemente acabaría con sus vidas en breve.

El todo terreno frenó en la base de la hoya. Cuando bajaron en el centro de aquella plaza de tierra un nutrido grupo de personas salió a su encuentro y los saludos y abrazos comenzaron. Les felicitaban por su huida y todos, uno por uno les iban dando la bienvenida. Tras unos minutos así una voz surgió de entre todos.

—Me alegra ver que tenemos nuevos miembros en la Colonia. Todos sois bienvenidos.

Un hombre de complexión corpulenta que vestía uniforme militar árido se acercó a ellos mostrando una gran sonrisa a la vez que les ofrecía su mano. Uno a uno fue recibiéndolos con un fuerte apretón de mano mientras se presentaba.

—Soy Sam y quiero daros la bienvenida. Espero que el viaje no haya sido muy ajetreado aunque no conozco a ningún escapado que haya disfrutado de una huida placentera.

—Gracias a Owen y a su hija pudimos contarlo, es cierto.

—¿Muchos problemas Owen?

—Un par de drones localizaron su rastro y les persiguieron pero acabamos con ellos antes de que los mataran.

—¿Drones?

La cara de Sam mostró un ligero gesto de preocupación.

—Sí, pero no te preocupes — Owen, con tono tranquilizador finalizó la frase—, nadie nos ha seguido. Hemos estado muy pendientes durante el trayecto de vigilar nuestra retaguardia y sabes que si hubiera sospechado algo no habríamos venido.

Sam volvió a mirar al nutrido.

—Vale. Aun así y por seguridad vamos a doblar la guardia del perímetro durante las próximas veinticuatro horas y que unas patrullas salgan a hacer unas rondas. Toda prevención es poca.

—Podemos ayudar si lo deseas.

Sam dirigió la mirada hacia Ian para agradecerle el ofrecimiento.

—Por ahora lo mejor es que comáis y descanséis. Ya habrá tiempo de ayudar en las labores cotidianas, todo a su debido tiempo. Owen, llévalos para que se aseen y luego que les den de comer. Si me necesitas ya sabes dónde encontrarme.

Owen asintió dirigiendo ahora sus palabras hacia ellos.

—Pues ya habéis oído. No hay nada como un buen baño y una comida de abuela Susan. Os va a encantar Esa mujer cocina como los ángeles.

— ¿Comida caliente y recién hecha?— preguntó Ian sonriente.

—La mejor que hayáis probado nunca. Os lo aseguro.

Tras bañarse les dejaron ropas mientras lavaban las suyas y se desplazaron a una cabaña de grandes dimensiones que usaban de cocina y comedor. Dieron buena fe de las palabras de Owen sobre la comida, les resultó deliciosa aunque Ian era reticente en preguntar de que sería la carne que estaban comiendo porque tampoco habían visto muchos animales de corral por los alrededores. Owen bromeó socarronamente diciendo que últimamente no había muerto nadie en la Colonia así que podía estar tranquilo. Todos rieron aunque Ian apartó los pocos pedazos que le quedaban prolongando aún mas las carcajadas.

El finalizar el copioso almuerzo descansaron. La tarde dentro que aquel gran agujero perforado en la tierra era fresca, el lago interior lo mantenía así y aprovecharon para tumbarse bajo la sombra de una espesa arboleda. Los pájaros no cesaban con sus constantes cantos y ellos se sentían descansados, tranquilos, protegidos.

—¿Y ahora?

Peter apoyado en el tronco de un árbol se giró para responder a Ian quien acostado se embelesaba viendo pasar rayos de sol entre los huecos que el viento iba creando entre las hojas.

—¿Ahora? No sé. Quizás deberíamos hablar con Sam y quedarnos una temporada aquí. Tenemos que hacer muchas preguntas, sobre todo las que se refieren a saber si hay más colonias o zonas donde sea factible vivir o esconderse.

—¿Y por qué no quedarnos y formar parte de esto? Debes reconocer que se lo han montado de maravilla aquí, y llevan años por lo que has visto. Personalmente creo que es la mejor opción.

—Estamos demasiado cerca de Ciudad 33. Si esos malnacidos deciden perseguirnos podrían encontrarnos. Además, debemos saber si hay más posibilidades fuera de aquí.

—Pues yo sigo pensando que deberíamos quedarnos. Sabes que nunca nadie ha salido tan lejos persiguiendo prófugos.

—Nadie antes había huido con una Primogénica como ella.

Peter miró a la niña que descansaba su cabeza en el regazo de Lissette. Dormía y la visión le resultó entrañable pero no pudo evitar que el recuerdo de Rom volviera a su cabeza.

—No quiero perderla y que caiga en manos de eso cabrones Ian. Fue duro para Lissette cuando nuestro hijo murió, dudo que pudiera aguantar otra perdida.

—¿Y tú?

—Si la pierdo a ella pierdo a Lissette. No puedo permitirlo.

—No te he preguntado eso Peter.

—Lo sé, pero no encuentro una respuesta para darte. Míralas. Parece como si siempre hubieran estado juntas, como si desde su nacimiento la hubiese criado. ¿Quieres que te diga si siento lo mismo que Lissette?, no puedo. Confundiría el miedo de perderla a ella con el amor hacia esa niña.

—Comprensible. Entonces, ¿qué te parece si las dejamos que sigan conociéndose y vamos a por Sam para empezar el interrogatorio?

Ya sentado Ian esperó la respuesta de Peter mientras él volvió a mirarlas.

—Creo que será lo mejor.

Cuando se levantaron Lissette no preguntó, levemente los observó para luego volver a dirigir la mirada hacia su hija. Acariciaba su pelo enredando los dedos en la suave cabellera mientras la niña se mantenía recostada abrazándole las piernas, eso era lo único que le importaba, sentir a su hija, la que nunca había visto y que ahora, sin entender bien el por qué, era parte de ella. Una parte de la que nunca se separaría.

Peter golpeó suavemente la puerta de la cabaña desde donde hacía unas horas atrás habían salido para comer y descansar. Oyeron como Sam pronunciaba sus nombres invitándoles a pasar y eso les sorprendió

Cuando entraron, Ian no pudo evitar preguntárselo. Sam seguía sentado tras el despacho donde le habían dejado, parecía que no se hubiera movido desde que se fueron y sin embargo supo que eran ellos quienes tocaron la puerta.

—¿Como demonios...?

Sam le interrumpió

—¿Supe que erais vosotros? Es mi obligación, saber todo lo que ocurre en la Colonia. Eso y que os vi llegar mientras fumaba apoyado en la ventana. Deberíais estar más atentos a esos detalles.

Ian no pudo evitar sonreir y Sam hizo lo mismo.

—Y bien,¿que quereis? Si después de una comida de Susan no os habeis echado a dormir solo puede significar que estais haciendo una mala digestión o andais preocupados por algo.

—Lo segundo.—respondió Peter.

—Soy todo oidos. ¿Qué ocurre?

— ¿Qué hay más allá de la Colonia?

—Desierto

—¿Y más allá?

—Más desierto

—¿Te ries de mi?

Sam se levantó de su asiento y rodeó la mesa apoyándose en una de las esquinas frente a Peter.

— Y tú, ¿ te estás riendo tú de mi?

Peter giró la mirada hacia Ian para devolvérsela nuevamente a Sam.

— No te entiendo

Sam resolló un suspiro poco conciliador y se dirigió a ambos.

— Podían haberos matado en el desierto, de hecho, si no hubiera sido por Owen ahora mismo vuestros cuerpos estarían secandose bajo el sol. Os hemos dado de comer, un lugar para descansar y con apenas unas horas de estancia en la Colonia me preguntáis que hay más allá, ¿acaso no estais cómodos aquí?

— No es nada de eso.— respondió Peter— Solo queremos saber qué hay más allá por si tuviéramos la necesidad de huir más lejos de aquí. Debes entenderme, lo que tenéis aquí montado es fabuloso pero está demasiado cerca de nuestros enemigos y de quienes nos persiguen. Solo quiero saber qué hay más allá

— Y yo necesito saber que realmente no sois una amenaza para nosotros.

— No somos una amenaza, solo queremos huir lo más lejos posible y rehacer nuestras vidas lejos de Ciudad 33 y de cualquier otra Mega-ciudad. ¿ Acaso no lo entiendes?

Sam se mantuvo en silencio y levantándose se dirigió con lentitud hacia una de las ventanas que daban al lago central.

—Hace tres años, una mañana llegó a la Colonia una pareja. Portaban con ellos un bebe, estaba muerto. Ninguno de nosotros entendió como era posible que hubieran llegado hasta nosotros; caminando por el desierto casi sin agua y comida. Nos contaron que viajaban de noche y que de día se protegían del sol donde podían y que sin saber bien cómo llegaron hasta la Colonia pero aunque ellos lo habían conseguido, su pequeño bebe, su primogénico no lo había logrado. No pudimos hacer otra cosa más que acogerlos. Los cuidamos, curamos sus heridas y compartimos todo con ellos hasta que creíamos que ya eran de los nuestros, nos equivocamos. Una mañana el olor del humo me despertó, la Colonia ardía y los disparos comenzaron a sonar. Aquella pareja que acogimos habían prendido fuego a las cabañas y luego se dedicaron a disparar a todos los que huían. Nos costó casi treinta vidas de las nuestras poder acabar con ellos, ¿sabeis quienes eran?. Slayer, dos putos Slayer mandados por Quimera en busca de supervivientes, en busca de reductos de libertad con la única intención de acabar con ellos y dieron con nosotros. Realmente tuvimos suerte, antes de acabar con la mujer pudimos sonsacarle bastante información.

— ¿La torturasteis?

La pregunta de Ian sonó temerosa, no le gustaría seguir el camino de aquellos dos malogrados visitantes porque Sam no se fiara de ellos pero

Sam no contestó a la pregunta y siguió hablando

—Antes de llegar a nosotros habían encontrado dos pequeños reductos, yo conocía de su existencia como ellos de la nuestra y mientras acababan con todos sus habitantes consiguieron sonsacar nuestra ubicación. Ahora aparecéis vosotros con una primogénica y pretendéis que os cuente sobre lo que hay más allá sin saber ni siquiera realmente quienes sois. Pude haber cometido un fallo en su momento pero no volveré a repetirlo. Asomaos aquí y mirar hacia arriba, justo en el borde de la hoya.

Peter e Ian obedecieron no veían nada y entonces Sam entregó a Peter unos prismáticos. Repitió la operación y observó como un francotirador le apuntaba y que otro más hacía lo mismo con Lissette y la niña.

—Debéis entenderlo, no puedo permitir que vuelva a ocurrir lo mismo. No se nada de vosotros dos ni de ellas, para mi ahora mismo sois amenazas.

Peter asintió dejando los prismáticos apoyados en la ventana

— Es justo. Deberías saberlo todo sobre nosotros.

Ian palideció

— ¡Peter!

—No Ian, Sam tiene razón. Nos han dado refugio y lo justo es que lo sepan todo de nosotros, mal nos pese.

Aquellas palabras hicieron fruncir extrañado el ceño de Sam y casi por instinto dejo reposar relajadamente la palma de su mano sobre la culata del revolver que ceñía a su cintura.

Ian noto un nudo en su garganta. Temía la reacción de Sam cuando Peter comenzara a hablar y cuando lo hizo apretó los puños con fuerza en el vano intento de sentirse más aliviado por lo que iba a suceder después.

—Somos agentes de captura.

Ambos oyeron como Sam amartillaba el revolver y Peter podía escuchar como su propio corazón se revolucionaba sin control.

—Continua, te escucho.

Y Peter lo hizo. Durante un tiempo que le pareció interminable relató todo lo que había ocurrido mientras Ian asentía y ratificaba sus palabras. Contó la manipulación de las embarazadas con la oxitocina, el como acababan con los primogénicos a los treinta años para entregar sus órganos a los dirigentes de las Mega-ciudades, de como arrasaron Ciudad-11, del

rescate de su hija y la mentira sobre la destruida capa de ozono.

—Lo del ozono lo sabemos desde hace décadas— aseveró Sam —, pero reconozco que no entiendo como no os he matado nada más decirme que erais dos putos agentes de captura.

Sin control comenzó a reir bajo la mirada extrañada y aún temerosa de ambos.

— ¡No me jodáis! Tengo a dos agentes de captura en mi casa y siguen vivos, esto hay que remediarlo.

Desenfundando el revolver se dirigió hacia Peter y apoyando el cañón sobre su frente le empujó hasta la ventana haciendo que parte de su cuerpo quedara fuera de ella.

— Dime por qué no debería mataros aquí ahora mismo.

Ian no sabía que responderle y mientras pensaba que podía decir para que Sam no apretara el gatillo un disparo retumbó en la Colonia.

Sam gritó, el revolver había salido despedido y sentía un dolor horrible en su mano aunque comprobó que no sangraba.

— ¿Qué demonios ha pasado Peter?— preguntó Ian mientras se parapetaba contra la pared.

Peter no lo sabía pero decidió averiguarlo. Cogiendo los prismáticos se asomó lentamente por la ventana para observar.

—¡Estás loco!, ¡van a matarte!

—Lo dudo, esa bala no era para mi, ni tampoco era para Sam. Solo quería desarmarlo, estoy seguro.

Observando a través de los prismáticos escudriño los alrededores y cuando recordó a los dos francotiradores subió la mirada hasta el borde de la hoya, justo hacia los lugares donde los había visto antes.

— No me lo puedo creer.

Ian nervioso preguntó que ocurría.

La niña había amordazado a ambos y ahora encaraba uno de los fusiles apuntando hacia la ventana. Cuando vio que Peter la observaba con los prismáticos alzó el pulgar para saber si se encontraba bien y respondió con el mismo gesto, entonces dejó el fusil y los desató. Los francotiradores no hicieron nada, se quedaron quietos allí sentados viendo

como ella volvía a descender por el camino tranquila, caminando, como si no hubiera pasado nada.

Aquella actitud quedaba fuera de su entendimiento.

Peter se sentó en el suelo y viendo como Sam frotaba su mano dolorida se dirigió a él.

— Tenemos que hablar, sin armas. No somos una amenaza. Si lo fuéramos, esa bala no habría ido a parar al revolver, lo sabes.

Sam asintió.

—Bueno, dicen que hablando se entiende la gente— dijo levantándose nuevamente — y quizás me pueda interesar que sepáis que hay más allá por si en algún momento tuvierais que iros.

— Créeme cuando te digo que nos gusta lo que teneis aquí, pero no puedo dejar de barajar otras opciones, no solo es mi vida Sam, sino la de mi mujer y la de mi...

Peter dejo de hablar. Algo le paralizó y no pudo decir aquella palabra. Sentía como si traicionara a Rom al decirla.

— ¿Hija?

Fue Sam quien la pronunció.

— No es tan difícil pronunciarla.

Peter clavó sus ojos en los de él.

— ¿ Tu crees?

— No eres el único que ha perdido a alguien alguna vez y luego siente que pudiera estar faltando a su memoria, lo raro es ver sentimientos en un agende de captura.

— También somos humanos.

— A veces lo dudo.

Sentenciando la conversación con esa frase Sam se dirigió hacia la puerta de la cabaña para abandonarla.

—Lo mejor será reunirlos a todos y que sepan vuestra historia. Que sea la

Colonia quien decida sobre esto.

24

Todos los miembros de la Colonia acudieron al llamamiento de Sam y sentados en aquella verde explanada escucharon como Peter les contaba todo. Mientras lo hizo oyó voces de desaprobación y abucheos cuando dijo que era un agente de capturas huido, sintió como lo miraban con pena cuando contó lo que le había ocurrido a su hijo Rom, vió las caras estupefactas y de horror cuando relató el vídeo del sacrificio de los primogénicos por sus órganos y como tuvo que rescatar a su propia primogénica para luego emprender la huida. Pero también contó la verdad sobre la destrucción de Ciudad 11 y que lo mismo ocurriría con Ciudad 33 aunque eso no pareció importar mucho a los presentes.

Una voz surgió de entre los asistentes.

—¡Tienen lo que se merecen!

Peter intentó averiguar el origen pero no pudo

—Quizás tengas razón y puede que nos merezcamos lo que nos ocurra pero en esas Ciudades también hay personas como vosotros, que no siguen las normas de Quimera y que solo quieren huir.

Owen,, sentado frente a él, se levantó

— ¿Y que pretendes que hagamos nosotros? Quiero que sepas que te entiendo. En su momento fui como tú, un fugitivo que buscaba lo mejor para su hija y lo consiguió, pero lo siento. No pondré en juego lo que he conseguido por mi mismo ni lo que quiero para ella por personas que ni conozco ni creo que estén haciendo nada por cambiar su situación. Queda muy bonito delante de nosotros decir lo que piensas, queda maravilloso que nos hagas creer que en las Maga-ciudades hay gente que no sigue sus normas pero, ¿ sabes qué?. Allí siguen. Millones de personas que solo se esconden en suburbios gigantescos como míseras cucarachas sin hacer nada de nada. Lo siento amigo, tienen lo que quieren.

Owen tenía razón y Peter lo sabía, pero no quería que hicieran nada por aquellos que dejaron atrás, solo quería que lo hicieran por él, por Lissette y por aquella cría que había rescatado y de la ahora su mujer no se separaba.

— Solo busco que nos ayudéis a nosotros y que os ayudéis a vosotros mismos.

Aquella respuesta cogió de sorpresa a los asistentes.

Sí, a vosotros también. Cuando se sepa la verdad, cuando saquen a la luz lo que está ocurriendo realmente, Ciudad 33 seguirá el mismo camino que Ciudad 11 y lo siento, pero aunque la Colonia esté alejada del infierno que van a crear allí no creo que esté a la suficiente distancia para que la explosión no os alcance y ni teneis suerte y no lo hace lo hará la radiación y la contaminación que aparecerá después.

Sam sabía que no le faltaba verdad a las palabras de Peter.

— Y entonces, ¿ qué es lo que pretendes?

—Que me digas que hay más allá y alejarnos de aquí lo más posible, todos nosotros, la Colonia entera. Si no, todos morireis.

El silencio se apoderó de las voces de todos aquellos que no hacía mucho se habían alzado con sus opiniones contra Peter. Muchos agachaban sus cabezas y otros miraban al cielo y a sus alrededores quizás pensando en lo que iban a perder y en el sufrimiento de lo que costó conseguir todo aquello. La esperanza de una vida mejor, la que muchos conocían de siempre en la Colonia y la que otros tanto habían obtenido al encontrarla empezaba a difuminarse.

Y entonces, la voz delicada de aquella niña que acababan de conocer surgió de entre la desesperación.

— Hay otra opción. No tenéis porque perder vuestros sueños ni esperanzas.

Todos sin excepción la miraron pero nadie preguntaba.

— Sí, hay otra opción

Peter, que la tenía de pié a pocos metros de ella caminó despacio hasta su lado. Extrañado solo supo atinar con una preguntar, no entendía que opción podría haber y menos que saliera de ella.

—¿ Cómo?

— Que hay otra...

Peter la interrumpió

—Eso ya lo has dicho, quiero saber cuál es esa otra opción. ¿ Cómo pretendes que salgamos de esta?

— Volviendo a Ciudad 33 y llegar hasta el Sector 1

Peter rió nerviosamente. ¿Qué podía hacer? Aquella primogénica, a la que Lissette seguía sin soltar de la mano como si nunca se hubieran separado y que tomaba ya como su única hija pretendía que volvieran a su antigua cárcel y entrar directamente en la morada de sus carceleros.

— Estás loca.

Sus palabras sonaron con desprecio.

— Escúchala Peter, quizás tenga la solución a todo esto, y es tu...

— ¿Hija?

Lissette noto nuevamente aquel desprecio en la voz de Peter.

— Ella no es mi hija Lissette, nuestro hijo era Rom. Hasta ahora he hecho lo mejor para ti porque te necesitaba a mi lado pero no pretendas que vea lo que no hay.

— ¿Y si la dejas explicarse?

Peter se giró hacía Ian, había reconocido su voz.

— Quizás lo que nos quiera decir tenga lógica, no sé, al fin y al cabo es una primogénica algo, ¿especial?. Tanto tú como yo lo hemos visto, de hecho le he visto hacer cosas que sigo sin entender. Vistes como atrapó al Slayer y ¡que demonios!, ni tu ni yo hubiéramos podido dejar fuera de combate a los dos francotiradores sin hacerles un rasguño como hizo ella.

Peter negó con la cabeza mientras volvía a girarla hacia la cría.

— Explícate.

Ian sonrió.

— Creo que...

Nuevamente, Peter, volvió a interrumpir.

— ¿ Como que crees?

Ian no pudo evitar recriminarle

—¡ Maldita sea, déjala hablar!

Peter, con un leve gesto de su cabeza, le indicó que siguiera.

— Creo que si volvemos a Ciudad 33 y eliminamos al Consejero podíamos acabar con todo esto.

— Vale Peter— Ian suspirando se dirigió a él—, siento todo lo que he dicho antes. ¡Endemoniada cría!, ¿pero acaso sabes lo que estás diciendo?

— El Consejero de Quimera es el único de toda la ciudad que podría destruirla. Él tiene los códigos para que la Ciudad desaparezca como ocurrió con Ciudad 11. De allí solo escaparon el Consejero con su familia al igual que otros altos cargos.

— ¿De qué códigos hablas y cómo sabes todo eso?

Peter esperaba una respuesta satisfactoria a su pregunta, necesitaba algo a lo que agarrarse y por ahora lo único que deseaba era alejarse lo más posible de Ciudad 33 y no volver nunca a ella.

— Todas los Consejeros poseen un código específico que cuando introducen en una consola que llevan consigo siempre a todos lados ocasionan el colapso de la ciudad. Las centrales nucleares que producen la energía para que estas funcionen fallan y hacen fusionar sus núcleos. ¿Cuantas hay en Ciudad 33? ¿Veinte?, además, todas las ciudades alojan cargas nucleares en diferentes puntos para que la devastación sea completa.

Todos palidecieron mientras la oían hablar, nadie decía nada, solo se miraban unos a otros sin mediar palabra hasta que Peter rompió el gélido silencio.

—¿Y tú como sabes todo eso?

La niña le miró.

— No lo sé exactamente. Solo sé que está en mi cabeza. Nunca he leído ningún papel que lo explicara ni nadie me lo ha dicho, simplemente está ahí.

Peter miró a Ian mientras este alzaba los hombros resignado para luego volver a dirigirse a ella-

— Entonces, ¿cómo lo haríamos?

—Volver por donde vinimos, ellos podrían llevarnos hasta la salida que usamos en Ciudad 33 y luego la atravesaríamos llegando al Sector 1. Allí buscaríamos al Consejero y lo eliminamos destruyendo su consola. Luego solo tendríamos que hacer públicas las imágenes, la verdad de lo que está

ocurriendo y...

— Y Quimera apretaría el botón con nosotros dentro.

— No. Quimera no puede destruir una ciudad desde Ciudad 1. Solamente pueden hacerlo los consejeros tras recibir la orden. Lo idearon así por motivos de seguridad. Si hubiera un canal directo con las ciudades quizás estas podrían usarlo también para destruir Ciudad 1 y con ello a Quimera. Prefirieron no elegir ese camino y optaron por los Consejeros. Ellos activan el protocolo y tiene tiempo para huir con sus familias y con otros privilegiados.

— Y eso también está en tu cabeza sin saber el por qué — respondió irónicamente Peter, a lo que la niña solo se limitó a asentir con la cabeza. — Ese plan es una locura.

— Pero creo que es la única opción que tenemos — interrumpió Lissette dirigiéndose a Peter— Si explota la ciudad aquí no estaremos a salvo; y si no llegamos antes de que la resistencia difunda la noticia todo estará perdido. ¿De qué nos sirve quedarnos si es probable que la onda expansiva o la contaminación acabe con todo y todos?

(continuará)

.....